

GERARD HORTA

# RAMBLA DEL RAVAL DE BARCELONA

De apropiaciones viandantes  
y procesos sociales

Prólogo de Manuel Delgado

© Gerard Horta, 2010

© del *Mapa de la Rambla del Raval*: Maria Pons, 2010

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo

Diseño cubierta: Miguel R. Cabot

Revisión técnica: Isabel L. Arango

ISBN: 978-84-92616-62-6

Déposito Legal: B-15738-2010

Imprime Publidisa

EL VIEJO TOPO

*El verdadero problema no es estudiar la manera cómo  
la vida humana se somete a las reglas —pues no se somete—;  
el verdadero problema es cómo las reglas se adaptan a la vida.*

B. MALINOWSKI (1982 [1926]: 151)



## Sumario

<b>El imperio de lo sentido</b>	
Manuel Delgado	13
<b>Introducción</b>	23
<b>El peatón: trances de vida, trances de muerte</b>	27
El papel de la Administración pública:	
¿curar, suturar y recomponer?	29
Procesos sociales en espacios crepusculares: el Raval	31
Crimen y castigo: de tres calles a una rambla	49
La Rambla del Raval	67
<b>Observaciones a ras de suelo: cuerpos en movimiento</b>	77
Una vista general	77
Extractos de notas y reflexiones	89
<i>Mapa de la Rambla del Raval</i>	150
Ecos de otros pasos	225
<b>Calamidades pasajeras, regocijos sombríos</b>	259
<b>A modo de cierre temporal: nuestros sueños morirán como las lágrimas en la lluvia</b>	279
<b>Bibliografía</b>	281

momentáneamente en un bar o un restaurante con la pura intención de efectuar sus descargas orgánicas? La generalizada queja en lo concerniente al apestoso ambiente olorífico del barrio condujo al Ayuntamiento a implantar esos receptáculos higienizados —uno mismo, vecino del barrio, siente asco de oler a orines humanos y a defecaciones caninas cada día: cuando sale a la calle, cuando vuelve a casa...—.

Por lo que se refiere a las calzadas de tráfico rodado, la del norte conduce el tráfico de este a oeste, de subida hacia las montañas, y la del sur de oeste a este, de bajada hacia el mar. Cada calzada dispone un carril de aparcamiento de vehículos, otro de tráfico, y otro carril menor, debidamente señalizado, para el tráfico de bicicletas. En ambos casos el carril-bici es colindante a los bordes del rectángulo central para paseantes de la Rambla del Raval.

En los dos extremos este y oeste del paseo central se encuentran dos áreas peatonales más, en forma de óvulo, que denominaremos satélites este y oeste respectivamente, cuyo diámetro máximo por los extremos alargados del óvulo es en los dos casos de unos 36 metros. Ambos satélites presentan idéntico diseño: 31 puntos de luz clavados literalmente en el suelo, en el perímetro exterior de cada óvulo; a continuación, circularmente y en el área igualmente perimetral exterior, 14 palmeras; en el interior, sin estar centradas, cuatro palmeras en cada óvulo; y, acompañándolas, hacia los ángulos de los óvulos —no en sus extremos—, una serie de doble postes de alumbrado público, y una serie de triple postes de alumbrado en el lado contrario, tanto en el satélite este como en el oeste. Su previsible función consiste en reorganizar los cambios de sentido del tráfico rodado a través de las calzadas que envuelven a los satélites.

Al fin y respecto a la erección del nuevo hotel de base elíptica, ¿sería acaso demasiado aventurado postular que alguien, alguna vez, pudiera concebir que esas edificaciones no sugerirían más que una invitación implícita a la ciudadanía a *irse a tomar por el...*?

## Observaciones a ras de suelo: cuerpos en movimiento

### Una vista general

El curso del año 2007 en Rambla del Raval ha reflejado procesos, usos —del espacio y el mobiliario—, interacciones y situaciones enlazadas que duda cabe con la transformación del propio barrio y aun de la ciudad.

El viernes 2 de febrero, a las 21.30. h, se concentran allí alrededor de 70 personas que siguen la llamada a protestar por el anuncio del cierre municipal del Ateneu el Xino (ateneo anarquista autónomo emplazado en la cercana calle d'En Robador, cuyo nombre hace referencia al Barri Xino, el Barrio Chino). El eco en la prensa escrita diaria —es decir, en los periódicos comercializados en quioscos— de la reunión callejera es en general nulo, como el hecho de que los 5.000 manifestantes anticapitalistas concentrados el Primero de Mayo en la plaza Universitat finalizan su recorrido en la propia Rambla del Raval.

En cambio, uno de los aspectos recurrentes en dicha prensa ha sido el cuestionamiento del mal uso vecinal de instalaciones del mobiliario urbano como el sistema neumático de recogida de basura. Una vecina, Dolors, que ha vivido 70 años en el barrio y actualmente reside en la Rambla del Raval, confirma la existencia de una visión crítica de una

parte de los vecinos respecto a sus convecinos: “*El barri ha tingut moltes millores, però el problema és que no les sabem utilitzar i som els primers d’embrutar-ho tot.*” La crítica se dirige no tanto a los ocupantes de fin de semana ajenos al barrio, como a los propios vecinos, ya que por las noches “*hi ha més escombraries a fora de les bústies que a dins*” (Avui, 11-II-2007, p. 47). Aunque esta percepción sea empíricamente incuestionable –una parte del vecindario no utiliza ni los contenedores de recogida selectiva de basura, ni los de recogida neumática–, se verá que la ausencia de un uso adecuado de los medios instalados para la limpieza corresponde de modo destacado a los locales comerciales (bares y restaurantes) de nuevo cuño, empezando por aquellos que las simplificadas clasificaciones dominantes no atribuirían a la categoría de los mal llamados “étnicos”, ya que son determinados bares y restaurantes regentados por autóctonos los que en general incumplen el uso oportuno de los depósitos de recogida de deshechos. Sin embargo, el control del espacio por parte de la guardia urbana en cuanto a utilidades relacionadas con la limpieza no se ha centrado en ningún momento en presionar a los locales comerciales, sino a los transeúntes de la Rambla del Raval.

En otra dimensión, vale la pena recordar que las comisarías centrales del distrito de Ciutat Vella de mossos d’esquadra, guardia urbana y guardia civil están emplazadas en el corazón del Raval, alrededor de la Rambla del Raval. La primera, ocupa la que fue la comisaría central de la policía española en Ciutat Vella, en la calle Nou de la Rambla entre las avenidas del Paral·lel y de las Drassanes (la continuación hacia el este de Rambla del Raval); la segunda, en La Rambla, entre las calles Sant Pau i la Unió; y la tercera, en la calle Sant Pau, entre las calles Carretes y Riereta. Es decir, literalmente a cuatro pasos, entre uno y tres minutos de recorrido andando según el caso, desde el extremo este de la Rambla del Raval.

El miércoles 7 de marzo del 2007 se coloca la primera piedra de la nueva sede de la Filmoteca de Catalunya (un edificio de 6.000 metros cuadrados diseñado por el equipo del arquitecto Josep-Lluís Mateo) en la adyacente plaza de Salvador Seguí, con la participación del vicepresi-

dente de la Generalitat, Josep-Lluís Carod Rovira, el consejero de Cultura, Joan-Manuel Tresserras, y el primer teniente de alcalde del Ayuntamiento de Barcelona, Xavier Casas. Algunos vecinos protestan desde sus balcones por la presencia de los políticos –en uno, se cuelgan carteles contra la persecución policial de la prostitución–. Al mes siguiente, la Associació per a Joves del Raval presenta un videojuego “*para la integración de los inmigrantes [y] llegar al diálogo y a la mediación entre la población de acogida y la inmigrante*” cuyo escenario es la Rambla del Raval. Mientras tanto, el presupuesto municipal dedicado a las becas de los comedores escolares públicos para alumnos de familias con escasos recursos económicos –autóctonos y recién llegadas– continúa siendo insuficiente. Unos días más tarde, el lunes 23 de abril, Día del libro y de la rosa, la Rambla del Raval aparece con paradas y con un tráfico inhabitual de paseantes. La Fundació Tot Raval instala unas paradas, como hizo en el 2006, a fin de llevar a cabo intercambios de libros. En mayo, la celebración de una jornada de reivindicación en torno a la participación ciudadana en la Rambla del Raval es prohibida por el Ayuntamiento como si nada –sus organizadoras, el colectivo autónomo Soles No Podem, no forma parte de la vasta red de asociaciones que colaboran habitualmente con el Distrito–. En verano, el histórico y libertario Ateneu del Xino será por fin clausurado. Como si nada.

Desde marzo hasta septiembre –afirmando las modificaciones estacionales de las visitas turísticas a la ciudad, reducidas antaño a los períodos vacacionales de la Semana Santa y verano–, sin solución de continuidad y con el repunte navideño, la presencia de turistas de procedencias y condiciones distintas aparece como el fragmento de una imagen regular de la Rambla del Raval. A su vez, los barceloneses, así vecinos del barrio como ciudadanos procedentes del resto de la ciudad –especialmente jóvenes que salen en las noches de fin de semana o en la casi fiesta continua del verano–, encuentran en el espacio público de la Rambla del Raval un lugar en el cual poder reunirse y a veces beber sin tener que pagar los elevados precios de los locales privados. Es esa necesidad

lo que explica que, a pesar del endurecimiento a lo largo del 2007 del control policial de este tipo de prácticas, en el 2008 tales prácticas y la Rambla del Raval continúen encontrándose asociadas inextricablemente, a pesar de la constatación del muy significativo decrecimiento de ese tipo de usos intensivos del espacio. El recuento de ocasiones en que el antropólogo ha sido testigo de dichas utilizaciones sería interminable, como lo serían las referencias mediáticas –procedentes sobre todo del poder público municipal, de las organizaciones políticas parlamentarias catalanas y de tertulianos radiofónicos adiestrados en la nada– en cuanto a la necesidad de erradicarlas. Incluso internet, por medio de los testimonios vividos en que se convierten los blogs, proyecta semejantes utilidades.<sup>36</sup>

Sin duda, una de las transformaciones que ha sufrido el espacio tiene que ver no con la limpieza como con el propio uso de éste: en efecto, la supresión de parterres de césped ha sido progresiva, y aunque no ha finalizado completamente a principios de 2008, una gran área de césped ha sido sustituida en el curso los últimos 12 meses por la plantación de pequeñas palmeras y cerezos. El objetivo de esta actuación municipal consistiría en impedir estacionamientos ciudadanos en el suelo, sobre el césped, fuera de los lugares de consumo establecidos. Aquí es donde se confrontan experiencias antagónicas por parte de vecinos, autoridades municipales, locales privados y transeúntes en busca de un lugar donde beber, hablar, escuchar música, mirar... No debe sorprender, entonces, la indiferencia radical de grupos de personas –jóvenes bebiendo de

36. En ocasiones, poéticamente y todo: “*Después me he parado en la Rambla del Raval a comerme un ‘kebab’ y una cerveza sentadito en un banco... con la Luna casi llena... estaba más a gusto que Dios... suponiendo que Dios esté a gusto y no tenga remordimientos de conciencia por la que está liando en el mundo... Ahora, así de golpe, me he puesto triste... [30-IV-2007]; ‘El martes aún seguía con esa extraña sensación de vacío... coño, igual es que me he quedado vacío... la noche anterior tenía ganas de estar solo y me fui a tomarme una cerveza en la rambla del Raval... allí estuve tirado en la hierba un nato viendo pasar a la peña... me sentó bien...’ [14-VI-2007] (www.danielhigienico.com).*”

noche, hombres maduros autóctonos o de aspecto indostano sentados sobre el césped, hablando a lo largo del día– hacia los bancos vacíos, hacia la disposición del mobiliario y la ordenación de la Rambla del Raval, como si ello proyectara una “*estrategia de transgresión simbólica*” (Ostrowetsky, 1996: 149), un desacato perceptible y significativo que rechaza no sólo la orientación visual que los bancos comportan, sino su propia utilización. Se trataría del tipo de adaptación constante que se detecta entre las apariencias y las circunstancias en calidad de modalidades que no cesan (Queré/Brezger, 1993: 192), y que encontrará cambios futuros en función del tipo de usos impuestos, de su control y de la respuesta de los propios habitantes del espacio, que al ocuparlo le otorgan funciones que no eran las que preveyeron sus diseñadores. Aun hay más: el cambio de estado determinado por el proceso “canónico” de separación, umbral y agregación establecido por Van Gennep (1986 [1909]) en referencia a la práctica estructural de los ritos de paso, encontraría de alguna forma –estructuraciones sociales y ritualizaciones estructurales a parte– su equivalente en el trance del paseante de dejar atrás el cemento del asfalto de la Rambla del Raval para sentarse sobre el césped de los parterres. Más allá de las regularidades urbanas, la llegada a la explanada llama al trance por la liminaridad de un espacio físico desde el cual el destino posible a la hierba, a los árboles, remitiría a la conocida divisa de Turner, según la cual “*uno muere en la naturaleza para renacer de ella*” (Turner, 1988 [1972]: 532). La naturaleza, aquí, sería ese césped rodeando a las palmeras y, especialmente, el anhelo de muchos de los transeúntes de poderlo practicar. Durante los pasados años se ha detectado una conciencia imperativa sobre el sentarse en los parterres y, aunque a sabiendas de que todo trance representa potencialmente la liberación de toda condición social –y en consecuencia la liberación provisional y controlada de todo condicionamiento social–, ello no debe significar bajo ningún concepto que unos metros cuadrados de hierba sean generadores de prácticas sociales rupturistas... pero la experiencia social sobre los parterres no se asemejará a la ordinariamente vivida sobre

el paseo asfaltado —entraña de la trama urbana y de las formas sociales que en ella se suceden—, ni a sus modalidades expresivas y funcionales —ceñidas, en general, al orden cotidiano más allá de la pluralidad que abraza—. Recuérdese algo importante: la vivencia urbana de los paseantes de la Rambla del Raval se da desde la carencia extrema de espacios públicos abiertos en el barrio.

El año 2007 se significa como testigo incesante del control creciente de la guardia urbana sobre los bebedores de latas de cerveza compradas a comerciantes ambulantes de aspecto indostano, con devastadoras consecuencias económicas sobre los multados por su consumo, como refiere un afectado a finales de mayo que el 18 de octubre recibe la multa impuesta por el Ayuntamiento al amparo de la nueva *Ordenanza de civismo*.<sup>37</sup>

37. “Demano disculpes d’avançà per convertir aquest post en una denúncia personal i, per tant, introduir per primer cop al bloc assumptes de caire merament privat. Intentaré però extrapolar aquesta denúncia personal a un àmbit més ampli.

Estem parlant d’una calorosa nit de finals de maig. Havíem fet la darrera reunió de la del SEPC de la Universitat de Barcelona del curs a la facultat d’Història i vam anar a sopar a un bar “del rotlló” del Raval. Un cop sopats, amb una copeta i donat que tancaven el local ens vam veure obligats a abandonar-lo. Potser va ser el destí, potser que el carrer feia baixada o potser que alguna de nosaltres va començar a caminar i els altres per simple inèrcia la vam seguir, la qüestió, és que vam acabar arribant a la Rambla del Raval.

Just abans d’entrar-hi, vam ser assaltats per un pakistanès, degut a la manca de permís de treball, aquell home es veia abocat a la venda ambulant, la seva única font d’ingressos i que sovint es veia amb la mercaderia requisada per les forces de repressió. La qüestió però, és que li vam acabar comprant el que ens venia: cerveses a un euro la unitat. Donat que eren les primeres de la nit, no teníem ganes d’entrar en un bar “multiculti”, “fashion” o “cool” del Raval, ofegats per la calor i pel fum i que ens clavessin entre tres i cinc euros cada “birra”. La opció de prendre una cervesa a la fresca, ens va semblar una bona alternativa. Al cap de pocs minuts se’ns van acostar tres homes molt cepats; feien uns dos metres d’alçada i també eren amples d’espatlles. Tenien l’aparença típica de porter de discoteca cutre amb ganes de partir-li la cara a algú. Quan es van apropar més però, vam veure pel seu uniforme que eren Guàrdia Urbana. Amb to xulesc ens indicaren que llencéssim les llaunes i que ens identifiquéssim. Tot això en castellà, naturalment. Després d’intentar dialogar amb els agents (tasca difícil, més per part seva que no pas nostra) ens van acabar confessant que tenien l’ordre expressa de l’Ajuntament de Barcelona de posar multes “a sac”, enparant-se en l’ordenança del civisme (popularment coneguda per ordenança del cinisme). Per cert, quan contextualitzava aquella nit be oblidat indicar que era la mateixa setmana de les eleccions. Així doncs el “tristpartit” local format pel PSOE per Esquerra i per IC, aquest govern agosta-

Para los residentes, una noche de sábado veraniego puede comportar un trago difícil de digerir. Así, se observa la silenciosa impotencia de vecinos desesperados en sus balcones, espectadores involuntarios —a la una, las dos, las tres de la madrugada de fines de semana estivales y de noches intersemanales vigorosamente “animadas”— de ruidosas celebraciones (música grabada o en directo, gritos si no alaridos, rotura de cristales, volúmenes elevados de conversaciones). La abrumadora humedad del verano barcelonés, y más en un barrio cercano al mar, obliga a abrir ventanas y balcones para evitar la asfixia. Un vecino relata en su propio blog la experiencia que sufre durante la madrugada del sábado 7 de julio del 2007, en términos raramente soportables.<sup>38</sup>

*radament autoanomenat progressista, d’esquerres, republicà i ecologista (de debò) havia ordenat als seus mercenaris locals, a pocs dies de les eleccions de mantenir l’ordre i la llei al carrer mitjançant la repressió. Molt d’esquerres.*

*Avui doncs, després de 5 mesos, m’ha arribat la multa: 50 €. 35 € si pago abans d’un mes. Els meus diners guanyats a base del treball i d’hores, “dineros d’obrer”, passaran a augmentar les arques municipals. Si més no espero que serveixin per quelcom que millori la qualitat de vida dels ciutadans de Barcelona i no pas per pagar els viatjets, sopars, banquetes, etcètera, a aquests polítics poltroners i corruptes que tenim com a representants.*

*El carrer és de totes, STOP Control Socia! Salut!”* (<http://alberttraver.blogspot.com>).

38. “Ya está aquí. Se ha hecho esperar pero ha vuelto puntual a su cita de cada año. El verano, el *estío*, la canícula ha llegado al Raval. Y con él todos los personajes y circunstancias que pueblan este locus amoenus barcelonés han reaparecido con fuerza para regocijo de mr. Q. En la calles, la loca de cada noche sigue buscando a “Antonio” a grito pelao a partir de las 12.

— ¡¡¡Antonioooo!!!

— ¡¡¡Antonioooo!!!

*Evidentemente, hace mucho tiempo que Antonio dejó el barrio para desgracia de sus sufridos vecinos. Con el cartón de vino en la mano, la mujer se pasa alrededor de tres cuartos de hora llamando, cual Romeo desclasada, a esa Julieta con bigote que jamás contestará, Maldigo a Antonio cada noche por no dejar un juego de llaves a la entrañable señora. Cuando se cansa, con una voz más pausada, se dedica a preguntar a los transeúntes:*

— ¿Has visto a Antonio?

— No.

— ¿Me puedes abrir el portal?

— Señora, yo vivo en el siete y usted está preguntando por alguien del 3.

— Ahhhh... ¿Pero, has visto a Antonio?

— Buenas noches, señora.

Con todo, las reiteradas protestas de la plataforma de vecinos de la Rambla del Raval ante el Distrito de Ciutat Vella, magnificadas por los medios de comunicación, han producido la aplicación de un plan de choque contra el ruido desde el verano cuyos efectos celebraban los afectados en noviembre del 2007. El panorama sonoro durante los últimos

– ¡¡¡Antonío!!!

*Otro de los aspectos que cada año olvido durante los meses de invierno es el agradable microclima tropical que reina en las calles, en los bares, en los badulakes y en los pisos del barrio. Efectivamente, Saigón y el centro de Barcelona tienen algo en común: la asfixiante humedad que reina en los arrozales de la Rambla del Raval. El calor se mezcla con olores a especias, cloaca, nidos de paloma, vómitos y fritanga, generando un hedor pestilente que penetra en tu casa, en tu ropa, en tu piel, en tu vida, hasta que decides cerrar la ventana, cerrar los ojos e imaginarte a ti mismo ataviado con un gorro de bambú recogiendo arroz en el delta del Mekong. Temperatura en el interior de tu piso a la una y pico de la madrugada: 31 grados. Un tremendo picor corporal y un escozor en los ojos provocado por una sudoración del todo inadmisibles juegan cada noche en mi contra. Decido meterme en la ducha, no importa la hora. Cualquier momento es bueno para apagar los picores y olvidar a Antonio...*

*Cuatro de la madrugada. Un grupo de guiris canta la versión checa de "mi carro me lo robaron". Medio desnudos, totalmente alcoholizados y quién sabe si drogados bercean: "¡¡¡Mi škoda me lo robaaron, anoche en el Danuubio!!!". Pienso que yo también he hecho lo mismo y decido no escuchar sus voces. Después de 10 minutos oyendo cánticos ostrogodos me planteo seriamente tirarles alguna maceta o meterme en sus cabezas. Me siento una misera lombriz por desearles un melanoma en sus lechosas pieles, pero están acabando con mis nervios. Rafiq, mi vecino del principal, les lanza una fatua desde el balcón:*

– ¡¡¡Callaros de una puta vez!!! ¡¡¡Anamajalajalta!!!

*Huyen despavoridos, pensando que han topado con el catalán equivocado. ¡Bravo, Rafiq! Seis de la mañana. El murmullo perpetuo continúa en su apogeo. La masa de gente sin destino sigue celebrando el misterio de la vida con danzas tribales, tambores, xibecas, latas de cervezas y cualquier objeto que tengan a mano y que pueda producir sonidos. Tirados en el asfalto, sentados en los bancos, la brigada de limpieza se hace paso entre ellos y poco a poco se van retirando a sus casas, hoteles o tiendas de campaña. Otros se quedan porque ese asfalto o ese banco es su casa. Nada que objetar. De pronto, oigo a lo lejos, los versos árabes de un mulá en su primer rezo del día mezclados con los graznidos de las gaviotas. Me lo imagino subido a un minarete en forma de azotea. No me lo puedo creer. ¿Estoy soñando?, ¿Estoy en mi ciudad? Me tapo los oídos pensando que el hipnótico canto desaparecerá, pero no lo hace. Es maravilloso. Ciervo los ojos y siento que estoy en Damasco acompañando a Sir Richard Francis Burton en uno de sus viajes. Me relaja. La oración es bellísima y me duermo plácidamente acariciando las dulces palabras árabes y pensando que la hermosa Sberzade cuenta sus historias a dos calles de mi casa..." (<http://restujohnwayne.blogspot.com>).*

tiempos abrazaba con regularidad, en las franjas diurnas, el ruido procedente de las obras en la Illa del Raval, y, en las franjas nocturnas, un doble foco de conflicto: el causado por la apertura de bares y terrazas hasta altas horas de la noche, y el que provoca la gran afluencia de gente concentrada en los bancos y los parterres con pequeños equipos de música o con guitarras y tambores, dispuesta a alargar la fiesta hasta la madrugada. Como se ha visto, el final de la primavera, el verano y los fines de semana devenían los períodos de máximo índice de ruidos. A ello cabe añadir el uso que el Ayuntamiento decidió dar a la Rambla del Raval desde el 2000 como un lugar donde llevarse a cabo actividades festivas institucionales, especialmente musicales, además de aquéllas organizadas por las propias entidades del barrio.

A grandes rasgos, el plan de choque mencionado ha consistido en: 1) reducir drásticamente a lo largo del 2007 el número de actividades festivas oficiales, paraoficiales y populares; 2) hacer cumplir a rajatabla el horario de cierre de los bares y sus respectivas terrazas; y 3) desplegar un dispositivo de la guardia urbana –apoyado por mossos d’esquadra– con el fin de evitar las concentraciones de gente en la propia Rambla del Raval por las noches, impidiéndose, al amparo de la nueva ordenanza municipal, la práctica del botellón y los conciertos musicales espontáneos, o simplemente tomar un bocadillo estando a solas. Incluso –4)– cabe destacarse la intensificación de la labor de los servicios municipales de limpieza por las noches, que mediante la utilización de un arma tremendamente disuasoria como el manguerazo –regar una y otra vez el rectángulo de la Rambla del Raval– han conseguido aplacar de forma remarcable la característica efervescencia que se producía hasta entonces. Obviamente, la configuración social y económica del Raval comporta usos muy diversos a todas horas, como punto de atracción de millones de visitantes anuales. En dicho contexto, núcleos históricos urbanos como el que este barrio representa han devenido espacio de ocio para amplios sectores sociales ajenos al barrio –sean residentes en Barcelona, sean turistas–. Se puede afirmar que el mencionado plan de choque ha

triunfado en la Rambla del Raval, a costa de provocar un mero desplazamiento de las concentraciones nocturnas hacia el oeste del barrio, pues quienes se quejan ahora son los vecinos de la plaza dels Àngels (*El Punt*, 13-XI-2007, p. 6) y de los jardines de Joan Coromines.

Asimismo, la cruzada político-mediática contra la prostitución “marginal” hace de la Rambla del Raval, también, un eje social endemoniado cuya purificación resulta imprescindible realizar. El 14 de mayo del 2007 una nota de prensa de la Dirección General de la Policía y de la Guardia Civil informa en torno a la desarticulación de “*una organización criminal que operaba principalmente en Barcelona*”:

También se ha conseguido detectar a otros individuos especializados en conseguir las viviendas que la organización criminal utilizaba en el barrio de la Rambla del Raval. Estas viviendas se utilizaban para diversos fines, pero el principal uso era dar cobijo a sus víctimas y a algunos de sus proxenetas, así como servir de lugar para consumir los servicios sexuales que las mujeres controladas por la organización ejercían en la vía pública.

A su vez, el desplazamiento de la heterogeneidad empírica de prácticas, representaciones y situaciones es conducida hacia las dimensiones curadoras de las “actividades culturales” como motor “dinamizador” de un barrio y de un espacio la historia de los cuales se funda precisamente toda ella en dinámicas de lucha y supervivencia. La Rambla del Raval, por su extensa configuración espacial, se había convertido desde septiembre del 2000 en un centro festivo a escala intra y extrabarrial, y el año 2007 haya marcado de modo diáfano el fin de ese tipo de utilidades. Con todo, las celebraciones de la Fiesta Mayor del Raval a mediados de julio encuentran en la Rambla del Raval uno de sus puntos principales con el Festival l’Alegria (14-VII-2007). O, anualmente, en el Poliesportiu del Raval colindante, situado en su extremo este –donde se efectúa en agosto la celebración de la independencia del Pakistán y

donde en diciembre se reúnen regularmente 3.000 personas de origen pakistaní para celebrar la Fiesta del Cordero y el Ramadán–, una congregación humana se reúne allí para fluir en multitud a la Rambla del Raval entre abrazos y diálogos, en un encuentro semejante al producido el 6 de enero del 2008, en este caso protagonizado por unas docenas de pakistaníes procedentes de la iglesia de Sant Agustí, en la cercana calle Hospital, en que los asistentes convocados por la Associació de Treballadors Pakistanesos de Catalunya encienden velas como acto de protesta por el asesinato de Benazir Bhutto –una protesta que debía reiterarse el domingo 13 de enero del 2008 a través de una concentración ante el consulado de Pakistán en Barcelona–. O como la del 6 –de 14 a 19 h.– y 7 –de 14 a 20 h.– de octubre del 2007, fin de semana en que los trabajadores pakistaníes organizaron la recogida de firmas en la Rambla del Raval bajo el lema “*Democràcia sí, dictadura militar no*”. La colectividad indostana renombró a la Rambla del Raval, en urdu, como Prashan Rambla, Rambla de la Tristeza (*El País*, 16-VIII-2007) o Rambla del Problema o de la Gente preocupada (Ortiz, 2004: 104), o de la Inquietud quizás, afirmándose así lo que Augoyard (1979: 85) considera una primera regla de un código de apropiación: “*la naturaleza colectiva de la apropiación de un espacio es inseparable del proceso de denominación que caracteriza dicho espacio*”.

En líneas generales, ni siquiera está exento de conflicto el Gato panzudo de Botero, los méritos artísticos del cual uno desconoce si nacen más del arte que precede a la colonización castellana de América –seres regordetes, “a lo Rembrandt indígena” por decirlo groseramente– que no de su propia cosecha. En septiembre del 2007, los grafiteros pintan al gato con un spray blanco, y entre signos indescifrables y extravagantes figuras, aparece a los ojos del antropólogo la de un bellissimo gato de larga cola en su costado norte. Botero se quejará “*del vandalismo que sufren sus obras, [y de que] los niños la utilizan como atracción y se suben encima*” (*e-notícies*, 2-X-2007). Incompetente artista a la hora de entender que, para los niños del barrio, en efecto, ese gato genial no puede ser

más que una atracción y un desafío: ascender desde la superficie, por la cola del animal, a la espalda de la criatura y observar el mundo desde el cielo, allí montados, con una perspectiva nueva para ellos: la de las salvajes alturas de la vida hecha juego. En un barrio donde históricamente se ha denunciado hasta la exasperación la falta de espacios de juegos infantiles, aquél Gato es el sueño feliz de algo que crece por encima de todo lo personal. Si toda obra de arte debe ser experimentada directamente –como todo poema dicho y vivido–, ¿de qué se queja el vanidoso escultor? ¿Qué mayor orgullo que confegir una obra asediada, practicada, deseada, manoseada tan placenteramente por quienes disfrutan de ella?

En el otro extremo, la gente mayor –en un elevado porcentaje, viviendo sola– ha ido viendo como los edificios donde han residido toda la vida acogían gradualmente a cada vez más gente venida de lejos, desconocida. Los antiguos vecinos que se constituían como su red básica de apoyo se han ido marchando o bien han sido mera y llanamente expulsados; los comercios y los bares de toda la vida han cerrado casi en su totalidad, sustituidos por nuevos establecimientos cuya característica principal es su extrema homogeneidad –para los viejos, hiperrelevante en el caso de las tiendas de alimentación– y que, en fin, no se fía. Demasiada desesperación, y demasiado oculta, para un solo barrio. Las páginas que siguen plantean, ni más ni menos, cómo la gente sale a la calle y permanece en ella en tal contexto, y todas ellas desprenden de alguna forma los reflejos de la destrucción de un proceso social llamado no sólo el Xino, sino también el Raval. Como un relámpago sobre un charco de agua estancada donde, si algo había, era vida. Con todo, en los espacios públicos el dolor y la agonía són apaciguados, atenuados, mitigados por la compañía compartida de una memoria que permanece, que aún hoy palpita y cuyo latido es fuerte, harto fuerte para que los sonidos de los nuevos edificios en construcción puedan acallarla. Aquí se encontrará lo que sería el rastro de los gestos de quienes, sabiéndose condenados –o mucho peor: dados por muertos–, afirman su existencia con el trasiego cotidiano de lo único de que disponen y que todavía no les ha sido robado: sus propios cuerpos, y

todos los trayectos –físicos, y por ende sociales, políticos, económicos, culturales, urbanísticos...– que esos cuerpos han recorrido.

### Extractos de notas y reflexiones

Charles Baudelaire escribió (1995 [1859-1868]): “*Un convalesciente, contemplando con placer a la multitud, se mezcla, mediante el pensamiento, con todos los pensamientos que se agitan a su alrededor [...]. Finalmente, se precipita a través de la multitud...*”. Tal precipitación se ha dirigido, aquí, al intento de reflejar explicativamente cómo los transeúntes de la Rambla del Raval han frecuentado, se han apropiado y han “*habitado*” el espacio, según señalaba Augoyard (1979). De tal modo se ha pretendido certificar hasta donde fuera posible, en base a la observación macroscópica directa, el tipo de prácticas emprendidas por la ciudadanía en torno a la ocupación de la Rambla del Raval: esas formas urbanas diversas, las cuales aparecerían como constitutivas de una totalidad –la propia Rambla del Raval–, abrazan conductas y actitudes cotidianas que, dejando aparte su tipologización como “*complejas*” o bien como “*sencillas*” –o “*contradictorias*”, o “*complementarias*”–, muestran la pluralidad inabarcable de pequeños universos que se manifiestan en la calle encarnando la heterogeneidad misma de la sociedad. ¿Y si por ello no existiera mayor privilegio metodológico –a su vez, imprescindible– que el de la práctica de la observación a simple vista de la vida urbana en el devenir cotidiano del espacio estudiado? (*Ibidem*: 16). Quizás por ello, igualmente, las páginas que siguen deben entenderse como un tributo a los transeúntes de la Rambla del Raval, en la misma medida en que Jack London, con su desgarradora visión del West End londinense, homenajeaba a las gentes del abismo (2001 [1902]).

Jueves, 18 de octubre del 2007

Un teatro donde la distinción entre escenario y platea ha sido abolida. ¿Cómo elaborar el registro invisible en qué se señalan los acontecimen-

tos efímeros –verdadera sucesión de efemérides anónimas– de eso que está ahí?: el beso de dos amantes, la apertura intempestiva de una lata de atún, un temblor sobrevenido de repente, el frío vivido en un banco de la Rambla del Raval...

07.50. Una mujer madura de aspecto oriental, posiblemente una turista, fotografía al Gato. El pavimento de toda la Rambla del Raval está mojado a causa del riego nocturno y la humedad. Un joven de aspecto indostano se sienta en el bloque 3A, fuma, observa. Un hombre mayor de aspecto depauperado avanza chano chano hacia el este por la vertiente sur del paseo central, entre la espalda de los bancos del sur y los parterres, en un tipo de trayectoria muy específica, poco practicada.

08.02. Hay unas 35 personas en toda la Rambla del Raval: una mujer mayor hace *footing* hacia el oeste, estudiantes de Bachillerato con mochilas aparecen regularmente –solos, por parejas, en grupo–, un hombre regordete de aspecto filipino desciende hacia el este, una chica de aspecto filipino asciende hacia el oeste, una pareja autóctona, maduros, enfila hacia el este, ella dice: “Claro, y yo iba pensando que era tan lento para cojerlo...” Pasan sucesivamente por la Rambla del Raval una chica pedalando una bicicleta hacia el este y otra andando por el borde norte del paseo central, en dirección oeste. Ante las obras del hotel, cuatro trabajadores organizan la faena.

08.10. Cinco transeúntes circulan por la calzada sur, cuatro por la norte. El hombre de paso lento y aspecto indigente coincide ante el Gato con un hombre mayor que cojea, de apariencia muy precaria. Ese hombre sujeta una cinta que lo ata a un perro. Ambos hombres andan ahora hacia el oeste, cada uno desde un costado del parterre del borde sur –entre Sant Bartomeu y Sant Martí–; el perro anda en medio de los dos, husmeando el césped del parterre.

08.13. Trece palomas asaltan el sector oeste del rectángulo; en el este, una docena y media, distribuidas en dos grupos. Una mujer mayor de piel blanca se sienta en el bloque 2B. Al cabo de dos minutos un hombre de pelo canoso con un bastón se detiene ante ella, hablan, él permanece en pie.

08.16. El chico indostano de va. El mismo asiento lo ocupa un joven regordete de aspecto “peruano” o “boliviano”.

08.17. La pareja madura que andaba hacia el este, ahora lo hace en dirección contraria, él dice: “Porque hay un follón en la ciudad que te ríes: por aquí, por allí.” Entonces señala a la fachada sur de la Rambla del Raval con el brazo; ella mira consecutivamente en una fracción de segundo hacia el brazo, el dedo, la fachada sur y, aunque parezca asentir con la cabeza, su faz no parece expresar que vea follón alguno.

Se impone de fondo sonoro el ruido de las obras de la Illa del Raval, acompañado del producido por el tráfico rodado.

08.19. Por la calzada norte hacia el oeste pasan en un minuto cinco coches, una furgoneta y una motocicleta. Al minuto siguiente, por la sur hacia el este, un coche y un autocar.

08.22. La apertura de los semáforos que regulan la circulación rodada de acceso a la avenida de las Drassanes, al este, lejos de aquí, debe taponar la refluencia de vehículos a la propia Rambla del Raval, puesto que regularmente brotan de súbito en la calzada norte tres automóviles, dos furgonetas, dos motocicletas –como ahora–, conformando algo semejante a una caravana de amigos.

08.25. Pasos rápidos de los transeúntes, tráfico de paseantes en absoluto denso, pero continuo. El joven indostano del bloque 3B que se había ido vuelve y se sienta en el 3A. La pareja mayor del bloque 2B conversa, ahora el hombre está sentado al lado de ella. Hay tantas mujeres como hombres atravesando el espacio: en general, gente joven y madura.

08.26. Un joven maduro con un gorrito de lana en la cabeza, de aspecto quizás asiático, de Asia Central, muy degradado en su vestir, sus movimientos, sus energías, intenta depositar en un vaso de plástico las cuatro gotas que contiene una lata de cerveza lanzada sobre un parterre. Lleva una bolsa de piel o de imitación de piel, está abierta y parece vacía. Recorre de arriba abajo el paseo central en busca de latas de cerveza cuyas últimas gotas vierte en el vaso. Al fin, se sienta en el extremo este del bloque 5B y bebe de su vaso el líquido recogido, de un sólo trago.

08.33. Un hombre mayor que viste humildemente se sienta en el bloque 4A, despliega el periódico de reparto gratuito *adn* y comienza a leer. Enfrente suyo, el hotel en construcción. Sobre su muslo derecho, un bastón. Un joven de aspecto centroafricano, de piel negra, vestido con un desarbolado chándal, se sienta en el bloque 3A cerca del indostano. Un hombre maduro de aspecto indostano, con un gorrito en la cabeza, habla por móvil, de hecho lleva más de diez minutos moviéndose por el borde norte de la zona central del rectángulo mientras habla, gesticula, sonríe, trazando inesperados recorridos, con pausas puntuales que preceden a la renovación de los pasos.

08.35. Una aparentemente familia india o de Bangla-Desh –hombre con cochecito con bebé, mujer con niña de unos ocho años cogidas de la mano– desciende hacia el este, y también una joven cargada con bolsas con comida, dos chiquillas de aspecto árabe hablando en árabe –¿o amazigh?– a paso lento, dos chicos adolescentes de aspecto guiri o turista, una mujer mayor con gafas de sol muy chillonas y el pelo teñido de algo semejante al pelirrojo, un chico que parece estudiante, una supuesta mama con coche con bebé en su interior y un pequeñazo que las precede, una chica con bicicleta –con notable expresión facial de angustia–, un trabajador de aspecto nepalí...

08.39. El pavimento del rectángulo de la Rambla del Raval y de los satélites es como de un oscurísimo marrón grisáceo con fragmentos incrustados de piedrecillas claras; más allá de los parterres, baldosas grises rectangulares, igual que en las aceras norte y sur; las calzadas, del color de siempre en todas partes.

08.44. Una furgoneta de la limpieza municipal riega y aspira el borde norte de este a oeste. Un basurero barre y recoge los desechos bajo los bancos, que en general aparecen limpios.

08.46. El joven centroafricano del bloque 3A se levanta y enfila hacia el receptáculo público para orinar, situado a la espalda del bloque de bancos 5B, más allá del parterre: hay dos urinarios, uno está cerrado, abre la puerta del otro y, tras unos segundos de observación, se adentra

en él. El hombre indostano que anda mientras habla por móvil clava literalmente el culo en el respaldo del primer asiento oeste del bloque 5A con la mirada fijada hacia el propio oeste. Un trabajador de aspecto autóctono pide fuego al lector del bloque 4A. Dos chicas y un chico indígenas –catalanes– como vestidos de *squatters* enfilan hacia el este. Un hombre indigente habla y gesticula solo, sentado en el bloque 6A. La furgoneta de la limpieza municipal ya mencionada se impone desde el este, ahora atravesando el paseo central. Se trata de un modelo excepcional respecto al paisaje habitual de este tipo de vehículos en el barrio, que aspira y riega a la vez –las más numerosas, las microfurgonetas, tan sólo aspiran–. Una trabajadora de la recogida de basura, en pie, habla con el compañero conductor entre las series de bancos 5 y 6. Mientras tanto, otro basurero barre el satélite este. A medida que transcurren los minutos, se intensifica el tráfico de críos que entran a la escuela a las 9.

08.55. Hasta el momento, se diría que la mayoría de transeúntes son mujeres; que el porcentaje de niños y niñas –andando, en cochecillo, en patinete– es muy elevado cerca de las 9 h., como lo es el de adolescentes de aspecto estudiantil entre las 7.50 y las 8.10 h. –sus clases comienzan a las 8.15–. Hasta ahora –¡sólo hasta ahora!: el balance final se efectuará posteriormente– no se han observado mujeres indigentes, sí bastantes mujeres mayores con aspecto de vecinas del Raval con techo. Con todo, la mayoría de paseantes son críos, adolescentes, jóvenes y gente madura. Apariencias: autóctonos, centro y norteafricanos, indostanos, tipologías diversas de centro y suramericanos. La afluencia de hombres con supuestos hijos e hijas camino de la escuela no es en absoluto inhabitual.

09.03. Los pocos peatones presentes en las calzadas se desplazan en mayor parte por la calzada sur (15), pocos por la norte (4). Pasan sucesivamente en ambas direcciones, hasta las 9.06: una mujer ciclista, mujer con perro atado, mujer con niña cogida de la mano, mujer con hombre, mujer con niña en cochecillo, los dos niños de facciones árabes que minutos atrás descendían hacia el este vuelven a aparecer desde el oeste otra vez hacia el este –piénsese también que las “camas calientes”, como una

vecina le explica a uno al cabo de un rato, afectan a grupos familiares enteros, y los horarios de salida diurna son muy tempranos—, mujer, mujer mayor con mujer joven de aspecto centramericano cogidas del brazo, mujer madura, mujer adolescente, mujer con perro, mujer con niña en cochecillo, mujer consigo misma.

09.07. El joven de piel negra parece que ha satisfecho sus necesidades fisiológicas, ahora se dirige hacia el oeste. Nadie permanece en el satélite oeste; en el satélite este, la pareja de mujer mayor y joven centroamericana se desplaza con lentitud, se detienen, hablan, miran, retoman la marcha. El hombre indostano parlanchín ha ido ampliando el circuito caótico hasta desaparecer del campo visual de uno mismo. En una hora se han detectado exclusivamente un par de coches-patrulla de los mossos y uno de la guardia urbana.

09.13. Un perro suelto husmea en el parterre central del borde norte de la Rambla del Raval, orina, cubre el líquido con tierra mediante un movimiento ansioso de sus patas traseras, intenta defecar, gira sobre sí mismo trazando círculos—los segundos se suceden—, continúa girando, no le sale nada—presenta, indudablemente, graves problemas de retención: la simpática estampa deviene un calvario de angustia animal—, gira...

09.14. Dos mujeres mayores sentadas en el bloque 4A conversan. Se fijan en el perro.

09.15. El perro, por fin, defeca. Las mujeres mayores del banco 4A exclaman: “Ooooooh!”. El perro no muestra señales de mareo después de tanto giro autoinducido: en un potente arranque, atraviesa a gran velocidad el paseo central en diagonal hacia el este, hasta llegar a un parterre en la vertiente contraria de la Rambla del Raval, se acerca a una palmera y orina sobre ella. Levanta la cola, parece feliz, y prosigue su trayecto.

09.18. Una furgoneta de la limpieza municipal aspira la suciedad del suelo cruzando la Rambla del Raval de oeste a este, frente a los bancos situados en la vertiente sur. Otra furgoneta, siguiendo el paseo central, asciende hacia el oeste.

09.20. En toda la superficie de la Rambla del Raval se encuentran muy pocos transeúntes, no llegan a las dos docenas. Hay siete personas sentadas en los bancos, cuatro de ellas mayores.

En el satélite este, cuatro operarios de Parcs i Jardins organizan la acción: están podando. Uno mismo tenía algunas dudas botánicas que ellos le resuelven. Se quejan de que la gente pisa los parterres y las plantas mueren: “*La gent ho destrossa tot, encara que hi posis plantes amb punxes, les trepitgen!*”, afirma el más joven.

Hacia el oeste, uno entabla una conversación con las dos mujeres mayores del bloque 4A, una no es muy habladora, sólo asiente a las explicaciones de su compañera. La otra mujer, que aparenta más de 75 años, ha vuelto al barrio donde vivía su padre—en la calle de los Picalquers—. Le gusta que construyan el hotel, porque así el barrio “*quedarà més bonic*”. Lleva un año viviendo en un piso-pensión del barrio a través de los Servicios Sociales del Ayuntamiento. Comparte el piso con cuatro mujeres mayores más, bien avenidas. Almuerza en el comedor social de la calle Sant Pacià, dice que la gente que come allí es muy miserable, y su cara expresa una especie de “no sabes lo que es aquello”. Hasta hace un año vivía cerca de la Meridiana, en la calle Sancho de Ávila. Cuenta que durante un tiempo vivió en la calle, dormía en los bancos de los espacios enjardinados de la Meridiana hasta que el Ayuntamiento, al comprobar que servían de cama para los hombres y mujeres de la calle, los retiró. Alguien le sugirió que alquilara sillas desplegadas para que la gente se pudiera sentar y así lo hizo, las alquilaba a 25 céntimos, de esto no hace mucho, un par de años. Varias veces repite: “*La misèria és ara. Ara, ara, ara mateix.*” Ella conoce lo que son los pisos y pensiones de “camas calientes” de la propia Meridiana, albergando a hombres y mujeres solos, parejas de todas las edades, grupos familiares del mundo entero, ocupantes de aquí y de allí obligados a levantarse a las 6.30, desayunar e irse para no volver hasta las 8 de la tarde-noche. Afirma, cada vez que habla de su experiencia de su propia ciudad, Barcelona: “*Misèria, molta, molta misèria...*” y que “*s’ha de viure lluitant*”.

Testimonios sobrecogedores de este tipo constituirían por sí mismos la presente investigación. Al transcribir las notas de campo, uno constata que no se ha seguido este camino. Cuando Jean Duvignaud (1977 [1973]: 246) se preguntaba qué puede hacer el antropólogo, acorralado entre la estética y la guerrilla, se refería también a esto. La Rambla del Raval comporta por sí misma una sensación sostenida, a veces aplacada a veces desbordante, de rabia e impotencia. No es sencillo reflejar la intensidad ajena y propia de la experiencia social del estar ahí, Del paso de la efervescencia al vacío, del acercamiento a los transeúntes al distanciamiento obligado, del situarse *ahí*.

10.20. El joven centroafricano repetidamente mencionado aparece desde el oeste de nuevo, cabizbajo, anda por el paseo central con expresión de desconcierto, como si esperara algo que no llega.

Miércoles, 14 de noviembre del 2007

03.16. De oeste a este –de arriba abajo– el paseo central de la Rambla del Raval aparece vacío de gente en la madrugada. Un barrendero riega el área oeste. De hecho, toda la Rambla del Raval ha sido regada. En el extremo oeste un hombre de aspecto indostano sujeta una bolsa de plástico con latas en el interior, ofreciendo “¡Beer, cerveza!” a alguno de los contados paseantes que de vez en cuando suben desde el este, no por el paseo central, sino por las aceras, especialmente la sur (Llobregat). Con los locales de ocio ya cerrados, y en vista de la soledad de la Rambla del Raval, el vendedor ambulante acaba yéndose por la calle Hospital hacia el sur. El “*acrecentamiento de la vida nerviosa*” que caracteriza a los urbanitas se da, aquí, a un paso lento en la interioridad del vendedor, sin nadie con quien interactuar en ninguna dirección. La madrugada se muestra impresionantemente silenciosa; la ecuación entre los contenidos individuales de la vida y las fuerzas extrañas mediante las cuales se adapta –la sociedad–, se muestra oscura como la noche (Simmel, 2001 [1903]: 376).

03.23. Una pareja de chicas adolescentes vestidas de rosa acompañadas de un chico de aspecto magrebí, norteafricano, llegan desde el este y se sientan en el bloque de bancos 6B. Gritan, gesticulan, se levantan, se desplazan, se vuelven a sentar, se mueven. A su espalda, desde el borde sur del rectángulo, dos jóvenes de piel oscura los observan.

03.27. Un hombre solo de aspecto magrebí norteafricano lo mira a uno desde el ángulo sureste de la Rambla. Se diría que se trata de un traficante de sustancias estupefacientes ilegalizadas: por su actitud, explicita una cierta desconfianza hacia uno mismo, que permanece plantado en el área este del paseo central en estado de observación automática, semejantemente a un policía de paisano vampirizando visualmente su entorno inmediato. No hay, aquí, una veloz aglomeración de imágenes cambiantes, sino la imprevisibilidad repentina de una sola impresión que se impone: la de alguien que ajeno al terreno se planta en él, frente a alguien que hace de ese terreno su lugar de trabajo, en este caso, seguramente, el comercio informal. El hombre se va alejando poco a poco sin dejar de girarse para comprobar que uno sigue ahí, hasta perderse en dirección este, hacia Sant Oleguer y la avenida de las Drassanes. Junto al *tempo* lento de esta noche, el hombre huye en busca de las multiplicidades de la vida profesional... sin otro resguardo ante la dureza despiadada del mundo urbano que la de su propio espíritu calculador (*Ibidem*: 376-378). Incertidumbre agitada de la vida en la calle, donde “*uno puede a veces verse forzado a considerar como problemas a las personas desconocidas, en un escenario urbano*” (Hannerz, 1980 [1993]: 24).

03.39. Un coche-patrulla de la guardia urbana frena su patrullaje móvil en el extremo este de la acera norte (Besòs). Uno tiene la sensación de ser observado como si, ahora, fuera él mismo el sospechoso de alguna práctica de comercio ilegal. Uno se encuentra ahora en el satélite este, girando sobre sí mismo para abarcar con la visión el espacio completo.

03.42. Los dos jóvenes que observaban, silenciosos, al trío se van hacia el oeste de la Rambla del Raval no por el paseo central, sino por su borde sur.

Testimonios sobrecogedores de este tipo constituirían por sí mismos la presente investigación. Al transcribir las notas de campo, uno constata que no se ha seguido este camino. Cuando Jean Duvignaud (1977 [1973]: 246) se preguntaba qué puede hacer el antropólogo, acorralado entre la estética y la guerrilla, se refería también a esto. La Rambla del Raval comporta por sí misma una sensación sostenida, a veces aplacada a veces desbordante, de rabia e impotencia. No es sencillo reflejar la intensidad ajena y propia de la experiencia social del estar ahí, Del paso de la efervescencia al vacío, del acercamiento a los transeúntes al distanciamiento obligado, del situarse *ahí*.

10.20. El joven centroafricano repetidamente mencionado aparece desde el oeste de nuevo, cabizbajo, anda por el paseo central con expresión de desconcierto, como si esperara algo que no llega.

Miércoles, 14 de noviembre del 2007

03.16. De oeste a este –de arriba abajo– el paseo central de la Rambla del Raval aparece vacío de gente en la madrugada. Un barrendero riega el área oeste. De hecho, toda la Rambla del Raval ha sido regada. En el extremo oeste un hombre de aspecto indostano sujeta una bolsa de plástico con latas en el interior, ofreciendo “¡Beer, cerveza!” a alguno de los contados paseantes que de vez en cuando suben desde el este, no por el paseo central, sino por las aceras, especialmente la sur (Llobregat). Con los locales de ocio ya cerrados, y en vista de la soledad de la Rambla del Raval, el vendedor ambulante acaba yéndose por la calle Hospital hacia el sur. El “*acrecentamiento de la vida nerviosa*” que caracteriza a los urbanitas se da, aquí, a un paso lento en la interioridad del vendedor, sin nadie con quien interactuar en ninguna dirección. La madrugada se muestra impresionantemente silenciosa; la ecuación entre los contenidos individuales de la vida y las fuerzas extrañas mediante las cuales se adapta –la sociedad–, se muestra oscura como la noche (Simmel, 2001 [1903]: 376).

03.23. Una pareja de chicas adolescentes vestidas de rosa acompañadas de un chico de aspecto magrebí, norteafricano, llegan desde el este y se sientan en el bloque de bancos 6B. Gritan, gesticulan, se levantan, se desplazan, se vuelven a sentar, se mueven. A su espalda, desde el borde sur del rectángulo, dos jóvenes de piel oscura los observan.

03.27. Un hombre solo de aspecto magrebí norteafricano lo mira a uno desde el ángulo sureste de la Rambla. Se diría que se trata de un traficante de sustancias estupefacientes ilegalizadas: por su actitud, explicita una cierta desconfianza hacia uno mismo, que permanece plantado en el área este del paseo central en estado de observación automática, semejantemente a un policía de paisano vampirizando visualmente su entorno inmediato. No hay, aquí, una veloz aglomeración de imágenes cambiantes, sino la imprevisibilidad repentina de una sola impresión que se impone: la de alguien que ajeno al terreno se planta en él, frente a alguien que hace de ese terreno su lugar de trabajo, en este caso, seguramente, el comercio informal. El hombre se va alejando poco a poco sin dejar de girarse para comprobar que uno sigue ahí, hasta perderse en dirección este, hacia Sant Oleguer y la avenida de las Drassanes. Junto al *tempo* lento de esta noche, el hombre huye en busca de las multiplicidades de la vida profesional... sin otro resguardo ante la dureza despiadada del mundo urbano que la de su propio espíritu calculador (*Ibidem*: 376-378). Incertidumbre agitada de la vida en la calle, donde “*uno puede a veces verse forzado a considerar como problemas a las personas desconocidas, en un escenario urbano*” (Hannerz, 1980 [1993]: 24).

03.39. Un coche-patrulla de la guardia urbana frena su patrullaje móvil en el extremo este de la acera norte (Besòs). Uno tiene la sensación de ser observado como si, ahora, fuera él mismo el sospechoso de alguna práctica de comercio ilegal. Uno se encuentra ahora en el satélite este, girando sobre sí mismo para abarcar con la visión el espacio completo.

03.42. Los dos jóvenes que observaban, silenciosos, al trío se van hacia el oeste de la Rambla del Raval no por el paseo central, sino por su borde sur.

03.49. Llega un camión desde el norte, por la calle Sant Pau, y aparca delante del satélite este. El transportista es un hombre de aspecto joven, unos 30 años, de piel negra. Los rótulos laterales del camión indican que se trata de una empresa de lavandería emplazada en Blanes. El hombre abre una portezuela lateral de la sección de carga del camión y con un carrito efectúa sucesivamente dos transportes de lo que debe de ser ropa limpia –sábanas, cocineras, toallas–: en primer lugar a un albergue hacia el norte de la calle Sant Pau, y ulteriormente, después de volver a cargar el carrito, hacia otro albergue –el Barcelona Mar– al sur de Sant Pau (cuya salida de emergencia da al nº 34 de la la Rambla del Raval), ambos inmediatos a la Rambla del Raval.

03.53. El coche-patrulla de la guardia urbana se desliza hacia el oeste hasta desaparecer por la calle Hospital en dirección sur.

04.17. Transportista y uno mismo se saludan con un “*Bona nit!*” sonrientes antes de que aquél arranque en dirección este con el camión, hacia Sant Oleguer y la avenida de las Drassanes. El trío de dos chicas de rosa y chico siguen revoloteando por el paseo central.

A lo largo de una hora, se ha contado el paso de furgonetas de la limpieza: seis veces, en ocasiones efectuando paradas en algún lugar de la Rambla del Raval para recoger desechos del suelo o de papeleras. Inmaculada limpieza bajo una noche que no es de Luna llena. Hace un frío intenso, no hay nadie durmiendo en ningún banco.

Sábado, 22 de diciembre del 2007

10.04. “*¿Cuándo volverás? ¡Dime dónde estás!*” La mujer, con aspecto de mayor de 55 años, grita desconsolada en uno de los teléfonos de la doble cabina situada en el ángulo noroeste de la Rambla del Raval. Cuelga agitada. Luego le explica a uno que la entrada al edificio nº 1 de la Rambla del Raval tiene lugar por la inmediata calle Hospital.

10.06. Justo a 40 metros, en la cabina paralela, en el ángulo contrario suroeste, un hombre que aparenta unos 40 años repite nerviosamente:

“*¡Sandra, hija, dime por favor dónde estás! ¡Dímelo, caramba, hija!: ¿dónde estás?*”. Increíble sincronidad junguiana, inaudita coincidencia sociológica en ese reclamo compartido desde la angustia. No sé qué otro tipo de enfoque teórico y metodológico resaltaría eso. “Eso” es “algo” que remite a un paisaje social, un momento de un algo de un mundo que ninguna entrevista, ninguna historia de vida, recogerá nunca en el instante en que se produce. Nada lo abarca todo completamente, he ahí el valor de los esbozos de relaciones sociales captadas al azar, fugaces, nacidos en un segundo para fallecer al segundo siguiente bajo la marea del acontecer continuo de transeúntes, volcanes significativos liberando magma vital a cada instante. Universos bibliotecarios recogen y explican universos de entrevistas e historias de vida que adquieren sentido en los universos que otros universos –no sólo teóricos– se encargan de explicar coherentemente en los libros. Pero, ¿cuántos de esos fragmentos relampagueantes de la experiencia social anónima son recogidos? ¿Y cuántos de ellos son coherentes respecto a quién sabe qué clase de teorizaciones...? “*¿Dónde estás?*” Quizás respecto a los interlocutores de esos dos transeúntes que hablaban por teléfono, “*si algunos individuos apenas se movían lejos de él [el barrio], otros venían a casa casi exclusivamente para dormir, y a veces tampoco hacían esto con mucha regularidad*” (Hannerz, 1993 [1980]: 24).

Uno no ha pretendido entrevistar a los peatones, sino, si se daba la situación, hablar con ellos a partir de una presencia compartida en un mismo espacio –siguiendo las indicaciones clásicas, desde Malinowski a Geertz–. Sea como sea, ahí reside la relación entre el orden de lo social y el orden de la interacción que hace de los avances de Goffman la mayor y más penetrante entrada habida, fundada en los clásicos –Durkheim y Simmel–, al estudio de... eso, lo que sucede cuando parece que no sucede nada: la situación, “*la prima pobre*” como la denomina Joseph (1999 [1998]: 15); igual que, para Goffman, la conversación aparece como “*el depósito de la basura de la estructura*”. Puede que en un segundo volumen dedicado a la Rambla del Raval recoja las series de diálogos en-

tablados con tanta y tanta gente relacionada de formas distintas con la Rambla del Raval. Por el momento, en este primer volumen, los movimientos de sus cuerpos se han recogido como sus propias voces sobre el espacio...

Quizás en este punto tuviera sentido preguntarse acerca del modo en que los transeúntes estructuran y reestructuran su vida atravesando o permaneciendo en la Rambla del Raval; del modo en que exhiben sus anhelos o desesperanzas, sus sueños y sus derrotas; del modo en que construyen continuamente esta aparatosa concentración de cemento que, con todo, no cesa de mutar, a pesar de la aparente inmovilidad del espacio físico; del modo en que estos paseantes elaboran "*líneas de fuga*" (Joseph, 1981: 75) hacia quién sabe qué... Más allá de respuestas fundamentadas en una comprensión extraetnográfica, el sentido básico de las siguientes páginas reside en aquello observado (Horta, 2004b: 11-18).

10.15. El conserje de la recepción del Abba Rambla Hotel (nuevo hotel de tres estrellas en un antiguo edificio de viviendas integralmente rehabilitado) sale disparado a la acera para advertir en inglés a una pareja madura de turistas anglosajones —¿se tratará de sociólogos?— que no dejen a solas a su equipaje junto al automóvil, a pesar de que —o quizás porque— el único transeúnte a esa hora y por esa zona de la acera es uno mismo —o sea, yo—. El conserje responde en catalán a la demanda que uno formula de que, puesto que la numeración del hotel es "4 C", se trata de un edificio distinto respecto al gran edificio nuevo que nace en la esquina oeste, con la calle Hospital.<sup>39</sup>

10.20. La presencia de barrenderos en la Rambla del Raval comienza a visibilizarse. Uno, mayor, cruza de norte a sur. Además de los vecinos y paseantes habituales del lugar, son los barrenderos y los policías quie-

39. Pregunta en realidad irrelevante, puesto que uno intentaba ganarse su confianza para demostrarle su condición de merodeador callejero como científico, y no como ladronzuelo. ¿Cuál y ante qué ojos merece mayor consideración: el malechor, el científico, el detective privado, el policía secreto, el voyeur-transeúnte...?

nes, por su trabajo sobre el terreno, están bien capacitados para caracterizar las vicisitudes del espacio y sus gentes. Aún más en el caso de los barrenderos, por su mayor relación temporal con espacios menores que aquellos por los que deben transitar los policías. Intercambio de saludo matinal con el barrendero: "*Bon dia!*". La Rambla del Raval aparece con muy poca gente a esa hora. Un hombre maduro con aspecto de indigente y en un estado físico muy precario, cargando una vieja mochila que sujeta con la mano derecha, interpela en un castellano primario al antropólogo pidiéndole dinero y preguntándole de dónde es. Éste le da todas las monedas que lleva excepto una de dos €. Cuando en la conversación uno mismo nombra la palabra "comer", el hombre empieza a repetir, gritando, "*¡¡¡Yo hago dieta!!!*", término que aúlla con hiriente sarcasmo mientras se aleja en dirección noroeste. Durante unos quince segundos se oye a este hombre, cuyo lenguaje parece eslavo, gritar en castellano, de un modo sobrecogedor, "*¡¡¡Dieeta!!!*".

10.43. Otro hombre de aspecto maduro de unos 40 años, con una mochila a la espalda, cruza de norte a sur el satélite oeste. Grita, con rabia no contenida: "*¡A la mierda el siglo XXI!*". Desde la lejanía no se escuchan bien el resto de palabras: se entreoyen improperios, blasfemias generalizadas, punzantes, lanzadas al mundo que le rodea y a sus dioses.

En el paseo central se están instalando las 18 paradas (de base cuadrada, con dos de los cuatro costados abiertos y los otros, a modo de tabique, tapando el espacio interior) del llamado Mercat Obert del Raval. Abren sábados y domingos de 11 de la mañana a 9 de la noche, desde la primavera pasada, el 6 de mayo del 2007, hasta el 20 de enero del 2008, y desde el primer fin de semana de marzo hasta otoño de éste mismo año —con las excepciones de julio y agosto—. Tal ordenación temporal se establecerá también para el 2009. De hecho, durante la primavera del 2007 se organizó una carpa donde llevar a cabo actividades infantiles que, tras el paro veraniego —de julio y agosto—, desapareció, en consonancia con el imparable proceso de reducción de todo tipo de actividades en la Rambla del Raval.

Sin embargo, a esa hora justo sólo tres paradas se están montando. Continúa habiendo pocos transeúntes en el conjunto de la Rambla del Raval. Se venden productos trabajados artesanalmente: ropa, complementos, bisutería, artesanía, dibujos, grabados. Hay dos paradas que están completamente abiertas en los costados laterales, sólo con el techo cubierto, con pequeñas mesas y taburetes, para comer productos indostanos y beber te. Las paradas se sitúan preferentemente en una línea recta continua a lo largo del paseo central del gran rectángulo, entre las calles Aurora y Sant Bartomeu.

Uno mismo, sentado en el bloque de bancos 2B, observa la llegada de la primera mujer que viene a montar su parada. Empieza a sacar el material de dos paradas que se mantienen cerradas toda la noche, vigiladas por un guardia privado de aspecto indostano, las cuales deben de cumplir el papel de almacén nocturno, puesto que los domingos por la noche se desmontan todas las paradas. En las noches de sábado a domingo sólo se mantienen los soportes de los tendales, su estructura básica, el esqueleto que los sostiene.

En términos metodológicos resulta absurdo prescindir sistemáticamente de la libreta y grabar lo que el antropólogo ve y escucha para transcribirlo luego. Tan sospechoso resulta un transeúnte que habla solo sin cesar, como alguien que de vez en cuando saca y mete una libreta de la mochila para ir escribiendo, o bien que escribe sin freno. Sabios académicos considerarían en calidad de imbéciles a transeúntes vistos como incapaces de descubrir que alguien, nuevo en el paisaje, aterriza en él para convertirse en un paseante o en un habitante más de un espacio concreto con ocultas intenciones. Al antropólogo no le delata su libreta, sino su mera presencia. A partir de ahí, no cabe plantearse si aquella debe ser exhibida con naturalidad o no, sino si el sentido de los gestos, los movimientos y los diálogos que el antropólogo entabla pueden inmiscuirse, de un modo y con un sentido más o menos aceptable, en el espacio físico y social que deviene su objeto de estudio. Él, como los otros, se convierte en transeúnte. A quién quería saberlo, uno le cuenta

de qué va la cosa, y, a veces, incluso se lo cuenta a quien no se lo ha pedido. Las escalas de la representación en el espacio público son siempre diferentes, he ahí la labor del antropólogo: intentar distinguirlas, con su propia presencia incluida –tan distante, tan cercana–.

El cruce de miradas se repite hasta que la mujer dice “*Hola!*” y uno mismo responde. En catalán, la mujer explica que la gente que acude a las paradas suele ser del Raval, gente variada: vecinos de toda la vida y recién llegados occidentales residentes en el barrio, así como turistas, si bien estos acuden mayormente en primavera y verano –lo cuenta por su experiencia en períodos anteriores–. Algunas de las personas que montan las paradas viven en el barrio. La mujer asegura que como clientes también acuden personas de otros barrios: cita clientes del distrito de Nou Barris y del Eixample. Lo sabe porque ella misma se lo pregunta.

La presencia de barrenderos va en aumento, en una proporción superior a la de paseantes. Paseantes: vecinos del barrio de edades diversas, niños y niñas con patinetes, padres o madres o lo que sea con hijos, en pareja o no, personas de parecido indostano –algunos de pie, quietos, mirando, y otros sentados en bancos, algunos de ellos hablando por móvil largos ratos–, grupitos de jóvenes. De este a oeste, o sea, de abajo a arriba de la Rambla del Raval, un hombre mayor anda con lentitud, lleva barba y cabellos blancos: uno le reconoce de los años 1990 a 1993, de verlo vivir en las calles del barrio del Poble Sec, un barrio trabajador cercano, situado en la falda de la montaña de Montjuïc. Entonces se le veía en muy mal estado, a pesar de que no utilizaba bastón para andar, como ahora.

11.25. En el local social (bar, comidas) del Atlanta FC (equipo de fútbol fundado en 1986) los habituales desayunan. La media de edad debe de superar los 65 años. Hombres y mujeres mayores, solos, en parejas, en tríos, en grupos jugando al dominó o a las cartas... El televisor emite el macabro deje sonoro de la lotería de Navidad: estridente, penetrante, sórdido, repulsivo monótono, inacabable letargo tardofranquista, tan profundamente deprimente, como cada año. Las tres mujeres

que en apariencia regentan el local, mayores de 60 años seguramente, van sirviendo a destajo. A una de ellas le ha tocado un ordenador portátil en la rifa de la asociación vinculada al sorteo navideño estatal. En una mesa, desayunan –cervezas, cafés, algún bocadillo– cinco barrenderos de distintas edades, entre ellos una mujer. En la pared lateral oeste del local hay tres banderillas: “FC GLADIADOR FUNDAT EL 1920”, “AD ALMERIENSE FUNDAT EL 1980”, “ATLANTA FC EL RAVAL BARCELONA FUNDAT L'ANY 1986”... todos ellos, hecho sistemáticamente habitual en los clubes deportivos del país, con la bandera catalana en sus escudos.<sup>40</sup> También hay fotos de diversos equipos y períodos del club. Un sexto barrendero se añade al desayuno. Los colores del Atlanta FC son el rojo y el negro.

El aparentemente compañero cuasicuarentón de la mujer de la parada con quien uno mismo ha interactuado visualmente y verbalmente entra al bar y fija su mirada en uno mismo, sin atisbo alguno de saludo. En otros tiempos, décadas atrás, se consideraría pertinente que toda exploración sobre el terreno fuera realizada, si se efectuaba en parejas, por un etnógrafo y una etnógrafa, a fin de evitar susceptibilidades en los sujetos objeto de estudio respecto a competitividades afectivosexuales sobrevenidas, o sea, indeseadas por alguien. El florecimiento a una cierta superficie social global de prácticas homofílicas, zoofílicas o como sean clasificadas no permite, sin embargo, desmentir las bondades estratégicas de ese principio de actuación sobre el terreno, ni las tendencias emotivocarnales del antropólogo. Las próximas semanas resultarán indicativas de la caída de un antropólogo en un universo social que nunca, en ningún lugar, está plenamente consolidado con miras no a la eternidad pero sí a algo que los humanos suelen percibir semejantemente: el futuro de sus vidas, de sus relaciones –de pareja, de lo que sea– establecido como una continuidad de la situación pre-

40. De ahí las reiteradas prohibiciones sobre ese campo simbólico en el curso de tantas décadas del siglo XX, y más cuando las banderas se acompañaban de estrellas independentistas, comunistas o anarquistas, caso del Júpiter del barrio de la Verneda de Barcelona.

sente. ¿Había celos en la mirada de ese hombre, de ese vendedor? ¿Deferencia o desprecio?, como diría Joseph (1999a [1998]: 11). Finalmente, “*Lo que se llama moral suele ser etología*” (Mauss, 2006: 258).

Una euforia satírica impregna el local social en la zona de la barra, donde P. y sus compañeras vociferan “*¡Champagne, champagne!*”. No se lleva a cabo ningún reparto del preciado líquido. Entran dos trabajadores de la construcción del hotel y el gran edificio colindante, parece que se trabaja en sábado. “*¿A quién le ha tocado el ordenador? ¡A la P.!*”, dice la P., seguido de un “*¡¡Mala puta!*», *me ha dicho!*”, en referencia a una clienta habitual de unos 70 años que le ha lanzado ese “*¡Mala puta!*” riendo. Entra otro trabajador muy joven de la construcción, de aspecto centroasiático, que se sienta junto a sus compañeros de aquí. En su relación se trasluce afabilidad recíproca.

Al salir del bar y cruzar la calzada norte en dirección sur un trenecillo con dos vagones casi atropella al antropólogo, quien rememora vertiginosas experiencias pasadas en relación con ese tipo de vehículos (Horta, 2004b). Como en otros espacios, en otros tiempos, el tren avanza vacío hacia el oeste de la Rambla. En el techo y los laterales de los vagones se leen tres rótulos: “*VINE I GAUDEIX*”, “*BENVINGUTS*”, i “*L'EIX COMERCIAL DEL RAVAL*”. No hay alumbrado navideño en la Rambla del Raval, sí existen unas luces que cuelgan a media altura del paseo central propagando una idea, un deseo, un plan oculto quizás: “*L'EIX COMERCIAL DEL RAVAL*.” Bajo el rótulo, canales, remolinos, islas, estancamientos, torbelinos, obstáculos para la navegación (Delgado, 2005b: 11), y además senderos, archipiélagos, continentes, océanos, desiertos, puntos de fuga, fallas, explosiones e implosiones, agujeros negros, pantanos, collados, acantilados, protocolos diezmados y flujos autoorganizados –locomoción social, proxemia y cinética– registrables en su más palmaria literalidad. Hay tanto ahí que serían necesarias centenas de cámaras actuando a la vez, miles de planos generales, planos medios y primeros planos grabando un solo segundo –un momento de un proceso social–, millones de aparatos –sociedades enteras de observadores profesionales–

engulliendo universos de experiencias paralelas coincidentes mediante una mirada tras otra, un encontronazo o un cerrar los ojos como el de la mujer mayor sentada en un banco. Un cerrar los ojos.

Domingo, 23 de diciembre del 2007

08.50. De la vivienda del antropólogo a la Rambla del Raval hay unos tres minutos de distancia temporal andando por la calle Sant Pau. En ésta, colindando con la Rambla del Raval, hay un complejo polideportivo –por lo demás, sencillo– con amplios ventanales a la propia calle Sant Pau. El más que grueso muro del edificio y la colocación de los anchos cristales en el extremo interior del muro deja un espacio en el que cualquier viandante puede sentarse e incluso casi estirarse completamente. En uno de esos ventanales cuatro indigentes hablan, sentados juntos, compartiendo una manta que cubre sus piernas. Diríamos que ya se han levantado. En otro ventanal alguien duerme, una manta más cubre su cuerpo de pies a cabeza.

09.15. Otro guardia privado de aspecto indostano vigila las dos paradas cerradas que contienen el material, o al menos una parte, del resto de paradas ahora esqueléticas.

09.25. Inspeccionar el espacio y la interacción práctica que mantienen los humanos con él a esta hora, en el área este de la acera sur, es tarea imposible pues el área está vacía. De repente un hombre de unos 65 años sale del local Visca Xauxa, da cuatro pasos, se detiene, se gira arriba y abajo, va mirando al antropólogo. Sale otro hombre del mismo local social de la coral, cruzan cuatro palabras y el segundo hombre vuelve a entrar. El primer hombre continúa parado allí, medio mirándole a uno, que parecería una almeja en Marte. La “*desatención cortés*” (Goffman, 1991 [1964]: 132) como *situación social* es inevitablemente violada en el mismo sentido en que lo harían dos humanos que tropiezan o colisionan en el desierto sin previo aviso. La situación social entendida, dice Goffman, como:

[...] un medio constituido por mutuas posibilidades de domino, en el cual un individuo se encontrará dondequiera asequible a las percepciones directas de todos quienes están ‘presentes’, y que le son similarmente asequibles. Según esta definición, existe situación social así que dos o diversos individuos se encuentran en mútua presencia directa y continua habiéndola hasta que se vaya la última persona. Quienes se encuentran en una situación determinada se pueden definir como una reunión aunque parezcan aislados, silenciados y distantes, o quizás sólo presentes temporalmente. El modo en que los individuos se deben comportar en virtud de su presencia en una reunión se rige por reglas culturales. Cuando se respetan, estas reglas de orientación organizan socialmente la conducta de los implicados en la situación.

O bien, en los términos propuestos por Quéré y Brezger (1993: 91 y 99), lo que aquí se desplazaría es justamente la “*inatención civil*” –“*una forma muy precisa de atención, de tener en cuenta la copresencia del otro y el trato de las personas*”–. La calle, en efecto, es susceptible de aparecer, en palabras de Delgado (2003), como “*un terreno dominado por el desconocimiento mútuo entre sus usuarios, donde los individuos confían que con su aspecto habrá suficiente para definirlos*”.

Así, escucho. Este hombre vivió una gran parte de su vida en la calle Sant Jeroni, no en la acera que ahora ocupamos, sino en la acera que ha devenido el borde sur del rectángulo de la Rambla del Raval, la que hay más allá de la calzada junto a la cual hablamos. Fue realojado en una vivienda en la calle Peu de la Creu, unos 500 metros al oeste del lugar donde nos encontramos. Explica que unos vecinos fueron realojados en el barrio, mientras que otros aceptaron “*cuatro duros*” para abandonar las casas donde vivían y ya no residen en el barrio. Se queja de la transformación de la morfología social de la que fue su calle. Lo dice porque en la franja comprendida entre Sant Rafael y Sant Pau “*los moros han echado a los españoles* [...]”. *Son propietarios de los locales* [...]. *Mira este*

*restaurante, siempre está vacío, y mira qué grande es*". La queja que luego explicita, y que otros vecinos han mostrado durante el 2007 y mostrarán durante el inicio de 2008 a uno mismo, reside en el tráfico de sustancias estupefacientes ilegalizadas que se produce. Como actividad económica informal, su relevancia es evidente sobre todo a partir de media tarde y hasta la noche, incluso a veces por las madrugadas se encuentran "cammellos" disponibles, en acción. La supuesta actividad tiene lugar de forma evidente en determinadas áreas de la Rambla del Raval. Según él, "la policía ya lo sabe", aunque estos sostienen, dice, que "así, aquí, ya sabemos dónde están y los tenemos controlados". Por más patrullas de los mossos d'esquadra y de la guardia urbana que pasen por esta calzada y por el conjunto de la Rambla del Raval, dicha actividad es cotidiana y respondería a una lógica de necesidades que implica a vendedores y a compradores del propio barrio y del exterior. Este vecino no se explica cómo pueden mantenerse locales grandes sin clientela, ni el hecho de que marroquíes e indostanos sean propietarios de esos locales. Manifiesta desazón ante la transformación de un barrio que progresivamente deviene irreconocible a su mirada. En el largo edificio nuevo de la misma acera, en su extremo oeste –de Hospital hasta el Abba Rambla Hotel que hace esquina con Aurora– vive gente "con dinero", afirma. Es en este tipo de conversaciones imprevistas donde aflora el intervalo que se produce entre el espacio público y el privado, una oscilación que tiene lugar en la exterioridad del espacio público (Joseph, 1981: 69). Por ahí se introduce la búsqueda no de la estructura de la vida social, sino, desde la interacción en los espacios públicos, de la estructura de la experiencia individual de la vida social (*Idem*, 1999a [1998]: 10).

El cambio es físico y social. Los antiguos locales, como los antiguos residentes, desaparecen reemplazados por otros espacios, otros locales, otros residentes y otros visitantes. En muchos casos –en todos cuando se trata de edificios nuevos o rehabilitados integralmente y puestos en el mercado como viviendas de calidad–, tanto en lo que concierne a la propiedad como al alquiler, de una clase económica muy superior. Por más

obviamente literal que sea este proceso, cabe remarcar las veces que sea necesario el papel de la población indostana y magrebí llegada en los últimos siete años en calidad de punta de lanza del proceso de colonización burguesa del barrio. Los comercios de los habitantes autóctonos –mayormente familiares, autónomos– no pueden competir con sus horarios ni con sus condiciones de trabajo ni con lo que muchos vecinos interpretan como una falta de control por parte del Ayuntamiento, ya que existe la queja generalizada de que pagan muchos menos impuestos que el resto de comerciantes establecidos históricamente en el barrio, y de que no son objeto de control en cuanto a las condiciones de esos locales. Se trata de un proceso extendido a todo el Raval: en él convive el proletariado autóctono, una población inmigrada miserabilizada que se hacinan en pisos patera por turnos –las llamadas "camas calientes"–, una minoría de población inmigrada con suficiente capital para pagar traspasos e incluso adquirir en propiedad locales, con trabajadores en muchas ocasiones precarizados igualmente inmigrados, otra población inmigrada europea de clase media-alta, establecida en Barcelona como turistas perpetuos, un número substancial de estudiantes universitarios europeos –por el programa Erasmus de movilidad– suficientemente acomodados, y la población autóctona de clase media o media-alta que se establece en los nuevos edificios, de precios inalcanzables para los residentes del barrio de toda la vida. Es en este contexto donde se produce, como excelentemente han investigado Aramburu (1997 y 2002) y Monnet (2002), la cotidianidad de las relaciones sociales de Ciutat Vella.<sup>41</sup>

41. Cabe recordar también las investigaciones de Monica Dengen (2003: 867-880) sobre Castlefield (Manchester) y el Raval en cuanto a las transformaciones del espacio y la experiencia de sus habitantes, de cómo en pos de la "regeneración económica y física" de esos barrios se produce un proceso de estetización y disneyficación, de espectacularización y tematización que, asociado a nuevas representaciones de los estilos de vida ponderados como positivos –los que encarnan los residentes de clase media y alta recién llegados–, se expresa en el diseño público. A la sombra de los discursos en torno a la cohesión social en el espacio transformado, Dengen analiza las interrelaciones entre ideolo-

Ahora bien, cabe advertir que esto es sólo un momento de un proceso social. Sería relativamente fácil prefigurar el futuro inmediato de la Rambla del Raval y del barrio: destierro presente del proletariado –autóctono e inmigrado en los últimos años– y futuros traspasos de muchos locales hoy por hoy regentados por indostanos y marroquíes –filipinos en el oeste del barrio– que caerán en manos autóctonas y europeas en nombre de la regeneración, la revitalización, la dinamización del barrio. En un contexto tal, los últimos veinte años remiten al hecho de que cada apogetización que se eleva a la categórica “multiculturalidad” del Raval comporta en sí misma una perspectiva compartimentadora dirigida a guetizar a sus residentes, los trabajadores y marginados que han vivido en él a lo largo de su historia, los antiguos y los recién llegados, a partir de sus orígenes geográficos y socioculturales. Las modificaciones en las prácticas jurídico-políticas y sociológicas de la prostitución en sus calles servirían de ejemplo adecuado, y más en la Illa del Raval configurada entre ésta y las calles Robador, Sant Rafael y Sant Josep Oriol.<sup>42</sup> Se trata de un proceso histórico, como todos, desarrollado en base a mezclas, colisiones y acuerdos, como sea forzados o no, explícitos o implícitos, pero

gía, poder y dominación, la proyección de las identidades, los cambios en las representaciones colectivas sobre el barrio y las propias transformaciones de las prácticas sociales a fin de discernir a quién se excluye i a quién se incluye en el nuevo espacio. O las de Andrej Holm sobre la reestructuración urbana de Prenzlauer Berg (Berlín), en que se vincula la imposición de políticas neoliberales y su proyección en los cambios de los alquileres, las rehabilitaciones de edificios, la estructura de los comercios, la revaloración de los espacios públicos y la participación ciudadana en el marco de la privatización creciente de viviendas sociales. Véase la entrevista de Irene Sabaté (2009: 5-18) a Holm, acusado de pertenencia a una organización “terrorista” y detenido en 2007 –como prueba del delito, el empleo del término “gentrificación” en sus estudios, el mismo que aparecía en los textos del Grupo Militante incriminado–.

42. Véase, en cuanto al proceso de las trabajadoras del sexo en la calle en el Raval, Negre (1988), Osborne (1991), Paula (1996 y 2000), Roura (1998), Ribas (1999), Colomer (2001), Pisano (2001), Velázquez (2001), Juliano (2002, 2004 y 2005), De Fernández/Nicolás/Vartabedian (2007), Sirvent/Carreras (2008), y también el documental de Harmonía Carmona Pérez *Muerte de una puta* (2006).

fundado todo él en relaciones establecidas entre personas con prácticas y representaciones no tan diferentes como diferenciadas a partir del tipo de relaciones establecidas, y de procedencias distintas: como siempre en este país y en cualquier sociedad.

En una aportación fundamental para las ciencias sociales, el antropólogo noruego Fredrik Barth sugería hace casi cuarenta años (1976 [1969]: 9-49 y 152-176) que la cultura común de un grupo étnico, más que una caracterización primaria o definitiva de su organización social, sería su resultado. La recopilación que conduce Barth, a partir de un congreso de antropólogos escandinavos celebrado en 1967, ha llegado a ser la obra más importante e influyente hasta nuestros días sobre el cuestionamiento del concepto de etnia como categoría inmutable. Si una sociedad estereotipa, clasifica, distingue a sus miembros de una manera fija como personas con esa identidad étnica específica o con esa otra –como sucede con los relatos políticos y mediáticos en torno al barrio del Raval–, entonces encontraremos más resistencia al cambio respecto a los componentes morales, a las conductas sociales del conjunto de la sociedad. Barth sostiene que si en sociedades poliétnicas se establece una asociación entre la identidad étnica y las normas de valor de una persona, y dicha asociación es compartida por el conjunto de la sociedad, encontraremos que cuanto mayores sean las diferencias entre las normas de valor a partir de las cuales se organiza la conducta y la actividad social, mayores restricciones habrá respecto a la interacción interétnica. Si una persona decide adoptar normas de valor nuevas, su conducta puede ser considerada inapropiada por los miembros de su propio grupo o incluso por los de los otros grupos. Cuando eso sucede nos encontramos con que se estandarizan las interacciones interétnicas a partir de los límites que se establecen entre un grupo y otro grupo en una misma sociedad. Cada sistema social en el que se reconocen diversas identidades étnicas difiere en la forma en que esta identidad, que es un status imperativo, permite que una persona desarrolle una actividad u otra, que ejerza un status u otro, que lleve a cabo unas funciones u otras.

Barth introduce entonces el estudio de los factores que posibilitan el cambio de identidad. Pone tres ejemplos: los procesos de integración de otros grupos que llevan a cabo los yao de China; los pathanes de Pakistán convertidos en baluches, y los fur de Sudán convertidos en baggaras. Se trata de procesos de interdependencia étnica distintos que generan cambios demográficos, o territoriales o de modos de producción económica en grados diversos (Barth, 1976 [1969]: 26-33). Así como se producen integraciones de miembros o de pequeños grupos de un grupo a otro, integraciones culturales que posibilitan ejercer otros papeles sociales y modificar los condicionantes económicos, políticos, ecológicos que existían antes; también sucede que un grupo adopte los compromisos políticos, y las prácticas económicas de otro grupo, y que a su vez siga considerándose a sí mismo como un grupo distinto de aquél al cual adapta ciertas formas sociales y culturales. Contextos distintos favorecen comportamientos distintos: en base a la interrelación y a la interdependencia entre grupos distintos, una persona, un grupo, puede plantearse a qué tipo de identidades culturales y sociales puede acceder, y qué conjunto de normas están disponibles en su existencia social. Y ello, evidentemente, también depende de los contextos sociales, económicos, culturales, ecológicos y de las necesidades de todo tipo de los grupos con los cuales interactúa.<sup>43</sup>

Así como existen sociedades en que la adscripción étnica, la atribución de la identidad como un status, no está condicionada al control de bienes específicos, sino a normas de origen y de compromiso, en otras

43. Cuando un grupo étnico ejerce un control de los medios de producción que utiliza otro grupo, nos encontramos con que se crea una relación de desigualdad y que se produce un proceso de estratificación social. En algunas áreas de la zona pathana, los dueños de la tierra son los pathanes, y quienes las cultivan son miembros de otros grupos que se convierten en siervos de los pathanes. El acceso a la tierra es valorado positivamente por todos los grupos como forma de subsistencia, pero en los sistemas poliétnicos estratificados es un grupo determinado el que ejerce un control diferente, superior, de los medios de producción. A partir de aquí se establecen jerarquizaciones sociales y étnicas.

sociedades en cambio el comportamiento en función del status y el hecho de que una persona desempeñe los papeles requeridos para que realice su identidad, sí exige que esta posea ciertos bienes. En los procesos de cambio de identidad se producen situaciones ambiguas: pathanes integrados en sectores tribales baluches que afirman que en realidad no son baluches, sino pathanes; o fur que viven en campamentos nómadas baggara, cuando de hecho sólo los baggara practican el nomadismo: aquí se conjugan el origen o el grupo del cual se proviene con la identidad actual que se practica. Si las personas utilizan las categorizaciones étnicas es porque en cierta medida reconocen que ciertas formas de conducta pueden ser descritas a partir del uso de esas categorizaciones. Las categorizaciones sobre la identidad y los cambios de identidad aparecerían como una estrategia que permite actuar en determinados dominios de la sociedad, como un modo de hacerse presente en la sociedad, para regular las actuaciones de las personas en la sociedad. Por eso Barth vincula los conceptos de status y de conducta; vincula el modelo social de una comunidad y el patrón añadido de su conducta pragmática. Añádase a ello las dinámicas cambiantes de la historia y se verá que, independientemente de que se clasifique como un grupo étnico a una colectividad de personas, lo que se encuentra ahí es que los contenidos culturales de ese grupo y su vivencia de la etnicidad pueden tomar formas muy distintas. En el contexto de la industrialización y de la relación con la sociedad estatal de la cual forma parte un grupo étnico, Barth planteaba que los miembros de ese grupo pueden operar tres estrategias básicas: 1) Incorporarse a la sociedad industrial y al grupo cultural dominante preestablecidos; 2) Aceptar su status de minoría o de grupo minorizado; 3) Acentuar su identidad en términos de diferenciación en relación con los otros miembros de la sociedad global para organizar sus actividades de todo tipo, sus reivindicaciones e incluso las demandas políticas y jurídicas.

Sea como sea, ni las sociedades globales estatales son sociedades culturalmente homogéneas, ni los grupos étnicos aparecen como portadores de unidades culturales estables, fijas e igualmente homogéneas. Los ras-

gos culturales a partir de los cuales se suelen establecer las diferencias culturales son cambiantes. Se puede distinguir a un grupo social –aquí, étnico– de otro a lo largo del tiempo a partir de la forma en que unos miembros se clasifican a sí mismos y son clasificados por otros como pertenecientes a tal grupo o al de más allá. No obstante, ello no significa que los contenidos culturales de cada grupo sean siempre los mismos: dichos contenidos están sujetos a modificaciones de todo tipo. Por eso la antropología entiende que las identidades no son entidades fijas, sino que son un medio de estructuración social y de actuación: cultural, religiosa, política, económica, jurídica, etc. A partir de los años setenta aflora el concepto de etnicidad –la identificación con una etnia determinada, si bien esto no aclara el status de una persona en la sociedad ni el hecho de que pase a formar parte de otras categorías de la sociedad– para afrontar el estudio de interacción entre grupos humanos diversos en contextos sociales heterogéneos: cómo se constituye la identidad de un grupo, cómo se construyen los estereotipos a partir de los cuales se identifica a una persona como miembro de un grupo o de otro, cómo se relacionan estas identificaciones con los procesos de jerarquización y estratificación social, cómo se organiza la lucha por el acceso a los recursos económicos, naturales, laborales, cómo se instituyen las formas de dominación económica y política. ¿Qué hay de todo eso sino destellos en lo que Delgado denomina (2005b: 12) “*cuerpos que pasan, travesías que acontecen*”?

La mala fe, el exceso de ignorancia o una práctica decididamente manipuladora desde los parámetros ideológicos dominantes subyacen en cada una de las apelaciones –conscientes o no– a la manoseada multiculturalidad del Raval, cuyas bondades revientan hechas trizas cuando los adolescentes de la calle o los indigentes incomodan en demasía ya no a los residentes autóctonos,<sup>44</sup> sino a los turistas, o a los nuevos ricos

44. Las lógicas del colonialismo, la emigración, la alienación y la lucha del día a día se sintetizarían en esos encuentros dramáticos, mucho menos habituales que aquellos que por la madrugada o a plena luz del día unen a jóvenes magrebíes sin recursos con turistas.

que se han establecido aquí o incluso a los paseantes que llegan a él procedentes de barrios pudientes, próximos o lejanos. Esas situaciones no son denominadas con el término “multiculturalidad” –a pesar de referir a un combate por la supervivencia en que poco importa compartir, a veces, la condición de oprimido–, sino con el de “delincuencia”. Y, ante ello, su resolución no conlleva el ejercicio de medidas y actuaciones tendientes a la “reintegración social” –medidas laborales y educativas (formación y creación de cooperativas, acceso a todo tipo de estudios, etc.), culturales, de acceso a una vivienda digna–, sino represión policial (Bourdieu, 1999 [1993]; Wacquant, 2007 [2005]) y ordenanzas de civismo ante toda aquella práctica que desafíe las leyes del mercado en los términos que los poderes económicos establecen, que los poderes políticos aplican y que las construcciones mediáticas justifican –véase la nueva *Ordenança de mesures per fomentar i garantir la convivència ciutadana a l'espai públic de Barcelona* (Ajuntament de Barcelona, 2006), coloquialmente llamada *Ordenanza de civismo*, o, con ironía, “ordenanza de cinismo”–. Es legal entonces pagar 5 € por una cerveza en un local de copas nuevo para clientes *fashion* en la Rambla del Raval, sin embargo se tipifica como una falta beber una lata de cerveza en el paseo central, delante de cualquiera de esos nuevos locales, y motivo de imposición de una multa de 50 €, que ascienden a 150 € si la multa se aplica por orinar en la vía pública. En este sentido, lo que ocurre en la Rambla del Raval no es nuevo. Lo extraño, lo sorprendente, es que este barrio no explote socialmente cada día bajo manifestaciones distintas de una cólera que afrontase a los viandantes salvajemente, en una especie de todos contra todos bajo una explosión definitivamente descontrolada y fatal. El estallido cotidiano, el paroxismo “sostenible” de la explotación son, qué duda cabe, los de la miseria y el sufrimiento que ni las plazas duras pueden contener. Que el magma no fluya no constata sino que el volcán, a pesar de no erupcionar, existe. La integración social y sus variopintas prácticas y representaciones sólo se pueden dar en un modelo de sociedad como este, estructuralmente *desintegrador*.

10.23. Cuatro furgonetas de la limpieza municipal, BCNeta! –juego de palabras entre el acrónimo BCN de Barcelona y “neta”, “limpia”–, están aparcadas ante el local social del Atlanta FC, lugar de desayuno de esos barrenderos. Dicho local es, junto al Bar Cadena, el único bar que sobrevive a la destrucción de Cadena/Sant Josep Oriol/Sant Jeroni, además del Visca Xauxa, aunque éste no admite a los no-socios de la coral en cuyo centro social se convierte.

10.25. Salen del local del Atlanta ocho barrenderos, entre ellos una mujer madura de larga melena negra, que grita a su compañero, “Espera’m!”, y que mira al antropólogo con unos ojos azules que lo deslumbran. Éste, cegado, responde con un “Hola, bon dia!”, al que ella replica con una sonrisa y otro “Hola!”, y que éste contrarreplica con un “Que vagi bé!” y sonrisa de semibobo, si no de imbécil, acentuada aun más si cabe por la respuesta final de ella: “Gràcies!”.<sup>45</sup> Mientras tanto, un hombre

45. No se piense en el *Diario de campo en Melanesia* de Malinowski (1989 [1967]), sino en algo situado más allá de sus “Confesiones de ignorancia y fracaso” (*Idem*, 1977 [1935]: 465-488), esa lección de humildad que no ha hecho mella en quienes reclaman para sí mismos su condición de académicos omnipotentes, voraces guardianes de la verdad –la sociabilidad, decía Lévi-Strauss (2000 [1971]: 624), como límite inferior de la predación–. Ahí reside el fracaso y la ignorancia de un modelo de antropología que, independientemente de orientaciones ideológicas y metodológicas, expulsa a la vida de sus teorizaciones y relatos etnográficos, y que reclama para sí misma la “verdad” que sólo en ella misma se encarna, la única que autoconcibe como “científica”.

Si uno hubiera abandonado la libreta de notas, se habría abalanzado sobre esa mujer, le hubiera gritado “Ets preciosa, com et dius? Vull...”. ¿Cuántos son los antropólogos definitivamente fusionados sobre el terreno, hasta las últimas consecuencias, con quien deviene su objeto de estudio? Acaso reside aquí la falacia de un tipo de academia –obsesionada en reclamar para sí su propia condición de “científica”–, al fin y al cabo tan poco original, tan poco imaginativa, tan inteligente y a la vez tan poco creativa: desterrar a la multiplicidad de signos y sentidos que contiene la vida, la de todos, de su campo de acción. De ahí el “abandonarse a la vida nativa sin reservas” que en un singular momento de lucidez proclamó Evans-Pritchard, momentáneamente consciente quizás de los obstáculos que le impidieron hacerlo no sólo a él, sino a generaciones enteras de antropólogos que, de entrada, invisibilizaron ese mismo proceso colonizador al cual sirvieron. Geertz (1989 [1988]: 95) acudía a Kenneth Read (1965: IX): “¿Por qué, pues, hay tanta escritura antropológica tan antiséptica, tan vacía de todo lo que da vida a la gente? Ahí están ellos, cla-

mayor se sienta en el bloque de bancos 2B muy cerca del antropólogo, fumando un puro durante cuatro minutos, para al fin levantarse e irse.

10.29. Una ciclista se detiene y se sienta en el extremo oeste del banco 2A. Un hombre maduro que baja de oeste a este, andando y sosteniendo una bicicleta, se para ante ella y le pregunta en castellano: “¿Conoces alguna tienda donde arreglen bicicletas?” Extravagante pregunta dominguera, cuyo destino final sería no la tienda, sino la mujer. Ella, en catalán, duda, y le responde que no conoce ninguna tienda de esas por aquí cerca. Él, dale que dale, insiste. Cuando se despide se va hacia el este, se detiene, se gira y le dice: “¿Tú no tienes un parche?”. La mujer ríe y le responde: “No.” Ese hombre ignora al antropólogo, testigo inmediato del diálogo, y pasa ante él sin mirarlo siquiera, sin preguntarle si conocía alguna tienda de bicicletas abierta en un domingo por la mañana, si tenía parches en sus bolsillos: desatención selectiva, excluyente, marginadora. Véase ahí una minúscula situación social que acaso mostraría, recogiendo palabras de Peacock (2005 [2001]: 134), el desbordante gregarismo del temperamento llamémosle etnográfico urbano, entre la implicación y el desapego, entre la participación y la observación, el hablar y el callar, el aparecer y el desaparecer, entre la entrada y la salida, en este caso no al estudio de una sociedad, sino a una simple relación social –¿sería entonces una sociedad, de entrada, aquello que dos personas configuran a través de su relación?–.

vados con alfileres como mariposas en una caja de cristal, con la diferencia, sin embargo, de que con frecuencia no podemos decir de qué color son tales especímenes; y nunca se nos han mostrado en vuelo, nunca los hemos visto padecer o morir salvo de forma general.” El problema ya sabido consiste en cómo representar el proceso de investigación en el producto de la investigación. Las mujeres nuer aparecen, fotografiadas por Evans-Pritchard, desnudas. ¿Qué hay entonces de desnudez en esos autosatisfechos académicos más que el horror permanente al propio abismo que en ellos, sin que lo sepan, cristaliza y del cual, también sin saberlo, huyen, condenados perpetuamente a juzgar qué debe ser aceptado como científico y qué no? Es preferible reír que amargarse: como asevera con reflexivo sarcasmo uno de los personajes de *La tribu de los Kippendorf* (Todd Holland, 1998), “los emikenbu [una sociedad ficticia] se enfrentan a los mismos problemas que nosotros: soledad, desesperación, intenso deseo sexual...”.

10.33. En los 60 bancos individualizados de los 12 bloques de cinco bancos, agrupados en parejas –recuérdese, pues, que hay seis series de 10 bancos cada una–, de la Rambla del Raval hay ahora nueve personas sentadas: hombres mayores que parecen vecinos, autóctonos catalanes e indostanos, catalano-indostanos o como sea. Sus aspectos físicos, sus ropas, advierten rasgos inequívocos de la condición proletaria del barrio.

La mujer joven de la bicicleta se sitúa en un banco del bloque 1B, donde sí da el Sol. Llega un compañero suyo y empiezan a montar una de las paradas.

10.38. La mujer, medio joven medio madura, con quien dialogamos ayer aparece y pregunta: “*Què fas? Ja saps que a l'estiu aquí hi ha més moviment.*” El tráfico de paseantes aumenta gradualmente, por el paseo central y por los bordes laterales del rectángulo, ya que las paradas ocupan el espacio sur-central del paseo central, dejando poco espacio entre los bancos y los lados cerrados de las paradas. La mujer de la parada se dirige al antropólogo: “*Si veus algun estrany...*”, para que uno le vigile las bolsas de material que deposita en el suelo y que va recogiendo de la parada-almacén nocturno, unos metros más abajo, al este. Personas distintas pueden mantener relaciones distintas, “*y un grupo de características semejantes puede proporcionar apoyos morales para un comportamiento que otros desaprobaban*” (Hannerz, 1993 [1980]: 37). La mujer afirma que nunca le han robado, y a su vez muestra gran inquietud de que eso pueda llegar a suceder. Las lonas cubren las paradas por el sur; sus oberturas, pues, están enfocadas hacia la fachada norte de la Rambla del Raval.

Uno le comenta si se ha fijado que una vecina mayor del primer piso del nº 9 lleva una hora mirando desde el balcón, lanzando de vez en cuando migajas a la acera, reclamo matinal de pajarillos urbanos. Ella no se había fijado. ¿Perspicacia profesional? Sin humos: el mero hecho de estar frente a ese balcón.

10.44. Una mujer joven corre de este a oeste, hace *footing* vaya, que es distinto.

10.48. Parejas, familias o algo parecido, gente sola, hombres y mujeres con mochilas, bolsas, animales, bicicletas, suben o bajan por la Rambla del Raval.

10.50. Un hombre joven corre de este a oeste, hace *footing* vaya, de nuevo.

11.06. Tres jóvenes adolescentes, quizás de unos 17 años, hablando se diría que en árabe –¿o amazigh?–, intentan ascender por la cola del Gato hasta su lomo. Uno lo consigue, se levanta victorioso y otro fotografía el evento. El tercero lo corona también y se sienta sobre la cabeza del Gato mientras otro compañero hace una fotografía desde sus espaldas. Los tres se van alternando en ascensiones y fijaciones fotográficas, como si la fotografía fuera la única entrada posible a la inmortalidad. O como si el único modo de alcanzar la inmortalidad consistiera en fijar un momento de la vida. Un solo momento.

11.12. Dos niños juegan hacia el este de la acera sur, sentados en el suelo, en fría sombra.

Entre las calles Sant Martí y Sant Rafael de la fachada sur de la Rambla del Raval parece como si los vecinos se hubieran puesto de acuerdo en tender la ropa en los balcones, ahora que el Sol da ahí. Cuando uno llegó al Raval a vivir, en agosto del 1995, la ropa tendida en los balcones formaba parte del paisaje ordinario de los barrios trabajadores de Barcelona, o sea, la mayoría. Durante décadas, las explosiones cromáticas de la ciudad procedían de esa ropa sujeta con pinzas día a día frente a la intemperie. Años antes de la llegada del nuevo siglo de la era cristiana, el Ayuntamiento prohibió esa práctica, alegando motivos higiénicos, como si lo que se tendiera fuera ropa sucia o contaminada. Regiones morales contiguas, mundos diferentes a su vez tan alejados entre sí –distinguiéndose entonces, en una camiseta colgada en un balcón, el abismo que separa a un vecindario del Ayuntamiento que pretende gobernarlo–. La población inmigrada ha sido en gran medida la protagonista de la recuperación de esta práctica: no por motivos estéticos, sino por falta de espacio donde tender la ropa, y por ventura también por desconocer ese

aspecto de la normativa municipal vigente. En cambio, los índices de contaminación atmosférica de Barcelona la sitúan, año tras año, a la cabeza de la Unión Europea. Las defunciones anuales a causa de enfermedades producidas por los componentes nocivos del aire que se respira –metales pesados sobre todo– corresponden a quienes fallecieron quizás con su ropa tendida en el interior de los hogares donde residían, como el Ayuntamiento deseaba. He ahí al Nuevo Orden Municipal: que nos fumiguen hasta la muerte, más *chemtrails* por favor –las “nubes altas” de los meteorólogos, que nunca precipitan y que en cambio sí absorben toda la humedad de las nubes que las rodean, impidiendo las lluvias–. Eso sí: la ropa, en el interior de las casas.

Los edificios de la fachada norte han sido rehabilitados, al menos en el exterior, y si bien el Sol da ahí no se ve ropa tendida en esos balcones, se ve exclusivamente en los balcones de la fachada sur. Hacia el extremo este del rectángulo, en el borde sur, hay otro lugar para el estacionamiento de bicicletas, tan lleno que no cabe el rótulo de “Completo”.

11.17. El paso de viandantes crece. Andan o, en el caso de pequeños grupos, se reúnen, de pie o sentados en bancos, y hablan. Hay gente mayor sola. Dos niños llenan tres envases de 5 litros de agua de la fuente pública del extremo suroeste del paseo central y se van hacia la acera sur, hacia el este, abajo.

Uno es observado por un bebé en brazos, una situación repetida en incontables ocasiones. Inmediatamente, es interpelado en un castellano muy “español” por un hombre mayor con aspecto de pobre y una bolsa de plástico que sostiene en una mano acerca de la estación de metro más cercana para ir a la plaza Espanya. El hombre agradece amablemente la información que uno le ofrece.

11.40. En el asiento nº 1 del bloque de bancos 2A una mujer vieja, que aparenta unos 70 años, le dice a un hombre también mayor: “Pago 400 € por una habitación. Tengo que fregar escaleras para pagar.”

La mujer que hoy regenta el quiosco de la acera oeste de la calle Hospital, ante el lado noroeste del satélite oeste, vive en el barrio y trabaja

ahí desde 1948. Es una mujer muy mayor, ayudada hoy por quien podría ser su nieto o bisnieto, un adolescente de piel más bien morena. La atención de la mujer se enfoca en controlar que nadie robe. Dice, en catalán, que hace 30 y 40 años la gente del barrio era solidaria con sus propios convecinos. Está muy enfadada porque acaba de pillar a una mujer que le quería robar el suplemento de *La Vanguardia* con los resultados del sorteo de la Lotería de Navidad del día anterior. Se queja de que “los” pakistaníes y “los” marroquíes –parece que “los” los engloba a todos– se han apropiado de esta área del barrio –en muchos espacios y locales de la calle Hospital puede entenderse así, también–, de que muchos comercios se han visto obligados a cerrar, y de que el Ayuntamiento no cobra impuestos a los comercios de los vecinos inmigrados en los últimos años. Esta última queja, que se ha extendido ya hace años en espacios bajo procesos paralelos, persiste aún. En determinadas zonas, la homogeneidad étnica habría coincidido con la territorialidad, como apuntaba F.M. Thrasher en su estudio sobre las bandas juveniles de Chicago (*The Gang*, 1927, referenciado en Hannerz, 1993 [1980]: 50) –constatando por cierto las formas gradualmente superiores en cuanto a extensión e implicación solidaria y organizativa, grupal y étnica, de las bandas en casos de conflictos interbarriales, de un modo que recuerda, si se nos es generosamente permitido verlo así, al que Evans-Pritchard (1977 [1940]) detectara en torno a los nuer sudaneses en la década siguiente en lo concerniente a la fusión y la oposición de los linajes como muy supuesta base de la organización social de sociedades no centralizadas como esa–.

Hace una hora que una furgoneta de la limpieza municipal voltea por la Rambla del Raval, conducida por una mujer, mientras su compañero, que parece el hermano gemelo de Frank Zappa, de unos 50 años, barre la acera norte y efectúa incursiones en el borde y en los parterres del norte del rectángulo. Según él, la Rambla del Raval es objeto de una atención especial por parte de la organización de la limpieza en la ciudad por el hecho de que por las noches se reúne mucha gente para beber, y “todo queda muy sucio”.

En la barra del Atlanta FC, una camarera mayor le responde a uno que el club no lo fundaron anarquistas –el equipamiento es rojinegro–. Un hombre mayor –el cliente de menor edad debe de tener unos sesenta y tantos años– sostiene que este ha sido siempre un barrio anarquista. Nacidos o no en Catalunya, todos los interlocutores hablan catalán.

En los asientos 3 y 4 del bloque de bancos 2B, a un metro y medio del antropólogo, hay dos hombres maduros sentados, con aspecto de pobres. No hablan. Miran en silencio. Uno de ellos tose repetidamente. Según los informes médicos municipales que muy de vez en cuando saltan al dominio más o menos público, el nivel de tuberculosis en el Raval ha aumentado estrechamente en los últimos diez años, hasta niveles idénticos a los de sociedades extraoccidentales en que la tuberculosis está muy extendida. La escala de comparación, pues, no residiría tanto en la oposición intra/extraoccidental, ni en entender ese aumento como el resultado de “importaciones biológicas” de la enfermedad, sino que se situaría en las condiciones de miserabilización en que se vive, como se afirmó anteriormente en base a estudios llevados a cabo en los últimos años.

Una pareja de piel negra con un pequeñazo cogido de la mano de quien podría ser su padre asciende hacia el oeste. El hombre le sonríe a uno, que le retorna una sonrisa.

Los dos hombres de al lado beben vino de un envase de tetrabrick. Lían tabaco para fumar. Cada uno lleva una bolsa de plástico de Correos con sus pertenencias en el interior. El aspecto que ofrecen es muy degradado. Ahora son ambos quienes tosen una y otra vez.

Muchos transeúntes, mayores, vecinos, se sientan en los bancos del lado norte y miran cómo se montan las paradas –la mayoría de quienes lo hacen son mujeres–, y a los paseantes que suben y bajan. Algunos se sientan juntos, se conocen ya, hablan; otros están solos, en silencio, alguno acompañado de un perro. Uno de los hombres de al lado, de los que tosen, canta “¡Viva el vino y las mujeres!”, alargando la penúltima “e” de “mujeres”, o sea, “mujeeeeeeres”.

12.10. Un hombre de aspecto indostano se sienta en el asiento 1 del bloque de bancos 2A, queda un asiento vacío entre él y uno mismo. Habla por móvil. El vínculo entre hombre indostano y conversación mantenida por móvil en la calle es irrefutable.

12.41. Un joven con un móvil en la mano derecha –un teléfono, se entiende; a pesar de que los teléfonos “fijos” puedan ser igualmente desplazados por el espacio– se sienta durante diez minutos en el asiento 1 del banco 2B –ahora el antropólogo está sentado en el nº 5 del bloque de bancos 2A–. La mujer mayor que se quejaba de lo que paga por el alquiler de la habitación en que vive se ha ido y ese joven ha ocupado su lugar.

12.50. La mujer de la parada de ropa y grabados trabajados artesanalmente que ella misma crea, con quien el antropólogo hablaba ayer y hoy, explica ahora que esta es su opción de vida. El Ayuntamiento cobra a cada parada unos 1.500 € al mes, quiere “dinamitzar”, dice, esta zona del barrio. Los mercaderes o paradistas deseaban añadir espectáculos para adultos y chiquillería –de música, teatro, títeres–, si embargo lo tienen prohibido. No pueden poner música ni en cada parada, con equipos de sonido domésticos.

En general, a lo largo de su existencia, la afluencia de tráfico rodado en la Rambla del Raval es baja, de modo que casi siempre se puede oír el murmullo o ruido de fondo de las conversaciones o de la gente que a veces parece que habla sola, con alguien otro o consigo mismos. Se oye a los pájaros gorjear, ahora mismo uno escucha a las cotorras argentinas<sup>46</sup> chillonas, establecidas en las palmeras del suroeste del rectángulo.

Ella cuenta que la gente que compra en los puestos del mercadillo no lo hace en función de su poder adquisitivo, sino de su valoración del trabajo que comporta elaborar a mano una camiseta que se vende a 21 €.

46. Presas en el zoológico de la ciudad, una fuga masiva años atrás acabó dando lugar a su reproducción en diversos lugares del frente marítimo de Barcelona, para susto de palomas y hastío vecinal allá donde las hubiere, por sus agudos gritos, punzantes a más no poder.

Una mujer de unos 55 años vecina del barrio curioseosa, pregunta precios y dice que “*Ahora vuelvo*”. Tarda quince minutos en cumplir con su palabra. Revisa las camisetas de nuevo y compra una. La vendedora le ha hecho una rebaja. También harán algo de rebaja después de los Reyes Magos. La mejor temporada es siempre en verano –excepto en julio y agosto, en que no hay mercado a causa de la insolación extrema–, por los turistas. Norteamericanos y franceses, cuenta, compran frecuentemente y valoran el trabajo, dejan dinero. Ingleses y alemanes “*Són un desastre*” –así los ocasionales, como los residentes perpetuos en el barrio o la ciudad en calidad de turistas crónicos–. Los italianos son quienes menos dinero poseen, y regatean sistemáticamente. Su mayor temor ante los hurtos no procede de los adolescentes magrebíes de la calle, sino de ionquis maderos que llegan exigentes: “*¡Eh, dame esa camiseta!*”. Se presenta como X. y le pregunta al antropólogo por su nombre en saludo de despedida cordialmente ritualizado, el cual incluye las interpelaciones antropónicas recíprocas–.

13.02. Nueve de los diez asientos de los bloques 3A y 3B están llenos. Todos parecen vecinos, gente mayor o muy mayor. Al lado, hablan tranquilamente, en castellano. Un hombre: “*Cuando viene mi sobrina toda la casa huele a tabaco. Yo no fumo, ¿eh?*”. Habla de médicos, de visitas para hacerse análisis, de enfermedades.

Hay más gente en los bancos que en las paradas. Como siempre, bancos con gente sentada que habla con gente de pie a su alrededor. Una mujer mayor recoge al hombre mayor que se sentaba a mi lado y se van juntos. Ella se despide de los contertulianos: “*Bueno, felices fiestas...*”.

El Sol da más hacia los bordes norte del rectángulo, y por ahí suben y bajan más personas. Casi nadie se sienta en alguna de las terrazas.

13.08. En el extremo oeste del bloque de bancos 5B un hombre madero de aspecto peruano le dice al hombre que lo acompaña: “*Yo no quiero acordarme de nadie.*”

Él mismo, sin embargo, forma parte de auténticas agregaciones de personas como las descritas hasta ahora: viandantes que atraviesan un

mismo espacio en un lapso de tiempo determinado, o que se establecen por un rato en él, constituyendo una “*comunidad pasajera*” (Terrolle, 1993: 258), concepto fácilmente aplicable a infinitas situaciones y esferas sociales: se trata de un proceso social que moviliza y estructura fugazmente formas de socialidad regidas por el anonimato más absoluto, sucediéndose sin fin, allí donde “*el mosaico se convierte en un calidoscopio, donde la multitud de partes toman una y otra vez nuevas configuraciones*” (Hannerz, 1993 [1980]: 26).

13.09. La misma manta cubriendo al mismo bulto, presumiblemente humano, que se describía a las 08.50 yace ahora sobre el pavimento. En realidad no se distingue si bajo la manta hay un hombre, aunque lo que hay ahí es un hombre que podría ser atropellado. Automóviles y motocicletas modifican su recorrido en línea recta. El tráfico motorizado en Sant Pau es lento porque ya hace unos años que es una calle para paseantes. Poco a poco me avanza una furgoneta de la limpieza municipal, cuya copiloto es la bella basurera matinal: sonriente saludo mutuo. La furgoneta se detiene unos quince metros más adelante, ella baja con rapidez y entra en un estanco abierto en domingo... Al pasar enfrente, se la ve haciendo cola...

Viernes, 28 de diciembre del 2007

18.43. Una treintena de personas andan arriba y abajo a lo largo de la Rambla del Raval. Lo hacen sin problemas: una fracción de segundo basta para modificar el recorrido y no chocar. La coordinación voluntaria de los paseantes concuerda hasta el punto de producirse lo que Goffman consideraba como “*las convenciones estructurales previas de un reglamento basado en la convención*”, del cual la capacidad de evitar los choques no sería más que un ejemplo derivado de ello (Goffman, 1971: 32; Lincoln/Schenkein, 1974: 266 y 267). Sobre todo, en dirección oeste, ascendente: grupos familiares, parejas de turistas (de edades, estéticas y combinaciones de género distintas), y gente sola de aspecto europeo y

extraeuropeo, ciclistas. Un hombre de aspecto centroamericano transporta material de una tienda.

Resulta complicado, a la hora de clasificar a los paseantes, establecer por ejemplo de dónde proceden: a simple vista, ¿cómo distinguir a alguien que procede de Pakistán de alguien que procede de Bangla Desh? O, peor, ¿cómo distinguir a un nauthar de un miana, a un sindhi de un pathan, a un pashtrum de un baluchi, un durrani, un taimuri o un lod de un ghalji, a un afgano de un cholla, a un khakasi de un taiman, a un jamshedi de un berberi hazara...? ¿Y a un bantú de un fang? Además, ¿qué significan para estas personas tales distinciones?, ¿son realmente de *allí*, cada una de ellas, o son de *aquí*?<sup>47</sup> Sea como sea, los conceptos analíticos básicos utilizados en la presente investigación a la hora de describir a los transeúntes remiten, pues, al sexo, el grupo de edad y a una cierta contextualización etnificadora o cultural (indostano, magrebí, etc.) que, sólo si es posible, esclarece las prácticas lingüísticas (Hannerz, 1993 [1980]: 352). Igualmente, se procura incidir en aspectos detectables a simple vista como el grado de vecindad de los transeúntes respecto a la Rambla del Raval y, obviamente, al tipo de tráfico que en él realizan.

18.50. Dos hombres de aspecto indostano están sentados en el bloque de bancos 6B, uno de ellos bebe una cerveza. Se van así que dos motoristas de la guardia urbana se detienen en la esquina Rambla del Raval y Sant Josep Oriol. Hay entremedio muchos metros de distancia, en efecto, pero la configuración física de la Rambla del Raval permite fijar la entrada y salida de elementos en su espacio, y más si se trata de agentes uniformados motorizados en las calzadas. En el bloque de bancos 4B, tres hombres más, maduros, asimismo de aspecto indostano, conversan tranquilamente. En el bloque 2B, un hombre mayor de aspecto indostano observa a su alrededor, solo; en el 1B, un hombre joven de

47. A propósito de eso, ¿eran “ideologías extranjeras”, como sostiene Hannerz (1993 [1980]: 29), el anarquismo y el socialismo en los EUA del 1886? ¡En fin! ¿De dónde es la libertad?

piel blanca lee un periódico. Por “maduros”, se entiende que son personas de entre 40 y 60 años. Incluso este tipo de consideraciones no están exentas de dificultades, puesto que las pautas de envejecimiento físico no son en ningún modo simples de desentrañar en personas con rasgos fenotípicos más o menos exóticos, por más habitual que sea su presencia en el barrio en los últimos años.

18.56. De los sesenta bancos distribuidos en seis series alternas (norte-sur-norte-sur-norte-sur-norte-sur) de dos bloques de cinco plazas cada uno, exclusivamente ocho están ocupados: tres personas, solas; un grupo de dos y otro de tres. Los grupillos hablan. Las ocho personas son hombres, seis de ellos de aspecto indostano. Las terrazas de bares y restaurantes están, como casi siempre a cualquier hora, literalmente desiertas.

18.58. Unas diez personas suben o bajan por la acera norte; por la sur, un par de docenas de paseantes. Donde aparece mayor concentración de gente es en los locales del extremo sureste.

19.01. Absolutamente todas las personas solas sentadas en los bancos ocupan sus extremos. En cierta medida, sentarse en el extremo de una serie de bancos (en los asientos 1 y 10 de cada serie) comporta la eliminación de la posibilidad de ser acompañado doblemente a lado y lado; se anula, pues, la compañía potencial de al menos una persona. Los ritmos y frecuencias de ocupación de bancos y de sustitución de unos paseantes por otros son diversos: 20 minutos, una hora, dos horas. Los bancos funcionan como núcleos de encuentro de grupos, y es habitual encontrar personas sentadas con otras en pie, conversando. Las personas que están de pie, en el caso de los indostanos, suelen cruzar los brazos hacia atrás, con una mano recogiendo la muñeca del brazo opuesto o complementario —un gesto menos habitual en invierno, cuando las manos se recogen en bolsillos a causa del frío, que en el resto del año—. El hombre blanco que lee el diario se encuentra en el quinto asiento del bloque 1B (o sea, el décimo asiento de la serie de bancos 1, el situado más hacia el este, hacia abajo); otro hombre relativamente joven se sienta

en el primer asiento del bloque 1A, en el extremo opuesto (hacia el oeste, arriba). Al cabo de dos minutos el lector se va.

La presencia de ciclistas por la calzada sur es relativamente frecuente, o bien por el borde sur del rectángulo, o incluso por el paseo central del rectángulo. Mucho menos habitual es la circulación por la calzada de *skaters*, solos, por parejas o en grupos reducidos. Los críos con patines se desplazan casi sistemáticamente a través del paseo central.

El tráfico de camiones, especialmente el de furgonetas de limpieza y recogida de basura, es apabullante. Pudiera no interpretarse así, pero los distintos modos en que la colectividad de paseantes ocupa el espacio no parecen privilegiar sólo el orden de lo visible: su experiencia concierne a los ámbitos de lo audible –ruidos y sonidos humanos, de animales, de vehículos, de las obras de construcción en curso en las franjas horarias laborales–, de lo sensible –las texturas físicas del terreno, el gris dominante en la gama cromática de la Rambla del Raval, los olores– e incluso de lo imaginable, a simple vista indescifrable en cuanto a la experiencia de cada viandante (Augoyard, 1979: 101).

19.03. En la calzada de aparcamiento norte, entre Sant Rafael y Hospital, existe un espacio para el estacionamiento de bicicletas.

19.06. Hay sólo un basurero recogiendo deshechos en toda la superficie del rectángulo. El hombre, de unos 50 años, explica que a estas horas la única persona que se ocupa de recoger los restos lanzados al suelo es él. Se queja de varias cosas: que alrededor de los bancos la gente tira al suelo de todo –“*esto es un merendero*”–; que el vecindario no deposita las bolsas de basura en los conos de recogida verticales, neumáticos, en las aceras norte y sur –“*y eso que sólo hay que empujar la tapa*”–; y que –dirigiendo la mirada a los locales de la vertiente noroeste de la Rambla– los trabajadores de esos locales depositan en la acera, diariamente, una gran cantidad de cartones –“*y mira que les digo que los metan en los contenedores*”–. Ante dichos locales de la calzada noroeste existen contenedores de recogida selectiva de papel y cartones, plástico, y vidrio y metales, igual que en el extremo sureste de la Rambla. Paradójica-

mente, uno no recuerda ningún tipo de manifestación institucional municipal ni mediática que asocie el establecimiento de nuevos locales de restauración en el barrio con el aumento de la presencia de deshechos en las calzadas.

Como sucedió en pasadas investigaciones sobre el área del Forum, en la frontera costera norte de Barcelona con Sant Adrià de Besòs, los trabajadores que hacen de basureros suelen representar una puerta de entrada muy agradecida en los procesos de inspección cotidiana del terreno (Horta, 2004b y 2005, y Horta/Antebi, 2006). En términos de observación de las conductas en el espacio público como ejercicio profesional, sin duda los agentes secretos del orden –e incluso de agentes infomales, como sus chivatos– serían la otra gran fuente de información. A pesar de los tremendos paralelismos que se dan en ellos, obviamente no es del todo fácil distinguir a primera vista a un policía secreto –que anda por las calles representándose como quien no es– de un transeúnte –que escruta y se esconde por las calles–.

19.23. La furgoneta de la limpieza estacionada en el borde norte del rectángulo, ante el hotel de planta elíptica, es la que conduce ese mismo basurero.

19.25. Desde el primer asiento del bloque 2A se ve al mismo basurero recoger restos de fruta, bolsas, colillas y latas vacías bajo los bloques de los bancos 4A y 4B.

19.30. Un nada menospreciable número de transeúntes lleva bolsas con cosas de tiendas en que han debido de comprar algo. La imagen de gente, sobre todo de aspecto indostano, hablando por móvil es característica.

19.34. Hay siete personas sentadas en bancos en toda la Rambla del Raval. Ni una sola sobre el césped, en lo que configuraba una de las prácticas distintivas de este espacio hasta hace unos meses. Dicho descenso obedecería con claridad a tres motivos: en invierno hace frío y el suelo está muy húmedo; la aprobación y posterior aplicación de la llamada *Ordenanza de civismo* ha producido, implacablemente, estragos en cuanto a dicha clase de estacionamientos humanos; y, además, la sus-

titución progresiva de más de la mitad de los parterres de césped por múltiples palmeras en crecimiento desbarata cualquier intento de sentarse en grupo en ese mismo espacio, a la vez que reduce las áreas potenciales para establecer dicho tipo de agrupamientos en el suelo –provocando, por consiguiente, una mayor facilidad de detección de paseantes irredentos por parte de los agentes de la guardia urbana–.

Quizás porque el espacio es una duda que debe marcarse y designarse, quizás porque nunca les es dado a los paseantes, es necesario, siguiendo a Perec (1999: 139), que estos lo conquisten.

19.36. Todas las terrazas permanecen vacías. El basurero decía, antes, que en invierno no encuentra gente durmiendo en la Rambla del Raval por el frío reinante.

19.39. El urdu –lengua indoaria hablada en el norte de la India y el Pakistán– se distinguiría, si uno mismo lo supiera distinguir –de entrada, en relación con el penjabi–, como un elemento lingüístico habitual del paisaje sonoro, un paisaje muy distinto desde la perspectiva estacional: el más bien silencioso invierno dista bastante de los más ruidosos otoño y primavera, y aun más del a veces infernal verano en sus franjas nocturnas. Las noches y madrugadas de los fines de semana romperían circunstancialmente las regularidades sonoras del resto de días, con independencia de la estación, por la mayor presencia de gente y de tráfico rodado, a causa de la presencia de coches equipados con equipos de reproducción de música que resuenan por toda la Rambla del Raval, en ocasiones como hachazos desgarrando rumores humanos a bajo volumen. En realidad, es en verano cuando la ocupación de bancos suele ser acompañada de la presencia de radiocassettes, si no de los temidos –por el vecindario– tambores, ensordecedores por la madrugada, fuente de aullidos humanos espeluznantes o festivos, como se prefiera, intensificados por el consumo de alcohol y drogas ilegales, si no de la propia efervescencia que distingue a los agrupamientos humanos extraordinarios (Durkheim, 1987 [1912]: 232-237), y más al aire libre –¡al aire libre!– en un contexto urbano. Otros vehículos motorizados como ca-

miones y estridentes –¡estremecedoras, estrepitosas, estruendosas!– motocicletas de baja cilindrada se solapan sobre el susurro general de los transeúntes. Los dijéramos animales que ocupan la superficie de la Rambla del Raval son fundamentalmente perros domésticos, y alguna congregación de palomas comiendo restos de lo que sea y migajas, si bien la certera labor de los trabajadores de la limpieza impide concentraciones superiores de esas molestas aves, cuya supervivencia se funda en los deshechos que la propia ciudad genera. Algún mediodía, las cotorras argentinas se reúnen en la copa de las palmeras para proclamar su salvaje potencial como hacedoras de ruido bajo lenguajes, esos sí, auténticamente exóticos para el conjunto de los humanos. También los intermitentes pero habituales ladridos de perros se incrustan en la sonoridad medioambiental de la Rambla del Raval. Y, junto a los perros, los chirriantes gritos, o tal vez simplemente alaridos, de sus amos humanos, con frecuencia reclamando al perro a veces desatado que no se aleje en demasía.

Resulta recurrente la obligación de cuestionar la planificación municipal en torno a la instalación de papeleras. Por exceso o por defecto, y sobre todo por el lugar en que se ubican, el fruto de los emplazamientos físicos escogidos para las papeleras no parece adecuado. La causa es siempre la misma: los diseñadores municipales, como se vio claramente a través del proceso de desarrollo del espacio del Forum de las Culturas (Horta, 2004b: 153; Horta, 2005; Horta/Antebi, 2006), no han tenido en cuenta los usos del espacio público que los paseantes llevan a cabo. Acudir a Malinowski –cómo las reglas se adaptan a la vida (1982 [1926]: 151)– es pertinente aquí, sólo en apariencia por un asunto menor: unas papeleras. Un asunto, con todo, que refleja la distancia vertiginosa de quienes conciben un espacio tanto como unos transeúntes imaginarios cuyas prácticas se correspondan con la representación ideal de ese espacio.

La cuestión es la que sigue: en el caso de Rambla del Raval el planificador municipal de turno debió de concebir un tráfico humano casi multitudinario entre las calles de la vertiente norte y las de la vertiente

sur de la Rambla del Raval, es decir, de aquellas que la cruzan perpendicularmente. Es en los espacios de paso situados en las aceras norte y sur y en la propia Rambla donde el susodicho planificador –o, peor, el equipo de profesionales responsables de hacerlo– decidió que tenían que instalarse las papeleras. En cambio, demostrándose una vez más la extrema inutilidad de tales diseños urbanos, al cabo de siete años y medio de haberse inaugurado la Rambla del Raval, todavía no se han dado cuenta de que este espacio clama a gritos que la presencia de las papeleras se sitúe, en este contexto específico, allí donde la gente se estaciona: ¡cerca de los bancos!

Incapaces de representarse otros usos del espacio que no sean los que nacen de sus despachos profesionales públicos o privados, o de pisar el terreno para ver qué sucede realmente él, o de rectificar un diseño de consecuencias funestas para el erario público, se constata que las papeleras están en un lugar equivocado. El basurero que antes hablaba asentía ante tal reflexión. Y asentía manifestando la tremenda obviada que se planteaba. El problema de fondo, en efecto, es comprobar que los usos de los paseantes que semejantes diseñadores conciben... simplemente no existen. Y que la reflexión moral que se desprende de las nociones de presunta educación, higiene y civilidad en lo concerniente a que una persona sentada en un banco tenga que levantarse y desplazarse hasta una papelera próxima para depositar cualquier cosa sería infausta. El principio que guía esta crítica es rematadamente sencillo: la instalación de mobiliario público, así como como las características del propio mobiliario, tienen que facilitar su utilización a los viandantes bajo los parámetros de máxima comodidad: y, específicamente en lo que concierne al emplazamiento de papeleras, todo el mundo sabe que, al menos en Barcelona, donde hay concentraciones de gente hay cierta suciedad. Por consiguiente, situar las papeleras cerca de las personas que se reúnen donde pueden hacerlo, o sea en los bancos, exige únicamente un cierto sentido común, ni siquiera buen sentido. El problema reside, si uno se toma la tarea de observar la ciudad, que en Barcelona las papeleras pa-

recen situarse centralmente en lugares de *paso*, sin atender la necesidad de distinguir espacios como la Rambla del Raval, que no sólo son de paso, sino también y primordialmente de *estacionamiento*. Esto se entendió en el caso del Fórum, aunque mal –¡por exceso!– (Horta, 2004b y 2005).

Un par de ejemplos más sirven para contextualizar algo que en ningún modo resulta anecdótico, como lo sería una planificación deficiente de la instalación de papeleras en el espacio público. El 8 de enero del 2008 (*El Punt*, 8-I-2008, p. 6) se hacía pública la denuncia de la Associació de Veïns del Casc Antic ante la construcción municipal de un polideportivo en el barrio de Sant Pere, Santa Caterina y la Ribera, en el propio distrito de Ciutat Vella, que no respondía a las necesidades y los usos vecinales desarrollados hasta entonces en el lugar. Las pistas de básquet y de fútbol sala situadas entre el paseo de Picasso y el paseo de Circumval·lació deberán ser sustituidas por dicho polideportivo, cuyo diseño –con un presupuesto de 3,5 millones de € y un plazo de ejecución de un año– no contempla ningún campo de fútbol sala, y una sola pista de básquet. Jordi Sánchez, miembro de la asociación de vecinos, afirmaba que “*se han cargado la pista de fútbol sala de forma unilateral y sin consultarlo a las entidades. [...] Los educadores de calle y los que trabajamos con los jóvenes del barrio nos encontramos en una trampa*”, puesto que se han obviado los usos mayoritarios de ese espacio, a la vez que se prevé destinar mucho espacio para la práctica de deportes individuales. La presidenta de la asociación, Maria Mas, reclama que el futuro polideportivo permita su utilización por los grupos de jóvenes del barrio más allá de si forman parte de los clubes de básquet que podrán usar las instalaciones, y que los precios sean asequibles. Otro ejemplo es el los jardines de Sant Pau del Camp (entre las calles Sant Pau, Abat Safont, Tàpies i Hort de Sant Pau), a 200 metros escasos del extremo este de la Rambla del Raval, entre el monasterio románico de Sant Pau del Camp y el nuevo edificio del Conservatorio del Liceo en Nou de la Rambla. Un vecino sostenía (*El Punt*, 14-I-2008, p. 6) que esos jardines “*son impracticables y no sirven*

*para nada*". La superficie, de 1,5 hectáreas, ha devenido un atolladero dividido en tres niveles de altura distintos que, lejos de ejercer la función de espacio de recreo y encuentro para el conjunto del vecindario, sirven para orinar, traficar, inyectarse heroína, beber alcohol, hacer recuento de carteras robadas y dormir: no está mal, pero no es suficiente para todos.

La peste a orines forma parte del paisaje olfativo del barrio. La relación entre funciones y contenidos sociales se refleja conflictivamente en los usos del espacio público, y la complejidad de un panorama social problemático –llámesele capitalismo–, fundado en la exclusión y la miserabilización estructurales, se reflejan en esos jardines. Es cierto que, por más que no existan denuncias de que los usuarios habituales molesten a los vecinos colindantes, la mala planificación de un espacio público coincide aquí con una realidad social en torno a cuyas prácticas los diseñadores municipales no parecieron contar nunca. La cuestión de fondo consiste en la agudización gradual del tipo de actuaciones sostenidas por un Ayuntamiento que, desde 1979, ha ido ejecutando planificaciones sobre los espacios públicos desoyendo a los vecinos y a sus necesidades, y al mismo tiempo obviando el estado de miserabilización de un sector muy relevante de los habitantes de la ciudad, como se da en el caso del Raval, y las consecuencias que todo ello conlleva. Paralelamente, de modo especial a partir de la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona en 1992, se ha intensificado lo que Maza denomina (2005: 2) "*un movimiento oficial y semioficial de participación que se convierte, al accionarse, en un movimiento contra posibles movimientos de dentro*", o sea, verdaderamente vecinales, a la vez que se ha generado una publicidad política legitimadora de las prácticas institucionales municipales que hace de la participación ciudadana uno de sus puntales (véase también Maza/McDonogh/Pujadas, 2000; y McDonogh, 1999). En definitiva, el poder político ha exhibido toda reforma urbanística como positiva por sí misma, conjugando la ignorancia de los afectados –solos, incapaces de articular respuestas colectivas–, la estigmatización del barrio y su degradación histórica (UTE, 2004: 297 y 298; Heeren, 2002: 55).

19.45. Dos mujeres y un niño de un par de años ascienden por el paseo central. Una de las mujeres, sin duda una indígena autóctona, sujeta una mano del crío mientras le canta, marcando largos pasos que el chiquillo imita rebosante de alegría: "*Patim-Patam-Patum...*!" Un hombre de aspecto indonesio baja con otro chiquillo todavía más pequeño, cogidos de la mano; el padre deja de sujetarlo, el rapaz corre, explora el entorno inmediato y vuelve a él.

19.50. Hay muchas personas con la tez oscura, no africanos, sino en apariencia de lugares exóticos –como si no fuera éste el lugar físico en que se encuentran ahora lo que uno no puede reconocer: Asia es grande–.

19.53. Desde hace unos 15 minutos un transeúnte de aspecto indostano, que parece un habitual del terreno, está sentado en el primer banco del bloque 1B: no cesa de mirarle a uno mismo, que a su vez observa y escribe sin freno.

19.54. Cinco adolescentes de aspecto magrebí –¿por qué no describirlos por su altura, por su vestimenta, por la caracterización de su gestualidad, por el tono de sus voces, por sus peinados, el color de sus cabellos, el resplandor de sus miradas o su opacidad patente?– debaten, en francés, dónde van, justo ante uno mismo. Atraviesan perpendicularmente el paseo central hacia el restaurante La Fragua. Desde los años ochenta, este había sido un restaurante popular regentado por una pareja vasca, para vecinos de toda edad y jóvenes "inquietos" de otros barrios (carteles colgando en las paredes, conmemorando o anunciando actos políticos y "culturales"); la pareja traspasó hace años el local a un hombre de aspecto suramericano (en el que fue el primero de varios traspasos) que subió los precios a cambio de menor calidad en la alimentación y de despojar a las paredes de lo que Werner Herzog calificaría sin duda como *Signos de vida* (1968), provocando inmediatamente que el local se vaciase por más repintadas que estuvieran aquellos muros antaño de ilusión y revuelta: señales de tiempos cambiantes.

Se detienen ante el local, miran y se van hacia arriba, el oeste.

19.55. Un niño de unos diez años, con un perro sujetado por una

correa que conduce con su mano izquierda, junto a la familia, se sube al asiento del lado de uno, el segundo del bloque 2A, y camina por encima de los bancos andando sobre los respaldos para los brazos. El salto del bloque 2A al 2B no le comporta ninguna dificultad. Infancia salvaje en el recuerdo de una madalena de chocolate, un perro, un salto... Puede verse a un transeúnte acelerar el paso, detenerse, retomarlo, moderarlo; o, como en el caso de ese niño, trazar caminos invisibles por caminos que no habían sido recorridos hasta ahora. A eso se refiere Augoyard (1979: 105) cuando alude a la capacidad del viandante de exprimir de alguna forma su propio poder de *estar* en el espacio.

Mientras tanto, el hombre del bloque 1B no cesa de mirarle a uno: con persistencia fija, desvergonzada, inquisitiva, desacomplejada –tal vez sea así como uno es percibido cuando observa–. Dos mujeres maduras se sitúan ante uno, que escribe: miradas ajenas sobre uno mismo escribiendo se repiten docenas de veces en el día a día durante meses por parte de toda clase de viandantes. Los interaccionistas se refieren a los “gestos de exploración” –tantear, sugerir, insinuar intenciones propias y ajenas– de los desconocidos del espacio público. Joseph (1999b: 40) designa a las propiedades de circulación a partir del derecho de visita y del derecho de mirada, entre lo que llama protocolos de confesión y procedimientos de justificación.

19.59. El ya repetidamente mencionado basurero monta en la furgoneta y se va hacia el norte, adentrándose por Sant Rafael.

Los satélites este y oeste son, durante el 2007, espacios de juego para chiquillos y adolescentes –críquet, practicado por chavales de origen pakistaní, y patinaje–. En invierno los satélites devienen lugar de paso, de vez en cuando de encuentro, y sí de debate hacia dónde ir, en especial durante los fines de semana y por parte de exploradores ajenos al barrio. Se decía “*de vez en cuando de encuentro*”, dado que alguna pareja o grupillo hablan en esos espacios. Por ventura raramente porque, en términos temporales, los estacionamientos no pueden equipararse –en duración, número de participantes, frecuencia e intensidad– a los que se producen en y ante los bancos del paseo central.

En la Rambla del Raval se oyen muchas lenguas, de las más de 300 que se hablan en Barcelona. El catalán –incluido el de castellanohablantes habituales–, cardinalmente el hablado por parte de vecinos del Raval, siempre ha estado más presente aquí que en determinadas áreas burguesas de la ciudad.

En los parterres es donde se acumula más suciedad, residuos inorgánicos y también orgánicos de humanos –líquidos– y perros –sólidos y líquidos–. La sustitución del césped por las micropalmeras y cerezos no invita a tirar ahí la porquería, que resalta más estando desnuda sobre la tierra que semicubierta por el césped, por más alopécico que sea su estado.

Otra imagen más o menos cotidiana es la del ciclista con un perro desatado tras él. Excepcionalmente, la semana pasada, un ciclista llevaba en brazos a un perro mayor, afrontando casi insostenibles –nunca mejor dicho– dificultades para encaminar el aparato rodado en línea recta.

En los actos de todos los transeúntes convocados en estas páginas reside el sentido que Lefebvre (1991) atribuyó al espacio como un marco, una reproducción y una apropiación de las personas que lo habitan: la relación establecida en el espacio público se fundaría en lo superficial y visible de la vida social. El espacio, entonces, es concebido en calidad de fenómeno social producido y reproducido por la práctica que se hace de él, por esa razón se trata de un proceso social: estructurándose perpetuamente.

Una gran parte de los ciclistas que circulan por Rambla del Raval no utilizan las bicicletas del servicio paramunicipal Bicing –de alquiler público de bicicletas por cortos períodos de tiempo (30 minutos), con bases de recogida y aparcamiento esparcidas por la ciudad, en buen número en el distrito de Ciutat Vella–.

20.05. Ahora, aquí, una joven pareja de usuarios del Bicing se detiene ante uno. Él, en castellano, habla por móvil.

20.06. Dos chicas y un chico descienden por el paseo central. Una de ellas dice: “*¿Vamos allá?, tiene pinta de árabe.*” No van allá, siguen Rambla del Raval abajo. Los dos ciclistas usuarios del Bicing retoman la marcha hacia el oeste.

En los bloques 1A y 1B hay tres personas sentadas, parecen habituales del lugar, incluido el hombre de la mirada fijada sobre uno...

20.09. ...el cual hombre, vaya, se va en este preciso momento, tras una inspección visual sostenida, implacable, incluso tensa, sobre uno. Tales avatares no significan la mayor de las presiones en el proceso de observación de semejante espacio. Al fin y al cabo, el nuevo, el extraño, el objeto de atención, el tonto aquí es siempre el antropólogo, convertido perpetuamente en observador observado: para el habitante habitual de la Rambla del Raval, el suceso –“*esdeveniments per regla general trivials, a vegades dramàtics, però sempre significatius*” (Malinowski, 1986 [1922]: 59-61)– consiste en detectar presencias extraordinarias, y las elaboraciones teóricas que se desprendan de ellas solerán permanecer al margen de la labor del etnógrafo. En cambio, uno estará atento a sus movimientos y a las interacciones que mantiene en el espacio: una mirada larga o fugaz, interesada o inquisitiva, la desviación de un trayecto, un súbito detenerse, una imprecación lanzada al viento, un escupitajo, indiferencia, ansiedad, gestos de desdén, recogimiento o excitación, demandas, silencios. Se trata del esqueleto interno de la vida del transeúnte y de los imponderables que lo acompañan. Por eso, dejando aparte las identificaciones sociales y de los status y los papeles representables en la calle, los actores sociales reconocen todo ese repertorio de situaciones que “*tienen su vocabulario y su determinismo, su espacio cognitivo de restricciones y de negociación*” (Joseph, 1999a [1998]: 13).

El frío hiela las manos al escribir, la humedad es alta. Un indigente de aspecto magrebí, de edad madura, se sienta en el banco no inmediatamente de al lado, sino en el siguiente de donde uno está sentado –con la mochila abierta en dirección al recién llegado (situación de riesgo, antenas desplegadas, tensión proyectada en una escritura compulsiva que supera a la propia observación)–. El hombre, sin duda, es un habitante de la calle, de unos 40 años, con una pinta de gran precariedad y de estar ciertamente colocado. Un compañero suyo, igualmente de aspecto magrebí, ha seguido andando Rambla del Raval arriba, y luego de unos se-

gundos ha vuelto atrás. No se sienta junto a quien parece su amigo o socio, sino que se detiene ante él, en pie. Uno mismo, quien escribe, mira y es mirado. Un joven “correctamente” vestido llega y se sienta a la derecha del indigente sentado, que le entrega un par de piezas de hachís, en lo que se configura claramente como una transacción informal de drogas ilegalizadas. En el intercambio de dinero por hachís una *china* –pequeño fragmento de *chocolate*– cae al suelo, bajo el banco. La buscan. No la encuentran. El joven, aparentemente autóctono, se va despidiéndose de ellos, quienes siguen buscando la *china* hasta encontrarla, tras lo cual le avisan con un “*¡Eh, amigo!*”. Él se gira, reanda tras sus propios pasos, la recoge, les dice “*Gracias*” y “*Adiós*” en castellano, se vuelve a ir, los vendedores le dicen nuevamente “*¡Eh, amigo!*”, le ofrecen cerveza de la bolsa de plástico que transportan, él les dice “*No, no, gracias*”, se va por tercera vez, entonces el hombre sentado abre una lata de cerveza de alta graduación –Voll-Damm– y le mira a uno mismo mientras deposita la cerveza en el suelo, paralelamente a la propia inspección de uno mismo sobre él y a la inmediata caída de la cerveza, una tercera parte de la cual se extiende bajo este bloque de bancos de la Rambla del Raval. Uno mismo grita “*Hòstia, compte, que cau!*”. El hombre sentado parece estar completamente colocado. Habla con su socio, amigo, compañero, su acompañante vaya, en árabe –¿amazigh?– en una tonalidad dulce a los oídos de un sureuropeo urbano. Su acompañante habla y habla, casi sin parar, en pie, ansioso: no parece estar tan colocado, y su mirada destila una cierta mala baba arisca, no tosca sino más bien hiriente. El hombre sentado grita a algún viandante “*¡Amigo!*”, como para ofrecerle cerveza, hachís, quizás unos relojes –dos–, se diría que nuevos, que él mismo acaba de desplegar en el muslo superior de su pierna izquierda, la cercana a uno mismo. El hombre sentado tose repetidamente, escupe, parece estar fatal. Su compañero abre otra Voll-Damm. El hombre sentado continúa tosiendo y escupiendo.

20.23. Uno mismo se va con un “*Adéu!*”. Simultáneamente, el hombre sentado derrama otra cerveza en el asiento vacío entre él y el que uno mismo ocupaba. Uno duda de si se trataba de un ofrecimiento.

Las situaciones vividas al largo de meses en la Rambla del Raval, tan nimias, regulares en este paisaje social, a años luz de las regularidades vividas por Genet, Millar, Malraux, Mandiargues, Hemingway, Bataille, se adentran de forma inconsciente por resquicios que uno no puede taponar. Rambla de cemento y miseria, como la del indigente muerto de inanición en la esquina de Sant Pau y Reina Amàlia en 1996, tras tres meses de asentamiento en aquel cruce, negándose explícitamente a que se lo llevaran los profesionales de los servicios sociales –bello eufemismo para reconducir los efectos del conflicto estructural–, en una, dos, tres ocasiones. Cemento y miseria, sin más. El resto, la lucha por la supervivencia y los ángulos angostos en que esta se da: de nuevo Read: “... nunca los hemos visto padecer o morir salvo de forma general”. A duras penas la mayoría de los antropólogos se ven morir a sí mismos; a veces, ni siquiera vivir.

20.30. Cerca del bloque de bancos 5A, seis hombres de aspecto indostano hablan, en pie. A su lado, también en pie, una pareja autóctona con un carrito que contiene a un bebé parece negociar algo con un hombre de aspecto quizás filipino. En el bloque 6A se encuentran tres chicas; en el 6B, dos chicas y un hombre maduro. En ambos grupos se habla. Uno mismo escribe apoyando la libreta sobre la cola del Gato. Atrás, a unos diez metros en dirección este, una furgoneta de los mossos d’esquadra, uno de cuyos agentes, en pie, mira quién sabe qué en dirección este, donde no parece que se produzca ningún tipo de transacción ilegal. Un grupo de turistas italianoparlantes se acercan al Gato. Una niña lo mira embobada, maravillada.

Cuando se hace referencia a todos esos vecinos que pueblan la Rambla del Raval, resulta difícil saber a simple vista y a ciencia cierta hasta qué punto cada uno de ellos es depositario de la memoria colectiva de estas calles, hasta qué punto cada uno de ellos perpetuaría el vínculo entre el pasado, el presente y el futuro, entre el cemento que pisa y los seres vivos que le rodean, entre una sociedad viva y los libros, los artículos, los documentos que intentan explicarla. Y no sólo eso: resulta tam-

bién complicado comprender hasta qué punto cada uno de esos transeúntes enlaza los tesoros escondidos y no realizados de la vida colectiva con la condena forzada de la sociedad a mantener ocultos dichos tesoros. Gentes de aquí y de allí devienen, día a día, “*profesionales del recuerdo*” o de la “*vivificación*” (Pétonnet, 1982: 46) a partir de su propia experiencia de la Rambla del Raval. La planificación cultural aparejada con la organización social del espacio, aquí la Rambla del Raval, sólo reclama cuerpos como si fueran títeres, con el anhelo de despojarlos de la experiencia vivida de su existencia en este barrio, o en los barrios lejanos de Islamabad. Podría ser, ese, el motivo por el cual tantos paseantes andan o se sientan en los bancos en solitario.

El contexto político y mediático del discurso dominante sobre Rambla del Raval se insiere en la conceptualización de la diversidad cultural entendida, implícitamente, como una expresión fundamentalista de la heterogeneidad social, conducida a obviar los procesos contemporáneos que bajo el orden capitalista internacional afirman la estructuración estatal de las cosas –control social, explotación y opresión–, produciéndose configuraciones explicativas que anulan el perpetuo dinamismo de las sociedades en la calle en base a agrupamientos forzados en función de las procedencias de las personas: pakistaníes con pakistaníes, indios con indios, negroafricanos animistas con negroafricanos animistas, filipinos con filipinos, magrebíes con magrebíes, eslavos con eslavos, chinos con chinos, etc. Una visión superficial, inmediata, de la Rambla del Raval, podría confirmar de entrada la victoria de este discurso y de la guetización social de los habitantes del Raval según sea su procedencia. La propietaria de Casa Leopoldo y del Café de les Delícies, en Rambla del Raval, consideraba (*El Mundo*, 23-II-2004) que no existen problemas de convivencia entre autóctonos e inmigrantes porque “*no se mezclan unos con otros*”.

Con todo, el tipo de interacciones derivadas del hecho de vivir en un mismo barrio –y de compartir unos mismos espacios– obliga a constatar que es precisamente en espacios como los que son objeto de esta

investigación el lugar donde se produce una mayor mezcla real en el conjunto de las interacciones sociales que lleva a cabo una población que habita en un mismo barrio. De hecho, ni en los discursos dominantes sobre la socialidad en el Raval ni en la realización de las planificaciones urbanísticas que se están llevando a cabo en las dos últimas décadas no se plantea en ningún momento como conflictivo el proceso de gentrificación del barrio: la diferencia de usos, connotaciones e intereses, el antagonismo de proyectos políticos y modelos sociales que se da a través del desembarco de nuevos vecinos de clases acomodadas y de ocupantes temporales del barrio –turistas y residentes pudientes de otras áreas de la ciudad– sería, sin embargo, la mayor fuente de conflicto para muchas personas obligadas a abandonarlo, o bien a asistir impotentes a su nueva transformación. Personas autóctonas o foráneas, que, ahora como en siglos anteriores, deben vivir y sobrevivir en condiciones de pobreza o indigencia –he ahí el capitalismo como alteridad inmediata–.

Una transformación que, en vista de la extrema densidad de población del área metropolitana de Barcelona y de la propia ciudad, sirve a intereses especulativos y a la configuración de la ciudad misma como un “aparador”, es decir, como una ciudad rendida a la terciarización y a la dependencia tanto del turismo como de la propia imagen que se pretende que encarne en calidad de espacio exento de conflictividad social de cualquier tipo. Bajo el discurso de la diversidad cultural se produce una instrumentalización de la emigración –pakistaní básicamente– como primera fuerza de choque en el proceso liminar de transformación del barrio: cierre de comercios regentados por familias del barrio y apertura de comercios clasificados desde parámetros etnificadores.

Se trata, a pesar de todo y según nuestra opinión, del capítulo inicial de un primer proceso que auguraría un futuro a medio plazo en que esos mismos comercios en que se implica la inmigración extraoccidental deberán desaparecer en aras de una elitización de los servicios. Las nuevas clases acomodadas que van haciéndose presentes en el oeste del Raval y que ocuparán gradualmente el barrio acabarán expulsando de él a las

clases trabajadoras que lo pueblan, independientemente de su procedencia. El proceso de emigración del barrio iniciado por la burguesía en el último tercio del siglo XIX se invierte de algún modo.

En este proceso, la museificación del barrio –congelar cacharros, objetos, lugares o esqueletos de los antepasados en términos políticamente, culturalmente y económicamente productivos para el poder establecido–, su tematización como barrio obrero, no aparece a primera vista como uno de los referentes de su transformación, sino de modo secundario en el marco del amplio abanico de usos turistizadores del Raval. El pasado es, sin duda, el fruto de una elección, la paralización de un momento del tiempo, de un momento de un proceso social. Es decir, comporta una utilización contextual, temporal, de la elección. Lo que eso demuestra no es la multitud de articulaciones posibles del uso del pasado, sino la instrumentalización misma del presente en función de intereses y modelos sociales que se dan actualmente a partir de relaciones sociales antagónicas.

El proceso de desindustrialización en contextos urbanos como Barcelona, aun más en un barrio trabajador como el Raval, está ligado a la reconversión urbanística en un marco museificador de extensas áreas bajo el paraguas de grandes instalaciones “culturales”. La especulación inmobiliaria y el desarrollo del turismo “cultural” para autóctonos y foráneos se muestran, entonces, como un factor hiperrelevante en las economías urbanas occidentales contemporáneas –así, incluso una “Ruta anarquista” por el Raval queda integrada en el seno de ese proceso–. La generación de espacios para el consumo está inextricablemente vinculada a la invisibilización de la miseria y a la expulsión de los miserables, los residentes. El sentido político de esos nuevos equipamientos que lentamente y sin pausa han ido estableciéndose en el Raval, y de las políticas culturales asociadas a ellos, consisten en una centralización de las prácticas “culturales” en calidad de representación simbólica de la participación ciudadana, en aras de la creación de una identidad social de la diversidad puramente mercantilizada y desconflictivizadora ante el orden

establecido. Volviendo a Maza (2005), este describe sin ambages la instrumentalización institucional pública de las apelaciones a la participación como rasgo de la nueva Barcelona, y la ausencia de participación real de los vecinos afectados por grandes operaciones urbanísticas como la de Rambla del Raval:

La participación social en Ciutat Vella es, por lo tanto, una participación mayoritariamente municipal, de comerciantes, de las instituciones públicas y de las entidades –algunas de vecinos pero otras no, entidades con fines sociales, de solidaridad, universidades o museos–. Estos grupos han acabado ocupando en el caso del Raval la mayor parte del espacio de representación sin corresponderse con todas las clases superpuestas que componen el barrio, especialmente con las clases sociales más desfavorecidas.

En torno a los temas sociales en Ciutat Vella, se encuentran registradas hasta 85 entidades con estos fines (Censo de entidades del distrito de Ciutat Vella). Su elevado número no indica una vida asociativa autónoma, sino todo lo contrario. El barrio, en muchas ocasiones, es un punto de destino privilegiado para instituciones con fines sociales. Estas instituciones, imprescindibles en algunas ocasiones, acaban también en otras tomando la representación y la negociación de los problemas del barrio.

Resultado: este tipo de participación delegada ha acabado suplantando a los vecinos y sus propias voces, dejando a las clases más marginadas sin representación propia y autónoma. También quedan así anuladas otras vías para buscar su autodesarrollo o la incorporación de sus opiniones a los proyectos de reforma urbana.

El Ayuntamiento y entidades afines a sus intereses han acabado construyendo un diálogo entre ellos, consolidando lo que se podría considerar como un movimiento a modo de misión colonial hacia el barrio, que ante una reforma urbana excepcionalmente importante ha conseguido pacificarlo evitando que nadie se rebelase.

Fumarolli (2007 [1991]), a su vez, plantea las instrumentalizaciones del término “cultura” en semejantes contextos presentes para preguntarse quién decide qué tipo de prácticas son “culturales” y qué clase de valores “culturales” se transmiten desde el sector público –local, nacional y estatal– o semipúblico –asociaciones registradas legalmente, incluidas las organizaciones paragubernamentales denominadas habitualmente ONG– y privado –la industria cultural–. Manuel Delgado retoma críticamente esa perspectiva en relación con el urbanismo barcelonés actual en el contexto de la creación del “modelo Barcelona”, analizando las connotaciones políticas y económicas que comporta. Las estrategias de intervención sobre el Raval han implicado procesos de jerarquización y elitización en que profesionales públicos y/o privados de la cultura aparecen como mediadores entre la ciudadanía y la propia cultura, funcionando entonces una serie de elites culturales que deciden: porque son precisamente ellas quienes “saben” de cultura. Es en ese contexto que se producen las exaltaciones del multiculturalismo, la atención a la diversidad y la interculturalidad tan en voga, por parte de los representantes estructurales de un orden de cosas cuyo fundamento empírico reside en la opresión social, como el propio Delgado observa en *Elogio del vianant* (2005a: 61-103).

Así, podría pensarse que si mientras se propugne la representación colectiva de la necesidad de salvar a las almas las iglesias continuarán existiendo –en razón del cumplimiento de una misión sin final concebible, escribía Weber (1993 [1922])–, del mismo modo –mientras las vivencias de las identidades individuales y colectivas deban reconocerse socialmente a través de la participación y el consumo de actividades clasificadas como “culturales”– se legitimará entonces la existencia de los intermediarios profesionales de la cultura y de las prácticas políticas, económicas y urbanísticas asociadas a dicho proceso. Talego Vázquez (2008: 96) acude al Nietzsche de *El Anticristo* –desarrollando su argumentación junto a Weber (1993 [1922]) y Wolf (2001 [1998])– con el objetivo de hacer patente el desenmascamiento de las distintas variaciones de la me-

diación. En el contexto que nos ocupa, la supuestamente inexorable llamada a la “redención” del Raval reclama desde los poderes establecidos la debida obediencia de aquellos a quienes se pretende “resucitar”, “reanimar”, “hacer revivir”, “reactivar”, “despertar” a partir de la invocación al “bien común”, al “desarrollo económico”, el “progreso”, el “civismo”, en definitiva a ese sagrado del cual devienen única autoridad mediadora. ¿Cuál es el sentido de la pretendida legitimidad de procesos urbanísticos como los que se convocan en estas páginas sino el de justificar la dominación, el propio sojuzgamiento de quienes representa que deben ser salvados de sí mismos? La práctica de dichas mediaciones expurgadoras se produce, pues, en un heterogéneo espectro de campos sociales: en la religión, la política, la cultura, en todas las formas concebibles del asistencialismo social. Apelando a la condición superior de las representaciones que se encarnan en la mediación y en las finalidades aparentes por la que abogan —¡lo sagrado cristaliza en los mediadores!—, lo que se impone es en realidad una ilusión y, como afirma Durkheim, no hay fuerza más poderosa que la de una ilusión colectiva —bajo los devastadores recursos del poder, todavía hay quien cree que *esto* es una democracia—, de ahí la sugerencia de que quizás no existe ninguna representación colectiva que, en algún sentido —por más estable que llegue a ser—, no sea delirante (1987 [1912]: 243).

No obstante, y sea como sea, la cuestión es que la Rambla del Raval es toda ella un lugar de encuentro para vecinos y forasteros del barrio —en cualquier caso, llegados de todas partes—, independientemente de que la planificación espacial señale hacia otra dirección: ni áreas de juegos para chiquillos, ni zonas de juegos para viejos como la petanca, ni césped en que sentarse a hablar.

Si tipos de socialidad lúdica como los que comportan un tobogán y una zona con diez metros cuadrados de arena para revolcarse en ella y jugar con cubos y palas, o un pedazo de tierra para practicar la petanca —presentes en muchos otros barrios de la ciudad— se han desplazado de la Rambla del Raval es porque el plan previsto para la Rambla del Raval

es constituirse toda ella como una postal inmóvil, la de miles de metros cuadrados cimentados devenidos lugar de paso. Los 60 bancos y los parterres laterales, en realidad, ¿se instalaron pensando en los vecinos, o, en cambio, sólo se pretendía evitar que esa Rambla se renombrara como la Rambla del Cemento?<sup>48</sup> No se hizo de ella una plaza: la plaza será la que circunda el hotel, y sin duda resultará extremadamente excitante comprobar si la realidad se impone sobre la postal armoniosa y estéticamente sofisticada en que la Administración seguramente espera que se convierta.

20.34. Dos motoristas de la guardia urbana patrullan por la calzada norte en dirección oeste, con las luces azules encendidas y sin activar el sonido de la sirena. Un chico llega del oeste y una chica llega del este. Ella le dice: “*Puntualitat britànica company. Què passa, estàs ansiós per menjar?*”. Se abrazan rápido, se besan rápido y enfilan al trote hacia arriba, al oeste. Otra pareja se detiene ante el Gato. Ella apoya su brazo izquierdo sobre un árbol, con la mano derecha sostiene una lata de cerveza. Él saca papel de fumar mientras le explica una vicisitud automovilística: “*Yo pensaba, ‘claro, he encontrado dos coches, son más coches’...*”. Lo que hablan resulta ininteligible a causa del ruido que genera el tráfico rodado continuo en la calzada sur. Baján del oeste un par de grupillos de *skaters*.

Domingo, 30 de diciembre del 2007

19.14. Llegando desde la calle Marquès de Santa Bàrbara se ve un hormiguear de gente: mujeres que parecen hacer de putas, y proxenetas, clientes, vecinos, turistas jóvenes.

19.15. Una furgoneta de la limpieza municipal avanza despaciosamente por la calzada norte, como en un western.

48. Si los ritos de nominación son centrales en toda sociedad, el hecho de renombrar los lugares nos recuerda que el lenguaje, en vez de ser representativo del mundo, es eficaz sobre el mundo y sobre las personas, como señala Fabri (1999: 109).

19.19. En el área sureste se encuentran estacionados dos motoristas de la guardia urbana y una furgoneta de los mossos d'esquadra, con cuatro agentes hablando en el exterior. Hay bastante gente en el entorno de los bancos y no muchos paseantes. Sobre todo, personas de origen en apariencia indostana. El hecho de llevar hasta las últimas consecuencias los protocolos metodológicos planteados en la presente investigación imposibilita entrevistar o elaborar historias de vida de todos los transeúntes para saber ya meramente de dónde son, o dónde nacieron. Tal impensable labor conduce a definiciones de riesgo –*indostano* (¿de la India, el Pakistán o el Nepal?)–... son problemas clasificatorios habituales cuya literal resolución no dejaría de ser hasta cierto punto, en determinados sentidos, trivial –puesto que, ¿qué significa *ser pakistani*?–. Resultan más problemáticas las dificultades maleadas socialmente por usos posteriores de términos como *pakistani* o “*de origen pakistani*” que en los estados europeos occidentales han motivado derivaciones del tipo “*pakistani de tercera generación*”, un absurdo inconmensurable, esencializador, que fija las identificaciones culturales a partir de supuestas inmutabilidades sólo existentes en la mente de quienes las conciben.

Se ve a gente del barrio, de aspecto precario, que bebe cerveza o agua o algún refresco. En el bloque de bancos 6A se han citado unas chicas. Los dos tenderetes de te, pastas y comida pakistani, junto a bisutería, acogen algunos clientes. A través del paseo central, parejas con criaturas, gente joven y mayor, gente que husmea en las paradas del Mercat Obert, turistas que se acercan para observar. Hay quien se empeña en tocar los materiales sistemáticamente antes de irse. Los fines de semana se reconoce el olor de incienso de algunos tenderetes. Los sábados y domingos, las paradas ocupan una buena parte del paseo central, de manera que muchos viandantes pasean por los espacios laterales, los bordes sur y norte, del rectángulo.

En los satélites este y oeste, como siempre, o nadie o casi nadie o algún grupito. En el satélite este, dos hombres de aspecto indostano hablan pausadamente; en el oeste, un hombre habla por móvil, de pie;

otro, espera apoyado en una palmera; cinco más, adultos con aspecto de turistas occidentales, debaten qué dirección seguir.

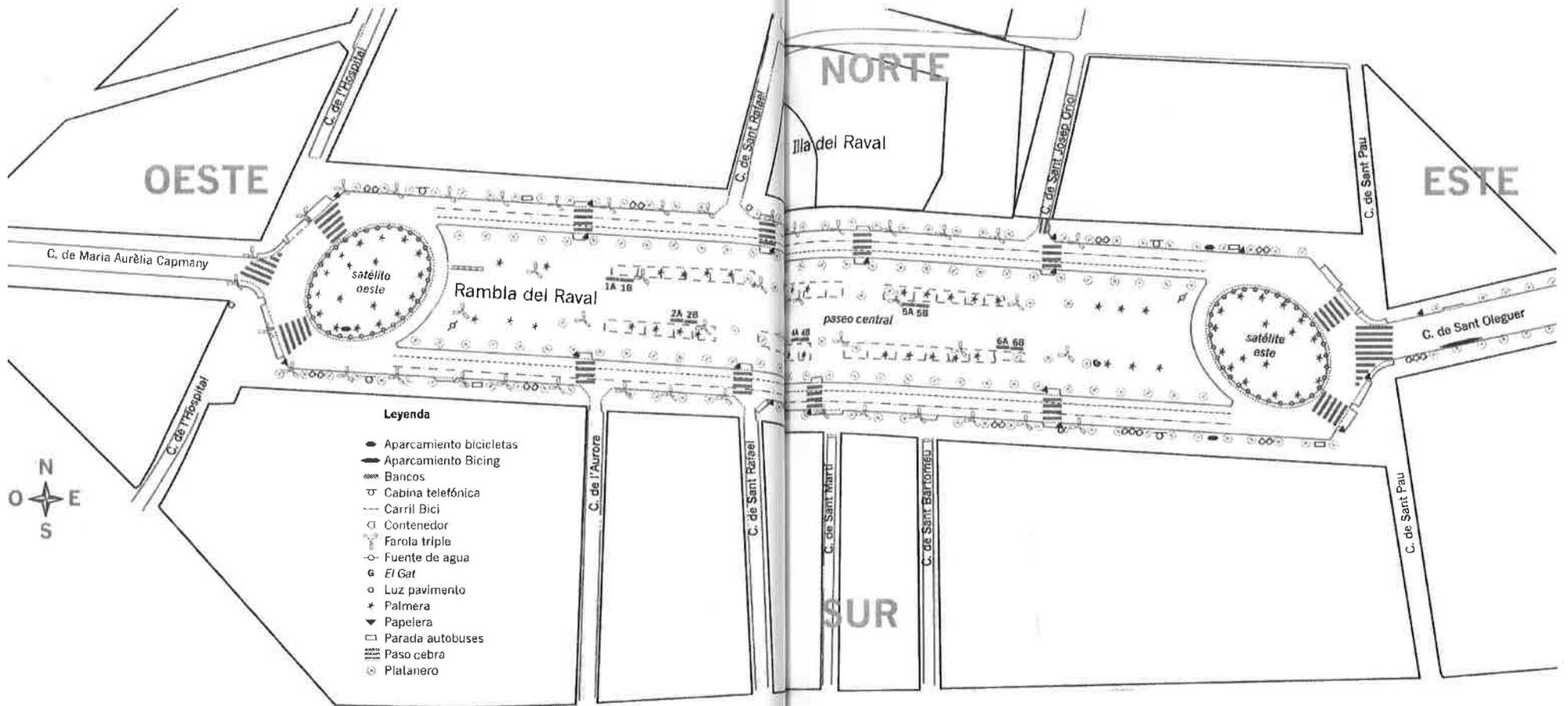
En las series de bancos impares, las del noroeste (1A y 1B, 3A y 3B), se encuentra bastante gente, y menos en la serie 5A y 5B, al este. Los transeúntes que se detienen se agrupan siempre ante las paradas. En los fines de semana, con las paradas del mercadillo dando la espalda a las series de bancos pares 2A y 2B, y 4A y 4B, éstas acogen lo que podría considerarse como un cierto “oscuro” social, en el sentido de más oculto a la vista general: novios adolescentes, gente sola, gente de aspecto muy precario. En los bloques 6A y 6B, entre las últimas paradas del mercadillo por el oeste y el extremo este controlado por la policía, se reúnen personas que utilizan o bien dichos bancos o bien el Gato como un lugar de cita.

19.30. Dos mujeres maduras sentadas en los asientos 9 y 10 del bloque 1B hablan en alguna lengua quizás del sureste asiático, puede que de las Filipinas.

19.42. Las dos mujeres referidas se despiden sonrientemente, hablan en pie un par de minutos antes de ascender una hacia el oeste y, la otra, de descender hacia el este.

19.43. Hasta hace media hora las terrazas permanecían vacías, claramente las de la vertiente sur. En el borde norte, se ocupan primero dos mesas de La Fragua (dos de ocho), y luego de la Bella Toscana (una de 12). En el paseo central, los turistas miran la ropa, la tocan, hablan entre ellos y con los vendedores. Estos se sientan en sillas plegables, en taborettes, o bien en los bancos más cercanos a las paradas que regentan si son más de uno por tenderete. Un hombre de piel negra de aspecto africano ofrece algo a unos paradistas, que lo rechazan. Los bancos del bloque 1A devienen punto de encuentro de tres chicos y tres chicas –vendedores y amigos–.

19.49. A veces, afloran en Rambla del Raval pequeñas explosiones multitudinarias en lo relativo al tráfico humano habitual: grupos familiares, de amigos –autóctonos, foráneos, turistas– que cruzan el paseo de este a oeste o al revés. Ahora mismo el ritmo de paso es bastante rá-



Autora del mapa: Maria Pons

pido, incesante de oeste a este, de arriba abajo. Y de repente, durante 30 segundos, el paseo central permanece sin viandantes que lo crucen.

Todo el mundo, absolutamente todo el mundo, es objeto de atención visual recíproca y, hasta cierto punto, de sospecha.

19.51. Una furgoneta, conducida por el mismo basurero con quien se dialogó el pasado día, realiza una incursión hacia el este por el borde norte del rectángulo, entre los bancos y parterres y el borde de la calzada. La Rambla del Raval está impregnada de olor a incienso.

El paisaje sonoro es el habitual: de 9 de la mañana a 10 de la noche, poco tráfico rodado, y continuo; en los fines de semana especialmente, por las noches, algún automóvil con la música a alto volumen y las ventanas siempre abiertas para anunciar su paso. Los solapamientos sonoros son esos: murmullos de gente que habla, el motor de algún vehículo, ladridos, gorjeos matinales... Como los vehículos van a poca velocidad, los sonidos que emiten son más bien graves, incomparablemente menos molestos que en otras zonas del barrio.

19.57. Un hombre maduro sentado (asiento 3 del bloque 1B) cerca de uno mismo durante, ya, un rato, se va. El hombre miraba hacia el cuaderno de notas de uno mismo. Un basurero barre a la izquierda de uno, al norte, el suelo inferior de la serie de bancos 1A y 1B, y a continuación recoge las colillas de los parterres próximos, entre palmeras pequeñas y grandes palmeras.

19.59. Un camión de la limpieza municipal se desplaza de este a oeste por la calzada norte.

20.01. La frecuencia de paso de los paseantes se reduce de forma gradual.

20.02. El grupo de vendedores y sus amigos establecidos en el banco 1A, todos ellos o sentados o en pie, beben latas de cerveza mientras subrayan la necesidad de vigilar los movimientos de los agentes de la guardia urbana a fin de evitar que los multen por consumir alcohol en la vía pública. Hablan en castellano y en catalán.

20.04. Algo parecido a mujeres que hacen de putas, travestidos, tra-

ficantes, rateros, turistas, residentes, exploradores ajenos al barrio, se detienen, caminan, observan...

20.05. Un hombre mayor con una bolsa de plástico con algo en su interior se sienta en el asiento 5 del bloque 1A. Saca un papel y un bolígrafo del bolsillo de su anorak y escribe.

20.11. El hombre ha dejado de escribir. Mira a su alrededor, de vez en cuando resopla.

20.12. La paradista explica que de noviembre del 2003 a diciembre del 2004 un empresario organizó el mercadillo de Rambla del Raval. La venta de alcohol y el hecho de poner música todo el día levantó las protestas de algunos vecinos, entonces el Ayuntamiento cesó la actividad. Un grupo de paradistas empezó a reunirse con las autoridades municipales a finales del 2005, y en octubre del 2006 iniciaron la actividad en el modo que ahora se produce, de marzo a mediados de enero, con el intervalo veraniego, en que la Rambla del Raval se convierte en un horno cimentado. Una plataforma de vecinos que ella califica de minoritaria se muestra sistemáticamente crítica a cualquier tipo de actividad ruidosa en la Rambla. Por ese motivo, incluso actividades de carácter anual organizadas por entidades del barrio no críticas como Tot Raval han sido suspendidas por el Ayuntamiento en el 2007.

20.29. Tres hombres indostanos, sentados en el bloque 3B, hablan en una lengua indostánica.

20.31. Un hombre se detiene, en pie, al lado del asiento 5 del bloque 3A, donde uno toma apuntes. El hombre bosteza chillonamente y se va. Se oye el sonido de un meo, a mis espaldas. Se trata del hombre del gran bostezo. Poca gente utiliza los receptáculos constituidos como urinarios, y cabe plantearse si con la inauguración de la Illa del Raval se perpetuará su emplazamiento en el lugar actual, se modificará o bien –eso sería lo más probable, en vista del tipo de imagen que se configura para la Rambla del Raval– desaparecerán. Uno no ha visto a nadie aquí defecar públicamente, pero sí orinar, en bastantes ocasiones. El hombre orinaba, medio escondiéndose a la vista desde el paseo central, tras la palmera

más cercana. Se trata de uno de los miembros del trío indostano de al lado. Después de saciar su necesidad biológica, se produce el reagrupamiento.

La paradista asegura que hasta hace unos meses, los domingos, se trabajaba incluso a las 9 de la noche, la hora de cierre, y que ya hace tiempo que a partir de las 8 no se vende casi nada. La mayoría de paradistas trabajan entre semana elaborando manualmente los productos que venden aquí los fines de semana. Viven de ello.

20.38. Tres mossos recorren el paseo central de oeste a este: hablan entre ellos, miran... Los policías, cuando son más de uno, suelen hablar. Extraño porte, sorprendente fachada, el velo púdico del diálogo en frágil equilibrio –¿deferencia social o aburrimiento?– perpetuamente a punto de estallar.

20.39. Un hombre con una doble cinta para conducir perros mira una parada en que no hay nada. O nada que uno sepa distinguir. En los bloques de bancos 6A y 6B dos indigentes hablan entre ellos; a su lado, tres chicas hacen lo mismo. En el extremo este del paseo central se encuentran estacionadas dos furgonetas de los mossos d'esquadra. Los agentes, en el exterior, no dan la impresión de vigilar. Están ahí, hablando. Exactamente como cualquier otro transeúnte acompañado.

Pero esta reserva, junto con el sonido armónico de la aversión oculta, aparece de nuevo como forma o ropaje de una esencia espiritual de la gran ciudad mucho más general. Confiere al individuo una especie y una medida de libertad personal para las que en otras relaciones no hay absolutamente ninguna analogía: se remonta con ello a una de las más grandes tendencias evolutivas de la vida social, a una de las pocas para las que cabe encontrar una fórmula aproximativa general (Simmel, 2001 [1903]: 386).

¿O alguien dudaba de que el policía en la calle, como el antropólogo, sea también un transeúnte? ¿O, como sugeriría con sarcasmo Manuel

João Ramos, lo sea el propio investigador privado, tan eficaz en su labor inquisitiva?

Lunes, 31 de diciembre del 2007

01.29. En el satélite oeste 12 jóvenes con aspecto de turistas, italiano-parlantes, conversan animadamente. En el bloque de bancos 1B un hombre de aspecto indostano, sentado, lanza un silbido al ver una furgoneta de la guardia urbana que avanza de este a oeste por el propio paseo central de la Rambla del Raval. A su espalda, un joven *skater* circula en esa misma dirección por idéntico lugar. El silbido actúa como advertencia sonora dirigida a dos vendedores ambulantes de aspecto igualmente indostano: uno de ellos se encuentra en el extremo oeste del paseo central, el otro en el extremo oeste de la acera sur. Ambos sujetan bolsas de plástico con latas en su interior. Hay grupillos andantes de gente joven, y parejas de todo tipo: amigos, asociaciones conyugales, variedades de autóctonos, foráneos, turistas...

01.37. Sólo hay un hombre sentado en toda la Rambla del Raval, el que ha lanzado el silbido unos minutos antes. En estos momentos el único tráfico de viandantes se produce hacia el oeste, nadie baja en dirección este, hacia el mar.

01.40. Un camión de la limpieza municipal asciende por la calzada norte de este a oeste. En el satélite este hay aparcada otra furgoneta de BCNeta!

01.42. Un basurero barre los parterres tras los bloques de bancos 1A y 1B. Recoge latas, papeles y bolsas vacías de encima y debajo de los bancos.

01.43. Un coche-patrulla de la guardia urbana se desplaza por la calzada norte de este a oeste. El tráfico motorizado es prácticamente inexistente.

01.47. Ocho personas jóvenes con aspecto de turistas, angloparlantes, fotografían ayudándose de un trípode a una joven situada justo al lado

del Gato, por el sur. La chica es fotografiada mientras enfoca a la escultura con una pequeña y potente linterna. En el área sureste, la mayoría de locales permanecen abiertos. Tres parejas de jóvenes de aspecto árabe, ante otros tres locales, hablan y contemplan a su alrededor.

23.45. Una furgoneta de la limpieza municipal rodea el satélite oeste para encaminarse hacia el este.

23.46. Unos 20 hombres de aspecto indostano, medio o quizás completamente borrachos, con botellas de cava en la mano, andan por el paseo central hacia el oeste gritando, gesticulando.

23.47. Parejas o pequeños grupos de paseantes recorren la Rambla del Raval. Se les oye hablar en alemán, catalán, árabe y castellano sucesivamente.

23.48. En las cinco primeras series de bancos están sentadas un total de seis personas. En la sexta serie, la próxima al Gato, se encuentran una decena de jóvenes, la mayoría en pie.

23.49. Un coche-patrulla de la guardia urbana recorre lentamente la calzada sur, de oeste a este, con los dispositivos luminosos encendidos, sin activar el sonido de la sirena.

23.52. Un chico con una bandeja en la mano asciende por la Rambla del Raval gritando “¡Sergio, Sergio, Sergio!”. Simultáneamente, una ambulancia fluye hacia el oeste con los dispositivos luminosos encendidos y sin el sonido activado.

23.53. Un joven que susurra en ¿árabe? mezclado con palabras en castellano se sitúa ante uno mismo, que permanece sentado en un banco. El joven parece muy borracho —no extravagantemente borracho en relación con el entorno—, y le mira muy fijamente a uno, que es embargado por una cierta inquietud. De vez en cuando grita “¡Barcelona!”, al tiempo que bebe de un envase de tetrabrik que contiene vino. Entonces empieza a gritar: “¡Visca el Barça! ¡Mierda el mundial! ¡Falta! ¡Visca el Barça!”.

Allí donde el crecimiento cuantitativo de significación y energía llega a su límite, se acude a la singularidad cualitativa para así, por estimu-

lación de la sensibilidad de la diferencia, ganar por sí, de algún modo, la consciencia del círculo social: lo que entonces conduce finalmente a las rarezas más tendenciosas, a las extravagancias específicamente urbanitas del ser-especial, del capricho, del preciosismo, cuyo sentido ya no reside en modo alguno en los contenidos de tales conductas, sino sólo en su forma de ser-diferente, de destacarse, y, de este modo, hacerse-notar; para muchas naturalezas, al fin y al cabo, el único medio, por el rodeo sobre la consciencia del otro, de salvar para sí alguna autoestimación y la consciencia de ocupar un sitio. En el mismo sentido actúa un momento insignificante, pero cuyos efectos son bien perceptibles: la brevedad y rareza de los contactos que son concedidos a cada individuo particular con el otro (en comparación con el tráfico de la pequeña ciudad). Pues en virtud de esta brevedad y rareza surge la tentación de darse uno mismo acentuado, compacto, lo más característicamente posible, extraordinariamente mucho más cercano que allí donde un reunirse frecuente y prolongado proporciona ya en el otro una imagen inequívoca de la personalidad (Simmel, 2001 [1903]: 394).

Unos minutos después el joven vuelve hacia el punto del cual procedía, el extremo oeste del paseo central. A continuación, se dirige hacia el satélite oeste, desde donde lanza, literalmente, unos aullidos salvajes, incomprensibles, absolutamente bebido —“*incluso escenas familiares se pueden tornar extrañas*”, diría Hannerz (1993 [1980]: 19)—. Treinta segundos después de que dicho paseante se colocara ante uno mismo —situado en el asiento 1 del bloque 1B—, un joven de aspecto indostano se ha sentado en asiento 5 del bloque 1A —o sea, al lado—. El joven observa en silencio, sin mirarle a uno, en una clara expresión de desatención cortés, precisamente significativa por el hecho de que el resto de bancos de la Rambla del Raval están vacíos. Esas son algunas de las fluctuaciones que singularizan a la socialidad urbana, y que de algún modo ponen en contacto a los extraños entre sí (Delgado, 2005b: 8).

23.57. En dos minutos pasan consecutivamente, a gran velocidad, ocho coches-patrulla de los mossos d'esquadra, con los dispositivos lumínicos y sonoros activados.

23.58. El joven indostano mira hacia delante, hacia la fachada sur de la Rambla. Se oyen cohetes y petardos que manifiestan una falta de sincronización sonora por lo que concierne a la celebración de Fin de Año y a la travesía del umbral que conduce de una categoría a otra del calendario.

23.59. Un coche-patrulla de los mossos desciende por la calzada norte, en dirección contraria –hacia el este– y esta vez sin la sirena, provocando la sorpresa de un par de vehículos que ascendían por el único carril de tráfico rodado de la calzada. La temeridad de los mossos resulta cuando menos insólita.

Martes, 1 de enero del 2008

És fàcilment concebible que, arribat a aquest estat d'exaltació, l'home ja no es reconegui. Sentint-se dominat, posseït per una mena de poder exterior que li fa pensar i actuar d'una altra manera que no pas en temps normal, té naturalment la impressió de no ésser ell mateix. Li sembla que s'ha tornat un ésser nou [...]. I com que, simultàniament, tots els seus companys se senten transfigurats de la mateixa manera, i tradueixen pels seus crits, gestos i actituds aquest sentiment, és com si hagués estat transportat realment a un món especial, completament diferent d'aquell en què viu de manera ordinària, un medi tot poblat de forces excepcionalment intenses que l'envaeixen i el transformen. ¿Com podria ser que unes experiències com aquestes [...] no li produïssin la convicció que efectivament hi ha dos mons heterogenis i incomparables entre ells? L'un és aquell on arrossega lànguidament la seva vida quotidiana; en canvi, no pot penetrar en l'altre sense posar-se en relació tot seguit amb unes potències extraordinàries que el gal-

vanitzen fins al frenesí. El primer és el món profà, el segon el de les coses sagrades (Durkheim, 1987 [1912]: 235 y 236).

00.00. Desde el interior del local La Rouge, en la vertiente sur, salen a la acera, ruidosamente, una docena de jóvenes turistas franceses. En cinco segundos se sitúan justo en el centro del paseo central, detenidos allí, en pie, ya borrachos y con botellas alcohol en las manos. Efervescencia. Uno de los adolescentes se acerca veloz, se sienta junto a uno mismo (asiento 2 del bloque 3B), y, ante la mirada del resto del grupo, lo abraza tiernamente. Uno mismo ríe y le espeta "*Què vols, tio, petons?*". Cohetes, petardos, gritos, automòviles de los mossos patrullando de oeste a este, ahora sí, por la calzada correcta, gritos de otro grupo surgido igualmente de La Rouge. Habrá una treintena de personas en el rectángulo de la Rambla del Raval. Bocinazos, gritos, silbidos... Sin duda, es el sonido lo que señala la llegada celebrada del Año Nuevo. Así que el joven turista francés ha abrazado al antropólogo, el otro joven de aspecto indostano que se había sentado al otro lado, en el bloque contiguo, se ha ido Rambla arriba, con una rapidez inaudita.<sup>49</sup>

00.06. De lejos, la cabeza del Gato parece blanca con el morro negro. Se trata, de hecho, de dos personas vestidas de negro y otra de blanco, en medio, que hablan de pie delante de la estatua: de lejos, a un miope dioptrónico con la vista cansada, eso le genera una alucinante impresión cromática.

00.07. Cuatro personas están sentadas en los bancos, nueve andan por la Rambla del Raval, siete permanecen en pie en el satélite oeste, un motorista atraviesa la Rambla perpendicularmente enlazando los dos extremos de la calle Sant Rafael. Un joven hablando con un móvil en la mano que coloca junto a su oreja derecha, y que 20 minutos atrás leía

49. Desconozco que hasta el momento se hayan producido investigaciones antropológicas sobre prostitución homosexual masculina en el Raval en torno a la protagonizada por hombres indostanos.

un libro sentado en el bloque 2B, asciende hacia el oeste y lo saluda a uno al pasar por delante con un “*Feliz Año!*” cortésmente respondido.

00.12. El grupo de adolescentes franceses surgidos de La Rouge, después de permanecer unos minutos en el extremo este del rectángulo, han desaparecido, abducidos por la noche. El segundo grupo bebe alcohol, habla y ruge ante ese local. Hasta hace tres minutos el paso de coches-patrulla de los mossos ha sido incesante, ya sin luces ni sirenas.

00.13. Un trío de chicas desciende por el borde sur; a 20 metros, un trío de tres chicos. No hay muchos paseantes por las calzadas: seis en la norte, 12 en la sur; 12 más suben o bajan por la Rambla del Raval: parejas de hombre y mujer, de padre e hijo –aparentemente–, dos jóvenes probablemente surasiáticos, gente sola –un hombre joven de piel negra, otro de aspecto indostano, una mujer con pinta de autóctona–. Se asiste a lo que serían, siguiendo a Delgado (2005b: 8), las series infinitas de las que uno es actor y espectador en el transcurso de su vida: cruzamientos y entrecruzamientos, traspasos e interseccionamientos, conformaciones en sí mismas de espacios-travesía en que todos esos paseantes son, de hecho, la propia travesía encarnada en sus cuerpos –así, de un lugar a otro, irrumpiendo y perdiéndose, agitándose y deteniéndose, apareciendo y desapareciendo, haciendo mutar articulaciones momentáneas– cuya transcripción en un mapa lo emborronaría todo, hasta lo indecible desbordante, convirtiéndolo en una sucesión de planos las dinámicas del cual penetrarían innumerables niveles de acción y reacción peatonal a la vez.

No es cierto, entonces, que todas las etnografías de los espacios públicos sean, ni mucho menos, idénticas, simétricas. Todas las dimensiones de las travesías en el espacio obedecen a estructuraciones sociales de las situaciones de los transeúntes que en ningún modo coinciden idénticamente en todas las “grandes ciudades” –por ejemplo, no en todas partes los peatones ignoran los pasos cebra que a sus recorridos se destinan–. Al menos, en cuanto a las regularidades –es decir, a las prácticas dominantes de los viandantes– se refiere. Para el caso de la Rambla del

Raval, ¿cómo señalar la decisión de un turista finlandés o de un extaxista de Islambad de atravesar el satélite este hacia la calle Sant Pau en relación con su actuación en un espacio parecido de su lugar originario? ¿Tomaría una cerveza al aire libre allí, como lo hace aquí? ¿Miraría al resto de transeúntes ya no allí, sino en otra ciudad, en otro espacio, en otro contexto, como lo hace aquí? ¿Observaría a su alrededor, aquí, siempre de la misma forma a lo largo de los diferentes días, en las distintas franjas horarias?

00.15. Cuatro jóvenes árabes emergen desde Sant Rafael, por el sur, hasta el paseo central y luego descienden hacia el este.

00.20. En 10 segundos pasa un grupo de ciclistas hacia el oeste, por el paseo central, seguido por otro ciclista de aspecto surasiático, y simultáneamente un tercer ciclista desciende por la calzada sur hacia el este. A las espaldas de uno mismo, resuena la voz de un hombre de unos 55 años: “*Si supieran lo que es eso.*” Pensando que hablaba con alguien, uno se gira y ve que el hombre habla solo.

00.21. Un *skater* baja por la vertiente norte del rectángulo; dos hombres y una mujer maduros, hablando en castellano, caminan hacia el oeste; un ciclista con la cara cubierta por un pasamontañas les avanza; otro ciclista cruza el rectángulo perpendicularmente de Sant Rafael sur a Sant Rafael norte; un hombre joven de aspecto indostano le ofrece a uno “*¿Beer?*”, otro, más maduro e igualmente de apariencia indostana, lo mira a uno tomar notas con curiosidad. Un joven baja por el paseo central fumado un cigarro y chilla chulillo al grupo de turistas franceses que continúan en pie ante La Rouge: “*¡¡¡Fiesta, fiesta, fiesta!!! ¿Eh?*”.

00.26. Una treintena de transeúntes caminan por el rectángulo, incluidos grupos familiares con pequeños y bebés. La heterogeneidad de agrupamientos humanos es ciertamente amplia. Hay muchos más paseantes andando a paso rápido, parece como si todo se sucediera con una prontitud acelerada. Se reconoce a chicas y mujeres por el modo en que marcan sus pasos con los tacones de botas altas, anunciando no su llegada ni su partida –pues no se detienen–, sino su *paso*. Figuras extravagantes de otros barrios pueblan el espacio.

00.28. Un automóvil con matrícula francesa asciende por la calzada norte, rodea al satélite oeste y desciende por la calzada sur, con música a alto volumen, y, excepto el conductor, con los tres pasajeros sacando sus cuerpos por las ventanillas sin parar de vociferar.

00.29. En el sector suroeste, dos, tres o media docena de parejas o grupillos reducidos de más o menos chicos o adultos de aspecto magrebí, hablando, observando, fumando tabaco o hachís, bebiendo...

00.33. Un camión mediano de la limpieza municipal enfila la calzada sur afrontando con silenciosa gloria laboral la entrada al 2008. Unos metros atrás, un automóvil con tres adolescentes de aspecto árabe cortocircuita el paso de una joven que atravesaba la calzada sur a la altura de Sant Rafael. El conductor grita a la chica: “¡Eh! ¿Qué pasa? ¿No quieres hablar? ¡Mala puta!”. La chica esquiva al automóvil por la parte posterior, y éste acelera rabioso.

Tres jóvenes angloparlantes, dos chicos y una chica, se sientan en el bloque 3A, miran un mapa y uno dice “*Rambla del Raval. We are in the Rambla.*” Dos jóvenes de aspecto indostano se sientan al lado de uno mismo. Uno de los jóvenes angloparlantes le pregunta a uno, que ya parece un habitual del lugar –y por lo tanto susceptible de ser tomado como un punto humanoide de información–, en un castellano de locución suramericana: “*Disculpe, perdone, ¿para ir a la Diagonal para coger un taxi?*”. La réplica es inmediatamente interrumpida por un “*No, el Paralelo, para coger un taxi en el Paralelo.*” Los dos jóvenes cercanos de aspecto indostano llevan a cabo todo tipo de operaciones con sus móviles respectivos. Parecen buscar números, hablan animadamente, incluso cantan: “*Chalana Chalana vora Chalana*” (¿).

00.45. Esta noche las patrullas de la guardia urbana han desaparecido, como si sus convenios laborales fueran superiores al de los basureiros en relación con el horario de trabajo en fiestas señaladas. Las patrullas de los mossos hace rato que ya han abandonado el paso por el lugar. Parejas de todas partes, muchas con críos, suben o bajan, chicas en parejas, chicos solos, grupos de amigos. El ritmo del tráfico humano continúa

siendo acelerado, aunque paradójicamente tranquilo, quizás más como modo de desafiar al frío que no de atender con premura la necesidad de un destino inminente. Ahora mismo, raramente se divisan transeúntes con alcohol en la mano.

00.50. Unas 250 personas andan por las calzadas y el paseo central de la Rambla del Raval. Los ritmos circulatorios son audazmente espasmódicos, imprevisibles, puesto que al cabo de cinco minutos se cuentan sólo unas 70 personas. Resulta sorprendente constatar en qué medida las masas humanas florecen igual que potencias magmáticas llegadas básicamente de los satélites exteriores –extraños volcanes aplanados– para desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. Fluctuaciones continuas, constituciones de conglomeraciones y, de repente, agujeros negros tragándose a paseantes que ya no están.

Una pareja de turistas sesentones de aspecto norteamericano, con pinta de recién salidos del Liceo, caminan cantando, “*When it dies...*”. Parecen supervivientes de los combativos años sesenta con un largo recorrido a sus espaldas, glamourosamente vestidos.

00.51. Un grupo se diría que araboparlante se establece en el conjunto de bancos 3A, son dos mujeres y tres hombres de edades distintas. La mujer más joven habla por teléfono. Los dos indostanos, a mi lado, siguen dale que te pego con los móviles, hablan, cantan, escuchan música. En el bloque 4A se reúnen media docena de jóvenes de piel blanca y negra. En el 4B permanece sentado hace rato un hombre mayor con un sombrero años cincuenta. El hombre mira a su alrededor.

00.52. Tres hombres maduros de aspecto indostano deambulan por el paseo central. Al pasar por delante de los dos indostanos de al lado les dicen cosas, uno de los paseantes se pone la mano derecha sobre su corazón mientras les saluda con un “*¡Pakistán, Pakistán!*”, a lo que los jóvenes responden sarcásticamente con un “*¡Bangla-Desh, Bangla-Desh!*” ante la decepción de los viandantes. Para rizar el rizo, con humillante sorna, uno de los jóvenes de al lado les espeta: “*¡Ceuta, Melilla!*”. Y ambos se ríen con corrosiva complicidad.

00.59. Un hombre casi mayor que anda con dificultades, sujetando una bolsa de plástico en la mano derecha, ofrece cerveza a dos chicas sentadas en el bloque 3A. Tienen la piel blanca y hablan en italiano. El hombre le ofrece a uno mismo cerveza y también al grupo del bloque 4A, uno de cuyos miembros, y nunca mejor dicho, se levanta para ir a evacuar residuos líquidos orgánicos tras una palmera. El grado de acidez que las palmeras de esta Rambla soportan es respetable.

01.03. Por primera vez en el año aparece la guardia urbana. A lo largo de la calzada norte patrullan dos furgonetas que giran por el satélite oeste para descender hacia el este, deteniéndose a la altura de Sant Rafael. Una de las furgonetas aparca sobre el borde sur del rectángulo; la otra, delante, en el espacio de estacionamiento de la calzada. Los agentes descienden al asfalto. La concepción "sádica" de la calle, siguiendo a Davis (2003 [1990]), se impone una vez más.

Un hombre maduro, tres chicas y un chico de sientan en el bloque 3B. El hombre, el único derecho, afirma "*C'est une merde Barcelonne!*", y tras dos minutos insiste, "*Una mierda Barcelona!*". El grupillo dialoga y finalmente decide que se van al Maremagnum (espacio de ocio nocturno más bien hortera situado en el Port Vell). De algún modo se van a la...

Quienes anteriormente han sido calificadas como dos chicas italianas son, en realidad una chica y un chico casi andrógino, fronterizo... Como tantos otros dispositivos clasificatorios, la noción *trans* suele deslizarse a partir de una apariencia biológica, más acá o más allá de la propia vivencia del cuerpo, de la identidad y del tipo de fijaciones sociales dominantes. Ahora bien, lo que de algún modo se sugiere en estas páginas consiste justamente en atender a la dimensión *trans* de todo ser humano en sociedad: cabalgamos a través de una apariencia a otra, de una autorepresentación a otra, intentando —o no— que cada una de ellas resulte apropiada a lo que se espera de cada contexto, de cada interacción, y, a su vez, a lo que ese contexto espere de uno, de una —¿un poeta en un plató televisivo con un collar de perro en su cuello se está representando en calidad de poeta o de perro?—. ¿Por qué entonces la transexualidad se concibe como una enfermedad? Las clasifica-

ciones que el poder ejecuta rechazan la ambigüedad, ese oscuro depósito de la incertidumbre social —y más aún, por eso Nietzsche clama contra la cultura como un ejercicio violento de imposición de sentido sobre el mundo—. Jean Duvignaud, tan menospreciado por estos lares, se preguntaba (1977 [1972]: 232-238) si la cultura no representa para el antropólogo un papel tan nefasto como el término "institución" lo representó en el siglo XIX. Una cultura que el antropólogo establece en libretas y luego desde cátedras muy lejos del lugar donde fue a encontrarla: racionalmente científica, verificada y ratificada matemáticamente, enunciada y desplegada ante un público occidental cuyos códigos comprensivos distan tanto de aquello que se pretende concebir con idealizada coherencia. En el curso del tiempo se producirá un cuestionamiento antropológico de la organización por la cultura a partir del análisis de costumbres, creencias y representaciones, sin embargo, lo que Duvignaud traza es el modo en que se tiene o no en cuenta toda esa amplia gama "*de formas invisibles que se insertan en la trama de la existencia; cómo las reglas, las figuras que definen la sexualidad, las relaciones con la muerte, el trabajo, el hambre, constituyen evidentemente una superficie continua pero donde se producen fisuras, agujeros*" (*Ibidem*: 234): se trata de rupturas protagonizadas por individuos que llevan a cabo hechos de transgresión, que olvidan, esquivan o violan obligaciones tradicionales, y que constituyen matrices de actitudes y de nuevas relaciones, de entrada muy a menudo silenciosas y públicamente ocultas, anticipándose a la experiencia ordenada y definida por una cultura, aportando, ni que sea imaginariamente, esas nuevas relaciones, actitudes, conductas no vividas. En nuestras sociedades esas personas y esas nuevas formas sociales han sido y son sometidas: pero aplicarles la pena de fuego, encarcelarlas, convertirlas en objeto de castigo o de mercantilización, o aun patologizarlas, diagnosticarlas y medicarlas no puede ocultar el hecho de que la transgresión se encuentra en la base de los movimientos de todas las organizaciones humanas.

La pareja italiana continúa hablando. Ahora hay bastante gente en la Rambla del Raval. Un joven de aspecto centroamericano indica a dos compañeros: "*Así no se come. Se mastica.*" Pero ninguno come nada. La

chica italianoparlante responde a una llamada del móvil y en un buen castellano se emplaza a un encuentro en Glòries (donde hay la torre Agbar, prestigioso monumento fálico en que TV3 celebraba el Año Nuevo a través de un espectáculo de luces y música), con todo “*la Carla decía que va a Gràcia*”.

01.12. En el bloque de bancos 3B, dos jóvenes de aspecto indostano y actitud se diría que un poco arrogante, llamativos por ir bien vestidos respecto al paisaje social habitual, hablan. Uno engulle un *shawarma*, el otro empieza a hablar por móvil. Permanecen ahí cinco minutos.

01.15. La Rambla del Raval se llena de gente. Cada vez hay más viandantes concentrados en el extremo este del rectángulo, hablando y bebiendo. Tres chicas se encaminan directamente hacia uno mismo. Una, en un inglés de acento norteamericano le explica que un criminal le ha robado el bolso. Uno las dirige hacia la guardia urbana, y ella asegura que ya ha hablado con agentes de la guardia urbana que no le miraban ni a la cara. De modo que uno las encamina hacia la comisaría de los mossos de Nou de la Rambla. La chica expresa verbalmente y facialmente su gratitud para dirigirse posteriormente hacia el este, en dirección a la comisaría. Un grupo que parece de turistas centroamericanos avanza hacia el oeste. Entre ellos, una mujer madura con una cámara digital, filmando los bloques de bancos del norte. Uno es enfocado y ella le profiere sonriente “*¡Feliz Año Nuevo!*”, a lo que uno responde obsesivamente “*Collons!*” –tentado de enviarla a la... al Maremagnum–. ¿Cuántas veces se debe tomar consciencia de que si los rechazos cotidianos que uno expresa –“No”– hacia otros irreflexivamente en los espacios públicos ante abordajes repentinos e indeseados –“Perdone, ¿tiene cinco minutos para una encuesta?”, “¿Conoce usted la labor de la organización X, la apoyaría?”, “¿Quiere disfrutar de los beneficios de la empresa...?”– fueran provocados por esos mismos otros transeúntes desconocidos hacia el etnógrafo de las calles, todo esto se complicaría, y mucho?

01.20. En el bloque 5B, las tres chicas norteamericanas hablan, parecen tranquilas. No han ido a la comisaría. En el área de la acera sureste,

al lado del Andalus, un grupo de tres jóvenes de aspecto árabe beben una botella de whisky, fuman. A su lado, un indigente mayor mira, fuma, se apoya sobre una persiana bajada del local contiguo. Es zona también de “sospechosos habituales”. Ante los ventanales del complejo deportivo de Can Ricart, la misma manta cubriendo quizás a la misma persona del otro día. La peste que desprende empapa el aire. No hay nada nuevo aquí. Las atmósferas urbanas nacen (Augoyard, 1979: 109-111), de todo ese cruzamiento –o encrucijada– de sensaciones, de la multiplicidad de experiencias inmediatas del mundo a través el frío o el calor, del viento o la lluvia, del día o la noche, de la heterogeneidad cultural, cognitiva y social de las vivencias de los viandantes.

Lunes, 7 de enero del 2008

19.50. Una furgoneta de los mossos, con tres agentes hablando en el exterior, está estacionada en la esquina suroeste (Rambla del Raval con Hospital).

19.51. Un hombre mayor, en el último asiento –el del sur– del bloque 2B, bebe una lata de cerveza, que oculta con discreción entre su pierna derecha y el extremo este del banco. Esta discrecionalidad es más bien habitual en las distintas franjas horarias, en virtud de la respuesta que provoca toda determinación por parte del poder en torno a lo que los paseantes tienen o no que hacer, he ahí la clave de la clandestinidad y la sociología del engaño (Simmel, 1988 [1908]; Goffman, 2001b [1963]).

19.52. Junto a uno de los ventanales del complejo deportivo de Can Ricart, la misma manta de otras ocasiones cubre a un hombre mayor con barba de días que ronca ruidosamente. Su aspecto no es el de alguien desaliñado, sino el de un auténtico miserable de la calle. El mundo de desconocidos que significa la ciudad se localiza en los espacios públicos urbanos (Lofland, 1985: 19). Sin embargo, si ese hombre fuera otro –por ejemplo, un hombre conocido por la sociedad– seguramente sería objeto de una extrema atención.

Martes, 8 de enero del 2008

15.45. Sobre la campanilla del collar del Gato alguien ha colocado dos pegatinas con la figura que durante un tiempo se hizo famosa acompañando a la mediática dicha “*Don't Worry, be Happy*” –según mi parecer, ese dibujo es horripilante, nauseabundo, repulsivo (¿es anarcoidemente posmoderno que manifieste mi gusto?, como cantaba el inigualable Ovidi Montllor: “*Gràcies, senyors!*”)–.

15.46. Dos mossos interrogan a un par de adolescentes de aspecto magrebí y revisan su documentación. Los chicos visten arregladamente, sus emanaciones comunicativas no connotan “predisposiciones criminales”. Resulta paradójico comprobar lo absurdo de los criterios que rigen ese tipo de controles de transeúntes. Atendiendo al paisaje social dominante aquí, la pinta de ambos muchachos es la de unos estudiantes o trabajadores aplicados, y no otra cosa –por ejemplo, la de pérfidos maleantes representándose como estudiantes o trabajadores aplicados y responsables (véase el inmenso homenaje de Goffman [1993 (1959): 16 y 17] a William Sansom en relación con el repertorio potencial de representaciones en una situación ordinaria)–. Uno afirma esto con conocimiento de las tipologías estéticas, gestuales y conductuales presentes en el barrio desde finales de los setenta, y específicamente durante los últimos tres lustros. Produce zozobra ver a esos chicos asustados.

15.49. Un hombre mayor apoya sus manos en las rejas metálicas de la acera norte, frente al hotel, observando las obras de los edificios en construcción, repasando con la mirada el paisaje que se ofrece antes sus ojos, como si quisieran precipitarse hacia su interior. La valla metálica particulariza el carácter fronterizo de esa área, y los transeúntes, a su vez, responden a ello con nuevas particularizaciones (Augoyard, 1979: 92 y 93): quedarse ahí clavado, mirando, o reseguir la valla de un extremo al otro, o desplazarse a distancia de la verja...

He ahí el tipo de “*contraapropiaciones recurrentes*” (*Ibidem*: 94) que convierten a una acera en platea y escenario al mismo tiempo, desafiando la recurrencia del mero uso de la acera como paso-a-través-de, supuesto

movimiento sin pausa del paseante, aquél que en el momento más inesperado puede detenerse para contemplar a su alrededor. Las verjas han sido cubiertas desde el comienzo de las obras con telas para impedir la visión del proceso de edificación a través de ellas; se trata de telas que, a su vez, han sido rasgadas, agujereadas y abiertas por los transeúntes precisamente para poder ver por esos intersticios. Aunque de alguna forma dichas rejas cerrasen el espacio –expresándose el modo en que los cuadros de visión de los paseantes són modificados por la construcción urbana de volúmenes (Chelkoff/Thibaud, 1993: 13) y de “planos ciegos”–, nada puede detener la búsqueda peatonal de espacios potencialmente vividos como caminos ya no sólo a la línea del horizonte, ni siquiera a grandes áreas abiertas a la mirada, sino, más concisamente, al primer plano inmediato: lo que hay ahí, tras la verja que lo oculta. Ese tipo de prácticas por parte de los viandantes son recurrentes en todo tipo de contextos de transformación del espacio: allí donde haya una verja o un muro que oculte algo, habrá paseantes dispuestos a agujerearlo, resquebrajarlo o lo que sea para penetrar con la mirada hacia el otro lado, como hijos de una Ilustración derrotada.<sup>50</sup>

En las dos semanas siguientes, igual que a lo largo del 2007, las regularidades de Rambla del Raval encadenan sucesiones de gestos y actitudes consabidos. Se hacen públicas las cifras de actuaciones municipales contra el consumo de alcohol en las calles (*20 minutos*, 14-I-2008, p. 2): 18.000 en 2006; 24.253 en 2007, unas 66 sanciones diarias a ciudadanos por beber en la vía pública. La guardia urbana sostiene que si se permitiera sancionar a ciudadanos que beben alcohol estando en movimiento, el número de multas impuestas podría ser mucho mayor,

50. Sobre el rosario de instrumentalizaciones de muros y “pantallas visuales” en el Forum de las Culturas del 2004, puede verse Horta (2004b). Sobre la reivindicación por parte de determinados grupos ocultistas europeos del siglo XIX en torno a la abolición del secreto de estado, puede verse Horta (2001). [No es aconsejable autocitarse, y menos en demasía, no obstante existen dimensiones que uno ha trabajado cuya profundización no puede desarrollar siguiendo determinados hilos como el presente, de ahí la autocita.]

puesto que hasta ahora es exclusivamente sancionable el acomodamiento en el espacio urbano en términos sedentarios. Las identificaciones y sanciones a vendedores ambulantes alcanzan también las sesenta diarias – 25.000 en 2006, 22.231 en 2007–, dado que ahora se intentan incautar cantidades notables de bebidas y precintar los almacenes de procedencia. Los siete puntos más conflictivos de la ciudad son, según la guardia urbana, las plazas George Orwell, del Sol y de Osca, los jardines de Sebastià Gasch, la pista deportiva de la calle Agricultura y la Rambla Prim –en la cercanía del Parc del Fòrum, cuando se producen conciertos multitudinarios–. Doce meses antes, la Rambla del Raval habría figurado en esa lista; hoy, la aplicación municipal en el control del consumo de alcohol ha desbaratado lo que parecía configurarse como un proceso imparableno tendente a convertir este lugar en auténtico epicentro del “botellón” urbano barcelonés.

Lunes, 21 de enero del 2008

10.01. Tras el incendio de una vivienda del edificio del nº 12 el sábado pasado, día 19 –tres camiones de los bomberos, guardia urbana, mossos d’esquadra, vecinos desalojados, fuego intenso, ventanas llameantes del piso afectado, expectación masiva en la Rambla del Raval–, todavía algunos periodistas husmean por el oeste de la Rambla, intentando sonsacar palabras a hombres de aspecto indostano que rechazan hablar para ellos. La detención y aplicación de la legislación antiterrorista por parte de la guardia civil de 12 ciudadanos pakistanés y dos indios dos días atrás, bajo la acusación a estas alturas no probada de poseer material para la comisión de atentados aterrorizadores, proyecta hacia la pantalla mediática nacional y estatal a la propia Rambla del Raval. Más allá de las formas en que la exclusión se reproduce a través de figuras como el prejuicio, la xenofobia, los racismos de base biológica y cultural, y la estigmatización, tan presentes en las representaciones dominantes, más allá de los procesos de discriminación, segregación y marginación que deri-

van de ellas y de cómo se reafirma la esencialización de las “culturas” y la atribución de conductas sospechosas, si no delictivas, a determinadas clases de asociaciones sociales (Delgado, 1999: 143-190), la ocupación policial y periodística de esta área del barrio durante el fin de semana obliga a reexplicarse cuáles son, hoy por hoy, los mayores problemas del vecindario. La miserabilización del Raval nunca ha preocupado a los medios de comunicación, ni siquiera a los profesionales de la política. Acaso, como máximo, lo que ha inquietado un poquito a veces han sido algunos de sus efectos –no precisamente los que fundamentalmente afectan a los propios miserabilizados–. La “democracia” es algo que, como es sabido, consiste fundamentalmente en *castigar a los pobres* (por Wacquant, 2006 [1996] y 2003 [1999]).

Jueves, 24 de enero del 2008

13.25. Algo parecido a un estado de acoso se sucede sobre la Rambla del Raval. Denso tráfico de coches-patrullas de los mossos y la guardia urbana, y presencia permanente de un helicóptero policial justo sobre el lugar. Las cuatro terrazas del extremo oeste están montadas. Sólo hay un cliente –un chico–, en La Reina del Raval, y una pareja en la de La Fragua. Las tres terrazas del suroeste no se han desplegado.

El ruido regular, continuo, del helicóptero se solapa con el que procede de las obras de la Illa del Raval, acrecentando en el relator el penosamente temido “síndrome Forum” (Horta, 2004b: 81). En los bancos se encuentran sentadas unas 30 personas. En el conjunto de la Rambla del Raval, unos 100 transeúntes. Una furgoneta de la cadena de televisión municipal BTV (Barcelona Televisió) permanece impunemente aparcada sobre la acera del rectángulo central, hacia el noreste. Ni los agentes de la furgoneta de la guardia urbana estacionada unos metros más al este, ni ninguno de los agentes de los coches-patrulla de mossos y guardia urbana llevan a cabo ninguna acción para subsanar un evidente delito de tráfico: estacionamiento indebido. ¡Prebendas de las paracien-

cias de la información, atajo de “reporteros Tribulete” esparciendo “la realidad del mundo” con licencia para aparcar donde les dé la gana! ¡Estacionamiento indebido!

Un hombre de unos 35 años entrevista a un hombre mayor, vecino del barrio cuya presencia ha sido constatada en otras ocasiones, que se sienta en su propia silla desplegable, entre las series de bancos 1 y 3, hacia el noreste. Más de la mitad de las personas que se sientan en los bancos parecen indigentes que a veces entablan conversación con sus convecinos de banco; el resto, parecen propiamente vecinos con casa. Una buena parte de todos ellos parece indostana. Tres jóvenes de origen surmamericano, trabajadores de las obras contiguas, ascienden por el paseo central hablando tranquilamente.

De hecho, es habitual ver cómo en la Rambla del Raval están de cháchara vecinos con y sin techo, en ocasiones formándose grupillos, como sucede ahora mismo en el bloque de bancos 1A. Ahora bien, es el respeto y la confianza mutua, a través de la desatención cortés o bien de la manifestación primaria, frecuentemente expresada de forma gestual, con indiferencia, de que no se pretende seguir el hilo del diálogo que un paseante –o, más concretamente, que alguien sentado– inicia, lo que se configura como el principio que rige las interacciones en los bancos. Simmel ya certificó más de un siglo atrás (2001 [1903]: 385) que, en general, la actitud de los urbanitas en el espacio público puede calificarse de reserva:

Si al contacto constantemente externo con innumerables personas debieran responder tantas reacciones internas como en la pequeña ciudad, en la que se conoce a todo el mundo con el que uno se tropieza y se tiene una relación positiva con cada uno, entonces uno se atomizaría internamente por completo y caería en una constitución anímica absolutamente inimaginable. En parte esta circunstancia psicológica, en parte el derecho a la desconfianza que tenemos frente a los elementos de la vida de la gran ciudad que nos rozan ligeramente en efímero

contacto, nos obligan a esta reserva, a consecuencia de la cual a menudo ni siquiera conocemos de vista a vecinos de años y que tan a menudo nos hace aparecer a los ojos de los habitantes de las pequeñas ciudades como fríos y sin sentimientos.

13.47. “*Escúchame, no sé cómo está lo de las entradas, tía*”, dice una chica del barrio por móvil mientras camina por el paseo central en dirección hacia Sant Rafael norte. La morfología social de los andarines urbanos responde, por su vestimenta, a la de un barrio trabajador y a su vez miserabilizado, con mucha gente mayor y gente foránea.

El estrépito continuo del helicóptero –fijo, centrado encima de la Rambla del Raval–, resulta absurdo, ya que no parece en ningún modo que se esté produciendo ningún tipo de batida o caza del hombre. La presencia del helicóptero se presenta como un ejercicio simbólico a través del cual se exponen a la mirada pública los más palmarios dispositivos de control social: el helicóptero, como un ojo volante que todo lo ve, expresa su dominio sobre el vecindario, que simplemente lo ignora.

Si, si no me equivoco, la cara interior de esta reserva externa no es sólo la indiferencia, sino, con más frecuencia de la que somos conscientes, una silenciosa aversión, una extranjería y repulsión mutua, que en el mismo instante de un contacto más cercano provocado de algún modo, redundaría inmediatamente en odio y lucha. Toda la organización interna de un tráfico vital extendido de semejante modo descansa en una plataforma extremadamente variada de simpatías, indiferencias y aversiones tanto del tipo más breve como del más duradero. La esfera de la indiferencia no es aquí tan grande como parece superficialmente; la actividad de nuestra alma responde casi a cada impresión por parte de otro hombre con una sensación determinada de algún modo, cuya inconsciencia, carácter efímero y cambio parece tener que sumirla sólo en una indiferencia. De hecho, esto último nos sería tan antinatural como insoportable la vaguedad de una sugestión

sin orden ni concierto recíproco, y de estos dos peligros de la gran ciudad nos protege la antipatía, el estadio latente y previo del antagonismo práctico. La antipatía provoca las distancias y desviaciones sin las que no podría ser llevado a cabo este tipo de vida: su medida y sus mezclas, el ritmo de su surgir y desaparecer, las formas en las que es satisfecha, todo esto forma junto con los motivos unificadores en sentido estricto el todo inseparable de la configuración vital urbana: lo que en ésta aparece inmediatamente como disociación es en la realidad, de este modo, sólo una de sus más elementales formas de socialización (Simmel, 2001 [1903]: 385 y 386).

Los únicos transeúntes claramente inhabituales en la Rambla del Raval son ahora un joven periodista de BTV cámara en ristre, que instala el trípode en el este enfocándolo hacia el oeste, y el otro hombre ya referido que, libreta en mano, va preguntando cosas a diversos tipos de paseantes.

A pesar del clima subyacente desde el pasado fin de semana no parece que la afluencia de personas indostanas sea inferior a la cotidiana, en día laborable como el de hoy. La construcción policial, política y mediática alerta desde el sábado anterior en torno a supuestas acciones armadas por parte de los miembros de una corriente islamista denominada Tariq Bin Ziyad –nombre de un guerrero de Al-Andalus– asociada a la mezquita de la contigua calle Hospital, a pocos pasos de aquí –con salida trasera a Sant Rafael–.

13.58. En un minuto descienden de oeste a este por la calzada sur dos ciclistas, cuatro automóviles, dos motos, dos taxis y tres furgonetas de carga y descarga de productos.

14.00. En un minuto pasan de este a oeste por la calzada norte una bicicleta, cinco coches, dos motos, un taxi y un camión. Simultáneamente, una bicicleta asciende por la acera del paseo central. Lo único destacable en este sentido, en cuanto al tráfico, es la oscilación horaria de las furgonetas de carga y descarga, y la elevada frecuencia de paso,

ahora mismo, de taxis –más habituales en los períodos con mayor presencia de turistas en los hoteles–.

14.02. Una mujer treintañera acude al bloque de bancos 3A, donde un hombre maduro que leía *La Vanguardia* la esperaba. Ella le dice al llegar: “*Hola, ja has acabat la feina?*”.<sup>51</sup> El hombre, anglosajón, habla en un catalán muy correcto con acento inglés. Se han citado para ir a almorzar. Se dirigen hacia el oeste. Aunque estas situaciones no son de ningún modo excepcionales, la mayoría de personas ajenas a la residencia en el barrio que se citan en la Rambla del Raval lo hacen en la serie de bancos 6, junto al Gato –si bien es cierto que se trata de personas en conjunto más jóvenes, y de encuentros que se producen hacia la tarde-noche y en las noches de los fines de semana o días que preceden a jornadas festivas–. En las franjas diurnas y para el resto de situaciones, así los satélites como la totalidad de bancos devienen punto potencial de encuentro. Constelaciones de relaciones *para, contra y con* los otros (Joseph, 1999a [1998]: 21). Pulsaciones de distanciamientos y acercamientos bajo la “*presunción de igualdad*” simmeliana.

14.04. El helicóptero concluye la ocupación del espacio aéreo –el cielo, que, recuérdese, en toda Europa tiene a los ejércitos de la OTAN como máxima autoridad–. Los trabajadores de las obras detienen su labor para almorzar. El fondo sonoro adquiere una tranquilidad casi inusitada a estas horas, excepto por el ruido del flujo pausado pero constante del tráfico motorizado. Ahora bien, no se dan bocinazos, no hay chillidos de niños jugando, ni ladridos de perros ni griteríos de propietarios de perros, ni siquiera el estruendo agudo de las cotorras argentinas bajo la sombra espesa de las palmeras.

51. Semanas después, uno mismo se cruzará con ella en la propia Rambla del Raval: mirada de extrañeza y reconocimiento... Como tantos otros transeúntes, un fragmento de existencia verbal y corporal le habrá sido robado, sin permiso, allí donde se supone que todo es de todos. Porque, como recitaba mi compañero Enric Casasses –de Baudelaire–, “*tot és de tothom, àdhuc déu*”.

14.09. En cinco minutos suben por el paseo central, hacia el oeste, tres usuarios del Bicing. Un fotógrafo observa la Rambla del Raval desde la calle Sant Rafael, por su extremo sur, y se adentra finalmente en esta. Al cabo de 40 segundos, un fotógrafo más joven hace increíblemente y exactamente lo mismo, como si estuvieran tallados por un mismo patrón conductual.

14.11. La ocupación de bancos, en el caso de la mitad de sus protagonistas, es bastante dinámica: se producen cambios de ocupantes cada 10, 20 o 30 minutos, el resto de personas suelen permanecer más o mucho más tiempo. Los bancos representan un núcleo central para los habitantes de la Rambla del Raval como espacio de socialidad, de espera, de cita, de diálogo o, por sí mismo, como un lugar consagrado al paso del tiempo y de sus espacios cambiantes –la propia vida, vaya–. Existe, pues, una notable alternanza entre las personas que llegan y las personas que se van. También es muy habitual, visible en el día a día de la Rambla del Raval, la imagen de personas, preminentemente de aspecto indostano, que se mueven hablando por móvil en pequeñas áreas del paseo central sobre todo.

En tres cuartos de hora han recorrido la Rambla del Raval cinco ambulancias, ninguna de ellas llevando a cabo un servicio de urgencia. En la continuación de la Rambla del Raval hacia el este, en la avenida de las Drassanes, se encuentra un centro médico público, el ambulatorio de Perecamps, que suele hervir de actividad.

14.13. Una furgoneta de Lavínia TV, canal televisivo privado, penetra en el paseo central desde la calzada sur a la altura de Sant Rafael, desciende hacia el este, se detiene junto a la furgoneta de BTV, recoge a tres supuestos periodistas y ambas furgonetas emprenden juntas la marcha por el paseo central hasta el satélite este, donde se reintegran a la calzada. A lo largo del año 2007 y en lo que se lleva del 2008, se constata que los únicos vehículos con carta blanca para violar los espacios destinados a viandantes y para ocupar la gran acera central de la Rambla son los policiales y los de periodistas. Un caso aparte es el de las furgonetas de BCNeta! –quedando excluidos los camiones medianos y grandes–: incluso aquí sus conductores, los barrenderos, son en general mucho más

discretos, ya que aparcan o bien en los satélites este y oeste, o bien en los bordes comprendidos entre los parterres y las respectivas calzadas norte y sur –es decir, en las vías laterales para viandantes del paseo central–; sólo con el anochecer profundo es usual ver a dichas furgonetas en el rectángulo, disuadiendo con sus mangueras a los transeúntes de permanecer en los bancos.

14.25. Un hombre maduro transporta a una mujer mayor en silla de ruedas. Ella le dice “No, por aquí, por aquí”, y él gira desde el rectángulo hacia Sant Rafael norte. Sant Rafael enlaza por el norte con Nou de Sadurní y Robador, donde se encuentra la sede central de la Associació de Treballadors Pakistanesos de Catalunya, en los extremos respectivos de cuyo rótulo se reproducen las banderas pakistaní y catalana; por el sur, tras el cambio de nombre a Sant Pacià a partir de la siguiente travesía –Riereta–, enlaza con la plaza de Folch i Torres y la ronda de Sant Pau a través de las calles Riereta, Carretes y Reina Amàlia (donde uno vive). De las calles que cruzan la Rambla del Raval, Sant Rafael es la más transitada, si se prescinde de las calles Hospital y Sant Pau, las cuales señalan los extremos de la Rambla del Raval.

14.28. Hay 21 personas sentadas en los bancos y unos 75 peatones en toda la Rambla del Raval.

14.31. Una chica con algo que parece un bocadillo y una lata de cerveza se sienta en el bloque 3A, asiento nº 5, para comer. El hombre que llevaba a la mujer mayor en silla de ruedas rehace su camino de nuevo por donde venía antes, ahora hacia el este.

14.37. Una mujer mayor avanza haciendo *footing*. Una joven se sienta en el bloque 3A, asiento nº 3, saca de su bolso el periódico gratuito *Què* y empieza a leerlo mientras come una galleta. La otra chica no come un bocadillo, sino directamente un trozo de tortilla de patatas envuelto en papel de plata, con las manos, sin pan.

Los curas católicos que 30 años atrás poblaban las calles de la ciudad han sido parcialmente sustituidos en barrios semejantes, en lo concerniente a su presencia pública, por oradores islámicos vestidos con largas

túnicas. Con todo, el Concordato establecido con el Vaticano por el estado español bajo el fascismo sigue estando vigente.

14.42. Cerca del parterre situado entre las series de bancos 1 y 3, un hombre de aspecto indostano y un hombre negro hablan, de hecho ya llevan media hora de conversación. Ahora mismo ambos miran sus móviles, visten como trabajadores, igual que el resto de habitantes de la Rambla del Raval.

Seis palomas irrumpen repentinamente a la altura central del rectángulo, se arremolinan y pillan algo que se llevan a sus picos. El indostano y el africano descienden por la Rambla del Raval. Las terrazas permanecen vacías: dos hombres maduros, uno con la cabeza cubierta por una capucha, hablan en la de La Fragua.

14.47. Un hombre maduro con el cabello muy negro, de aspecto indostano, vestido precariamente y con una bolsa de plástico en su mano izquierda, hace el gesto de fumar con la mano y el brazo derechos, pidiendo un cigarro al trabajador de la obra sentado en el bloque 3B. El trabajador fuma, y le responde que no con la cabeza, moviéndola hacia sus extremos un par de veces. El hombre indostano prosigue su camino hacia el este fríamente, sin aspavientos.

14.48. Un joven *skater* enfila el rectángulo hacia el oeste. Los sonidos del monopatín advierten siempre de la presencia de *skaters*, nunca demasiado veloces, pero regularmente esbozando sus recorridos sin pausa alguna.

14.51. En la calle Sant Rafael, cuatro trabajadores, autóctonos y suramericanos, están sentados justo al lado de la entrada del restaurante Casa Leopoldo, hablan con apacibilidad en castellano. Uno de ellos se detiene a observar la carta de precios colgada en la entrada. A pocos metros, un hombre de aspecto indostano penetra por la puerta trasera de la mezquita del Tabliq, que hasta hace dos días permanecía clausurada. Cuatro días más tarde, el domingo 27 de enero, ningún organismo policial ha encontrado todavía los supuestos 100 kilos de explosivos con que los detenidos en la operación antiterrorista de la semana pasada de-

bían atentar en el metro, en unos grandes almacenes y en una mezquita próxima –en la confluencia de la calle Erasme de Janer y la plaza del Pedró, a 150 metros del extremo oeste de la Rambla del Raval–, perteneciente a la asociación islamista Camí per la Pau, en lo que las autoridades policiales y sus gobernantes políticos presentan impudicamente como lo que sería una muestra de competencia clientelar.

Lunes, 28 de enero del 2008

La edición de *El Punt* (28-I-2008, p. 2) contiene una página entera dirigida a exaltar las bondades de la erección de la Illa del Raval. El titular –“L’últim bocí del Raval convertit en ciutat”– enaltece la “integración” definitiva del último solar que quedaba tras la destrucción masiva que condujo al nacimiento de la Rambla del Raval: 7.432 m<sup>2</sup> de espacios públicos –además del terreno edificado–, de los cuales 2.757 m<sup>2</sup> pertenecen a las nuevas calles. El arquitecto del hotel, Pere Puig, ha denominado al edificio como “*Re: view BCN*” a modo de simbolización de la transformación del barrio. A lo alto, una terraza con 360° de vistas sobre la ciudad actuará como punto de atracción. Ya sólo queda la calle Robador por “reactivar”. Ahora bien, si lo que había antes no era “ciudad”, ¿qué es lo que encierra esa calle?

15.55. Diez personas consumen en las cinco terrazas desplegadas –todas ellas en el sector oeste–. En los bancos, 24 personas; en el conjunto de la Rambla del Raval, más de 100 paseantes. Obras de transformación en el antiguo local de Frutas Amor, en el nº 51, y también enfrente en el edificio del nº 20, junto al Top Döner. Ruido molesto procedente de las obras del nuevo hotel y del edificio de oficinas, contempladas por un hombre mayor. La verja metálica obstaculiza el libre acceso de los transeúntes: es en situaciones como esa cuando resulta plausible recorrer a la distinción conceptual entre las nociones de filtraje y transparencia. Por una parte la valla metálica que segrega el espacio no obstaculiza del todo a la visibilización de la zona en obras, obviamente cerrada a los pa-

seantes. Estos pueden acercarse a la reja y mirar a través de ella, incluso fotografiar el espacio que hay tras ella, como sucede en algunos casos. Ahora bien, aquí el filtraje no comporta las transformaciones, la modificación de la experiencia sensible del transeúnte al atravesar terrenos con cualidades sensibles diferentes, sino que distingue a las personas entre los trabajadores autorizados a traspasar la valla y el conjunto de peatones a quienes se prohíbe su acceso al interior. La modificación del terreno viene dada por la distinción entre la superficie de la acera y la que rodea al hotel y las oficinas, una superficie en proceso de urbanización y por lo tanto no definitiva; además, es cierto que aunque la iluminación nocturna de la Rambla del Raval se configura como un espacio homogéneo, el edificio hotelero permanece iluminado en su seno por las noches. Sin embargo, en la medida que una barrera separa el libre espacio de tráfico de viandantes y el del sector en que se efectúan las obras, la propia verja imposibilita realizar la experiencia sensible –pisarla, tocarla, detenersa en ella (en cambio, sí verla y oírla)– de la zona a la que se impide el paso (Chelkoff/Thibaud, 1993: 12).

16.09. Dos cotorras argentinas verdes atraviesan a baja altura el paseo central hacia las palmeras del oeste, emitiendo agudos sonidos; al mismo tiempo, una paloma sale disparada hacia el este.

16.10. Otra cotorra verde se aposenta en la rama de un árbol, ante la serie de bancos 4.

16.11. Tres mujeres de aspecto centroamericano –pieles negras–, castellanoparlantes, una de las cuales con un cochecito en que carga cuatro bolsas y una niña pequeña, se detienen en el rectángulo central a la altura del hotel, de cuyas obras sale un hombre de unos 30 años –negro, de aspecto centroamericano–, en apariencia novio de una de ellas. Al cabo de tres minutos (16.14) se añade al grupo otro trabajador semejante, que los abandona a las 16.18, tras ser reiteradamente observado, junto a sus acompañantes, por tres trabajadores situados cerca de ellos, en el borde norte de la Rambla, implicados en las operaciones de carga y descarga que efectúa la poderosa grúa, cuya altura llega a los 12 pisos.

16.19. La mujer con cochecito con bolsas y niña y otra mujer se encaminan hacia el este. Los supuestos novios caminan hacia Sant Rafael hasta la entrada de la obra, donde se despiden.

16.20. Una gran bandada de palomas sobrevuela la Rambla del Raval a baja altura, de este a oeste.

16.23. En el bloque de bancos 4B, dos hombres –uno, de aspecto magrebí; el otro, moreno, de aspecto indostano–, miran: ocupan los asientos 1 y 3. En el bloque de bancos 4A, una mujer magrebí mayor, la cual lleva sentada unos diez minutos, recibe a otra mujer de sus mismas características, con gafas. Visten largas túnicas, el cabello cubierto por un pañuelo, hablan.

16.24. Ambas mujeres, hablando, se van hacia el este. Alguna escuela permite a sus alumnos irse: unos 20 chiquillos atraviesan en grupos la Rambla del Raval.

16.28. Las palomas –22– asaltan el sector central en su vertiente norte: alguien ha esparcido una cantidad notable de pedacitos de pan seco. Un perro pastor alemán acude al lugar y se lleva el pedazo más grande. Un matrimonio angloparlante, turistas seguramente, con dos hijos adolescentes –chica y chico– se dirige hacia el este.

16.30. Dos hombres maduros de aspecto indostano se sientan en el bloque 4A. Simultáneamente, una pareja mayor de turistas de aspecto anglosajón –él, con un sombrero con alas parecido a los usados en los años cincuenta– se detiene alrededor de 25 segundos ante las obras del hotel y las oficinas, que contemplan ensimismados. Ciclistas, patinadores, parejas de todo tipo, hombres y mujeres solos... El tráfico de transeúntes no es intenso, si bien es continuo. Un *skater* acompaña a una ciclista, hacia el oeste.

16.33. Hasta ahora han pasado por la calzada norte dos coches-patrulla y dos furgonetas de los mossos, y dos coches-patrulla de la guardia urbana, el último con las luces encendidas y la sirena activada, a relativamente baja velocidad, hacia la calle del Carme, en el extremo oeste visual.

16.35. La pareja de turistas con el hombre con sombrero desciende ahora hacia el este por la vertiente sur del paseo central, contemplando

de nuevo las obras de la Illa del Raval. Un chico y una chica con sendas bicicletas se detienen, desde el este, casi a la altura de Sant Rafael. Bajan de sus aparatos y pisando el parterre de césped instalan las bicicletas en el estacionamiento situado allí mismo, en el borde sur. La pareja de hombres maduros de aspecto indostano sentados en el bloque 4A prosigue su conversación.

Es habitual en la Rambla del Raval la presencia de aparentemente padres –hombres– con sus aparentemente hijas e hijos pequeños con los cochecillos respectivos: andando o en los bancos, con frecuencia jugueteando.

16.39. Una segunda gran bandada de palomas, a baja altura, sobrevuela la Rambla del Raval de este a oeste. Sólo cuatro palomas revolotean entre los trozos de pan mencionados.

16.41. Un hombre maduro de aspecto indostano con un globo amarillo y un cochecillo persigue a su quizás pequeña hija, vestida de rosa y con un gorrito igualmente rosa, la cual se dirige hacia los pedacitos de pan. El padre da media vuelta, la pequeña supera el espacio donde se encuentra el pan, se gira y vuelve con rapidez a los brazos del hombre, que la eleva con el brazo derecho mientras conduce el cochecillo con el izquierdo, siendo ahora la niña quien sujeta el globo. Otro hombre de aspecto indostano –mayor, tremendamente afeminado en su gestualidad, si eso significa algo– saluda expresiva y sonrientemente a los dos hombres que hablan sin cesar en el bloque 4A, y que le responden amablemente. Unos metros más abajo, tres hombres y una mujer de aspecto magrebí, sin ninguna vestimenta “tradicional”, hablan, bromean, uno de ellos grita un poco, ríen.

16.46. Una adolescente enciende un cigarro mientras camina. Por la calzada norte pasa un coche-patrulla de los mossos. Madres, padres, abuelos, hijos, nietos, tíos, hermanos, sobrinos, cuñados, primos, todos atraviesan la Rambla del Raval, sólo faltan los que aún no han nacido y los muertos. En el capítulo “Apócrifo” de la tercera temporada de la sensacional, extraordinaria, portentosa serie televisiva *Expediente X (X-Files)*, Dana Scully le dice a su compañero Fox Mulder: “*Los muertos hablan*

*desde más allá de la tumba. Eso es la consciencia. [...] Creo que los muertos nos hablan Mulder. Nos piden justicia. Quizás enterramos vivos a los muertos.*” De hecho, el subsuelo del Raval rebosa de muertos por todas partes: cada nueva construcción desentierra restos humanos, cadáveres que sólo una perspectiva literal relacionaría con el pasado: los muertos son siempre contemporáneos de los vivos. En su inicio, las excavaciones de la Illa del Raval dieron con restos de la edad de Bronce, según los arqueólogos (Aisa/Vidal, 2006: 13). Las obras del hotel elíptico no se detuvieron, las de la Filmoteca –emplazadas a pocos metros–, sí.

16.49. Un hombre mayor baja hacia el este por el borde sur pedaleando una bicicleta amarilla fosforescente. Grita muchísimo, no se entiende qué vocifera. Atraviesa la calzada hacia Sant Martí hasta la acera para girar repentinamente por la acera sur de la Rambla del Raval en dirección este. Cuidar la propia imagen o hacer un pobre papel, exhibir coherencia o fracasar en el empeño, depender de las dependencias en los espacios públicos o trascender la representación hasta el punto de afirmarla más que nunca. Es sólo un grito más, perdido como las voces durante la proyección de una película –por ejemplo, *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982)–, o igual que las olas lanzadas vertiginosamente contra las rocas una vez y otra, y otra, y una vez más:

[Roy toma una paloma. Salta prodigiosamente. Observa el sufrimiento de Deckard, a punto de caer al vacío.]

**Roy:** Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo.

[Deckard cae. Roy logra sujetarlo en el último momento. Le alza en vilo y le deja sobre la azotea.]

**Roy:** Yo he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto Rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir...

[Roy muere. La paloma sale volando hacia el cielo. Aparece Gaff.] [...]

**Gaff:** Ha hecho un buen trabajo, señor. Supongo que ya está acabado.

**Deckard:** He acabado.

**Gaff:** Lástima que ella no pueda vivir. Pero, ¿quién vive?

“*Lo extraño y lo extravagante tienen por estatus la preservación del santuario*” (Labov, 1978: 288, en Joseph, 1999a [1998]: 47): se da ahí teatralidad respetada –hombre gritando–, confirmación y refuerzo del paréntesis ritual –que en las calles nunca se sabe cuándo tendrá lugar, sólo se sabe que, efectivamente, sucederá–.

16.51. De modo súbito, un hombre maduro al volante de una furgoneta de la limpieza municipal ocupa el paseo central hasta reintegrarse a la calzada a la altura del satélite oeste. ¡Qué despliegue visible de intenciones! –como diría Goffman–. Del último grupillo referido, el compuesto por tres hombres y una mujer, uno de los hombres ya no está; el resto se adentran en Sant Rafael.

Aproximadamente 30 palomas continúan alimentándose del pan ya conocido. Las palomas comen con fruición hasta que llega una gaviota: las palomas revolotean excitadas, se alejan, la gaviota mordisquea pan ante 15 palomas, las otras 15 han volado. Entre los trozos de pan hay unos restos envueltos en una bolsita de plástico. Ocho palomas resistentes permanecen en la cercanía inmediata. Banquete de pan para la gaviota. Un hombre de aspecto indostano con el brazo derecho escayolado, calzado con sandalias –como muchos de los hombres de aspecto indostano–, coge la bolsa y la vacía en el suelo. La gaviota se va, las ocho palomas se acercan de nuevo, dos niños corriendo las ahuyentan, las ocho palomas retornan otra vez.

16.59. Aparece una cotorra en la zona del pan y donde están las ocho palomas, picotea un pedazo de la periferia y se lo lleva a una rama del árbol más cercano.

17.00. El grupo de dos hombres y una mujer que se habían adentrado en Sant Rafael vuelven a la Rambla del Raval, se encuentran con un hombre de aspecto indescriptible con la cara quemada que ríe, y, con

él, se adentran en Sant Martí. Uno de los hombres coge a la mujer de una mano.

17.03. Desde el bar La Cadena –con un solo cliente, mayor, igual que el hombre que lo regenta–, en la acera norte, se ve llegar y detenerse a una limousina blanca, inacabable, que aparca ante el satélite este. Tras tres minutos el automóvil arranca, rodea el satélite y se pierde hacia Sant Oleguer y la avenida de las Drassanes. La Rambla del Raval se constituye como espacio “*del movimiento, la congregación, la dispersión y el paso*” (Joseph, 1999a: 48), universo ordinario en que los transeúntes cambian de posiciones quizás para aprender, para pensarse, para estar en el mundo de otros modos...

Martes, 29 de enero del 2008

20.54. Pocos transeúntes, poca gente en los bancos, frío. En el bloque de bancos 2A tres mujeres y un ser cuya apariencia sexual resulta ambigua, todas de elevada edad, hablan. Están sentadas más juntas de lo que los respaldos les permiten, con tres perros ante ellas, pegaditos, como para darse calor. Hablan animadamente.

20.56. En el bloque 4B, una mujer mayor sola –unos 70 años– mira a su alrededor mientras sujeta con fuerza su bolso. La mujer, trabajadora, va muy maquillada y arreglada.

21.03. Visca Xauxa aparece por fin, por una vez, con las puertas abiertas. En su interior gente de mediana edad, gente mayor y algún crío. Un gran rótulo con el texto “*SOCIETAT CORAL XAUXA/FUNDADA EN 1922/SALUDA AL VEÏNAT*” da la bienvenida a sus miembros.

21.06. En el Tah Mahal, en el extremo sureste, un solo cliente mayor de aspecto indostano, sentado en una mesa, bebe una cerveza. Dos adolescentes angloparlantes, turistas alojados probablemente en el albergue cercano de Sant Pau, piden *shawarmas* a los dos camareros. Los precios no son bajos: dos *shawarmas* y una caña de cerveza, 9,30 €. El basurero cuya furgoneta se encuentra estacionada en el borde sur, hacia el centro

de la Rambla del Raval, pide desde el exterior del local un *shawarma* para llevar.

21.16. Unos metros más abajo, al este, en el Andalos, otro par de adolescentes turistas, un par de jóvenes de aspecto magrebí, una madre de apariencia autóctona con quien podría ser su hija, de pocos años: la gente del barrio en definitiva.

Una visión etológica del Raval podría acudir a ese excelente documental divulgativo sobre insectos en que se constituye *Saltamontes y hormigas* (Álvaro Mendoza, 2006), para citarlo: “*Prácticas enrevesadas crean relaciones imposibles, incluso ecosistemas dentro de ecosistemas [...]. Pulgas, hormigas, orugas: mezclas difíciles, balances inestables...*”

Miércoles, 30 de enero del 2008

23.18. Ninguna persona en las terrazas; 11 en los bancos; 38 transeúntes en la Rambla del Raval, cuatro de ellos ciclistas. Siete jóvenes del barrio juegan a fútbol haciendo un rondo a un solo toque de balón –¡la influencia de Cruyff es alargada!– ante la serie de bancos 5. Los pocos paseantes que hay se apartan un poco al llegar al área de entrenamiento nocturno. No hay ningún tipo de situación conflictiva: son siete adolescentes que juegan en la calle.

23.20. Desde el oeste, por la acera central del rectángulo, llegan dos motoristas de la guardia urbana; se detienen y obligan a los muchachos a abandonar el juego. Una Rambla de cemento vacía, una superficie de centenares de metros cuadrados de piedra, no resulta adecuada para que se juegue en ella en un barrio que carece de parques y de zonas de juegos infantiles. He ahí la ira silenciosa, el totalitarismo microsociológico cotidiano que la Administración pública ejerce sobre los vecinos viandantes. He ahí la persistencia sostenida de un marcaje del espacio por parte de los cuerpos policiales en lo concerniente a conductas que, en sí mismas, no son problemáticas ni para el vecindario –los chavales no emiten ruidos molestos–, ni para los transeúntes –que efectúan sin más un pe-

queño desplazamiento en relación con la pequeña área de juego–. La continua presencia policial impide que determinados sectores de transeúntes lleven a cabo contraapropiaciones estables el espacio: o bien se produce una deserción forzosa del espacio ocupado –sean los bancos, sean ciertas zonas del rectángulo central–, o bien se produce un cese de la actividad en curso –jugar con la pelota, o comer un bocadillo en franjas horarias nocturnas (ya que, durante el mediodía, en la zona horaria del almuerzo, los transeúntes que comen un bocadillo en los bancos no son amonestados por la guardia urbana)–. En el caso de los vecinos y transeúntes habituales de la Rambla del Raval, ya existe una memoria previa de los usos que la Administración impone sobre el espacio; no sucede así para los turistas o los visitantes de otros barrios, que desconocen el tipo de marcajes y prohibiciones que se efectúan en él (Augoyard, 1979: 97).

23.25. Cinco de los chicos se sientan, pues, en el bloque 5B; otros dos se ponen a pelotear de nuevo enfrente, después de la marcha de los guardias.

23.26. La mujer que ayer por la tarde se introdujo la calle Sant Martí de la mano de un hombre anda ahora hacia el este hablando con un hombre mayor de aspecto indostano, muy precariamente vestido. Los siete muchachos que intentaban jugar, de orígenes y colores de piel distintos, todos ellos compañeros de un barrio humilde, hablando en castellano con palabras en catalán, no los encontraremos nunca en la plaza Artós. La realidad, esa realidad tozuda que durante los últimos 30 años no se ha podido borrar, se impone a través de resquicios de vida velados al multiculturalismo burgués. Si el sondeo de las opiniones de los transeúntes en cuanto a sus necesidades tendría que evitar “errores” en todo el proceso de planificación de espacios como la Rambla del Raval –empaparse de las utilidades que los viandantes llevan a cabo sobre el espacio (Cosnier, 2001: 28)–, aquí la Rambla del Raval aparece no sólo como algo dado, sino como algo fijado a través del control policial. Sea como sea, el grado de impredecibilidad sobre la clase de usos que se

efectuarán de aquí a cinco o diez años es elevado, más allá de la práctica colectiva de pasear en él, de sentarse o de intentar jugar con una pelota durante unos minutos.

23.33. Chicos fuman hachís, uno come un *shawarma*. Hay pocos viandantes, muy pocos. De vez en cuando pasa un coche. Los bancos están vacíos, excepto por cuatro personas sentadas en las series 1 y 6, en los extremos. El chico que come pelotea, hasta que la pelota sale disparada hacia el borde sur, cerca de donde pasan dos adolescentes foráneas, de algún lugar de la Europa occidental. Uno de ellos les pide que le devuelvan la pelota, que la chuten. Una de ellas responde “*Hace tiempo que no cojo una pelota*”, o algo parecido, replicado por uno de los mozalbetes con un “*¿Tienes papel? ¿Para apuntarme tu número!*”, entre risas. Tanta apacibilidad de miércoles por la noche, de día de cada día, sólo puede ser negada por quienes no entienden nada ni quieren entender nada. Esa, y no otra, es la fuente de la ira.

Sábado, 2 de febrero del 2008

10.58. Día gris. Poquísima gente en el paseo central; dos hombres maduros de aspecto indostano sentados en el bloque 6A, y una pareja —él, negro africano; ella, blanca magrebí (una joven gorda o embarazada que se cubre la cara con las manos en gesto de inquietud, rozando la desesperación)— en el bloque 1A. A copia de múltiples repeticiones, el corazón se va enfriando paulatinamente ante imágenes parecidas, pese a que en el observador siempre le quede un rastro, por minúsculo que sea, de desasosiego. Los ritmos de paso de los paseantes no son muy veloces, aun así, lo que en ellos hubiera de rapidez seguramente tendría más que ver con el frío que con otra cosa. Por las calzadas andan más transeúntes que por el paseo central, especialmente por la sur.

11.11. Ante un bar, tres adolescentes crecidos de aspecto árabe pelotean. Al pasar cerca de ellos, uno silba un par de veces y con la boca, bajito, vocaliza interrogativamente como diciendo “*¿Costo?*”.

11.13. Ante el satélite oeste, en la confluencia de la Rambla del Raval y la calle Hospital, hay estacionada una furgoneta de la guardia urbana cuyos tres agentes se encuentran en la calzada. Se trata de un dispositivo móvil de control, ya que sucesivamente obligan a detenerse a los vehículos conducidos por hombres de aspecto magrebí. Revisan la documentación de los ocupantes y el interior de los automóviles. A día 2 de febrero, todavía no se han encontrado los supuestos 100 kilos de explosivos que la docena de encarcelados en enero habrían utilizado, según políticos, policías y juez, para atentar en Barcelona.

11.15. Dos hombres mayores correctamente vestidos, uno de ellos en una silla de ruedas motorizada, ascienden con parsimonia hacia el oeste, mirando a su alrededor.

11.20. Los dos hombres mayores correctamente vestidos, uno de ellos en una silla de ruedas motorizada, descienden desde el oeste de la Rambla del Raval. Se acercan y se presentan ante uno mismo en una acción plenamente proselitista. Se trata de testigos de Jehová. A lo largo de la conversación los testigos de Jehová exhiben sus folletos en catalán, castellano, árabe y urdu. Aseguran que los diálogos que mantienen con los seguidores de otras confesiones suelen producirse con mucho respeto mutuo y en un clima de amabilidad. Para ellos, la Rambla del Raval supone una mejora para el barrio —“*Sap vostè com era això abans?*”—. Ambos parecen ser habitualmente castellanoparlantes, se le dirigen a uno en catalán. Sostienen que se aproxima la instauración en el planeta del gobierno de Dios.

12.02. La guardia urbana abandona el control. No hay detenidos.

12.13. Durante unos segundos, coinciden en el extremo oeste una gaviota, dos docenas de palomas y tres o cuatro cotorras argentinas verdes —los más chillones animales de la Rambla del Raval—.

12.16. Una cotorra sujeta con su pico una larga rama. Nunca había visto semejante imagen, ni en documentales televisivos: la rama es muy grande. Volando a media altura desde el este, acude a una de las palmeras del suroeste del rectángulo, donde parece que confige un nido.

12.17. Dos trabajadores autóctonos con sendos carros –cinco bombonas por carro, llenas, si se atiende al volumen de sus resoplidos y al paso no muy veloz con que las llevan– suben por la vertiente sur del rectángulo hacia el suroeste.

12.20. En el banco 2B se ha sentado a lo largo de los últimos 15 minutos un grupo compuesto por cuatro hombres maduros, de pelo corto. Tres hablan en italiano, el cuarto podría ser sordo, ya que emite unos extraños sonidos, indescifrables. Su aspecto es el de los habitantes miserables de las calles. Uno de ellos resuelve, en castellano: “*Vamos a la plaza MACBA.*” Cruzan la calzada norte, sobre Sant Rafael, por el paso de peatones. Un coche se detiene para cederles el paso. A continuación ascienden por la acera hacia el oeste. Las terrazas de La Reina del Raval, la Bella Toscana, La Fragua y el Boníssim, como casi siempre, son las primeras en deplegarse.

En las obras del hotel hay trabajadores en acción. Uno pensaba que es ilegal que esto suceda en sábado, no obstante también lo es empezar a trabajar en una obra a las 7 de la mañana y uno, como vecino del barrio, lo ha soportado día tras día durante un montón de años ante su casa. ¡Qué tomadura de pelo, la pasividad de las autoridades municipales del Distrito!

12.27. Dos niños y niñas del barrio, pequeños catalanes araboparlantes, enlazan sus manos formando un círculo, dándose la espalda recíprocamente; con tal dispositivo corporal, ejemplificación suculenta del adiestramiento en las técnicas corporales –Mauss (1991 [1936])– que caracteriza a los humanos, atraviesan el paseo central desde el extremo oeste hasta la altura central del rectángulo. Allí, encuentran sobre un parterre una muñeca polvorienta, frente al hotel. La recogen y, golpe tras golpe, la lanzan contra el suelo, sobre lo que queda de césped. Seguidamente empiezan a merodear alrededor de una palmera. Sólo ellos saben qué caramba sucede en la cercanía de la palmera.

12.29. No se dan cita más de un centenar de viandantes en toda la Rambla del Raval. La tipologización de paseantes es completamente or-

dinaria, regular, igual que la frecuencia de paso de vehículos policiales y de la limpieza. Como suele ocurrir en los días de fiesta, se percibe una presencia de infantes mayor que en los días laborables, excepto en las horas de salida de las escuelas, si bien la ocupación temporal en las jornadas de fiesta implica estacionamientos en el espacio, mientras que normalmente, a las entradas y salidas de las escuelas los tránsitos se producen más bien en calidad de recorridos de cruce de la Rambla del Raval: ir de un lugar a otro a través de... Hay pequeños con y sin patines, con y sin bicicletas, con o sin padres o madres o figuras paralelas o semejantes. Desde el oeste llega un hombre de apariencia filipina con sus quizás tres hijitas, todas ellas equipadas con patines. La mayor es quien muestra más dificultades para mantenerse en pie, y avanza con lentitud de la mano del hombre.

En los 6.000 m<sup>2</sup> del rectángulo no existe ni un minúsculo espacio acondicionado como lugar de juegos infantiles. Esta ausencia, generalizada históricamente en el barrio, ha sido motivo regular de quejas vecinales. La Rambla del Raval ha devenido una rambla paralela a La Rambla: si la segunda ha sido un punto de utilización cada vez más insoportablemente masivo por parte de turistas, con la primera se trataba de atraer a los residentes del barrio, los que más vale que no agiten a la visión de Barcelona como aparador de armonía y desconflictivizado consumo. Así, la Barcelona miserabilizada abandonaría en mayor o menor proporción La Rambla, convertida ya en pasarela para turistas. A su vez, el uso inicial que se dio a la Rambla del Raval como espacio para concentraciones multitudinarias –por una parte céntrico, por la otra parte más o menos marginal respecto a la Barcelona monumental y centralmente turistizada– explica su vaciedad, es decir, su alta concentración de puro asfalto y cemento. Incluso en situaciones excepcionales de “crisis”, el paseo central puede ser utilizado en calidad de amplia vía para circulación de vehículos policiales a la hora de ejercitar un control severo del espacio.

13.04. Hay una docena de personas sentadas en los bancos –la mitad de los ocupantes presentan una apariencia de indigentes–, hombres y

mujeres mayores. Una pareja de hombres indostanos y sobre todo hombres y mujeres en solitario...

En torno a la visibilización de las mujeres en la Rambla del Raval, Aparici muy someramente (2001: 4 y 5), y no tanto Ortiz (2004: 101-104), han remarcado una ausencia superior de mujeres y una preponderancia de la presencia masculina. De entrada, podría sorprender en cuanto a generalizaciones como las que efectúa Coutras (1996) –mencionadas y asumidas para la Rambla del Raval por Ortiz (2004: 92)–, que, por lo detectado por uno mismo, en la Rambla del Raval es hasta cierto punto habitual encontrar a lo que deben ser padres –hombres– paseando con lo que deben ser sus hijos, y a parejas de padre y madre, autóctonos y foráneos, con sus mocosos. La observación de Ortiz (*Ibidem*: 93) abraza cuatro días de junio del 2002, además de las entrevistas realizadas. La autora no concreta ni las fechas ni las franjas horarias exactas de la observación –“*matins i tardes*”– y sin embargo afirma la escasa presencia de niños y niñas en la Rambla –y si estuvieran en la escuela?–. Según las entrevistas que Ortiz lleva a cabo a transeúntes autóctonos, la Rambla del Raval no es buen lugar de encuentro y descanso, sino de paso y circulación, puesto que en los bancos no hay espacio para sentarse y los inmigrados los ocupan todos; y es inadecuada para que jueguen los menores, dado que las calzadas norte y sur son contiguas al rectángulo. Por lo que concierne a los foráneos –Ortiz los distingue como autóctonos de fuera del barrio en relación con los inmigrados extranjeros que residen en él–, afirman su preocupación por el uso que realiza la población inmigrada (:), por la falta de áreas de juegos infantiles, y porque se trata de un espacio concebido para albergar concentraciones multitudinarias de diversa clase, cosa que corrobora el propio arquitecto de la Rambla del Raval –Jaume Artigues–, en entrevista concedida a Anna Ortiz i Guitart el 7 de mayo del 2002 (*Ibidem*: 103). En cuanto a los vecinos inmigrados, Ortiz señala, a raíz de una entrevista formal y de otra informal a dos hombres pakistaníes, que ese espacio les supone una oportunidad de salir de sus viviendas, en pésimas condiciones, y que se

trata de “*un lloc social per a la gent, per contactar i parlar amb qui hi ve*” (*Ibidem*: 103). Aquí reside, pues, uno de los aspectos centrales situados fuera de la superficie de la Rambla del Raval: la insalubridad de las viviendas, la falta de espacio y la generalización en sectores relevantes de población inmigrada extraeuropea del alquiler de camas por turnos de horas –las llamadas “camas calientes”–. Para muchos de esos hombres – y en este caso resultaría fundamental conocer con exactitud el porcentaje de hombres y mujeres pakistaníes residentes, previsiblemente muy superior para los primeros– la Rambla del Raval significa un lugar donde estar, donde dejar pasar el tiempo de espera. Una mujer pakistaní sostiene que tiene demasiado trabajo para poder ir allí, y que si va los bancos del paseo los encuentra siempre ocupados por hombres (*Ibidem*: 104). Ortiz concluye (*Ibidem*: 104 y 105) que la presencia masiva de hombres paquistaníes y marroquíes cohibe su uso por parte de mujeres paquistaníes y marroquíes y del conjunto del vecindario del barrio (nuestra observación cotidiana durante un largo período no lo ha constatado en estos términos), que faltarían unas cuantas mujeres marroquíes y muchas más paquistaníes para que el flujo de sexos sea idéntico (ahora bien, idéntico sólo en esos dos sectores sociales); que las mujeres básicamente se encuentran en las terrazas (podría preguntarse si es relevante y en torno a qué lo es que sean turistas o ciudadanas de otros barrios de la ciudad más acomodados y de visita) ya que su presencia es escasa si no es para atravesarla (no es ni mucho menos lo que la presente investigación muestra); que con la Rambla del Raval “*s’ha millorat la vida quotidiana de les persones*” –“*èxit*”, sostiene (uno se abstendrá de emitir consideración alguna sobre tal afirmación, probablemente por la diferencia de contenidos que se atribuye a dicho término)–, y que la llegada de inmigrados e inmigradas extracomunitarios sería la causa de la desconfianza y la ansiedad que causan los “otros” (aunque puede sostenerse que se trata justamente de lo contrario: la segregación entre otros y nosotros se aplica justamente a los inmigrados extracomunitarios, que son aquellos con quienes se compete en el mercado de trabajo bajo formas

capitalistas, siendo esta la razón de acudir a su clasificación dominante como “otros” tanto como su constitución en mecanismo social latente para encubrir la verdadera causa de la desconfianza y la ansiedad: la incertidumbre ante una situación estructural, generalizada, de elevada precarización social –por eso Delgado [2007b: 52]) reitera el principio antropológico del juego de las identidades como resultado, y no como causa, siguiendo a Barth–). Sea como sea, en la presente investigación se puede constatar que aparecen mujeres de todas las edades y procedencias a todas horas y en todas partes.

Martes, 5 de febrero del 2008

23.38. Tráfico de viandantes casi nulo en la acera norte y en el paseo central. Grupillos menores, de parejas, tres o cuatro personas, en el exterior de los locales de la acera sur, entre Sant Pau y Sant Bartomeu. Prácticamente no pasan automóviles. El poquísimo tráfico que se desarrolla procede del este en dirección oeste. Ante el Andalos, dos jóvenes de aspecto indostano hablan en inglés con una chica y un chico que parecen turistas. Frente al Atlas, un chico de dirige a uno mismo ofreciéndole algo. Ante el Top Döner, cuatro hombres de aspecto magrebí hablan. Los tres locales están vacíos de clientela. Sólo los locales de copas acogen a alguna gente en su interior, no a demasiada. Diversos grupos de turistas andan por el paseo central –una pareja mayor; un chico y dos chicas (en dirección oeste); dos chicas (en dirección este)–, todos ellos angloparlantes. Tres chicas hablan en el bloque de bancos 1A; cuatro adolescentes de aspecto magrebí hablan en el bloque 6A. En el bloque 3A un hombre mayor de aspecto precario come un bocadillo. En el bloque 5A una chica extiende sus piernas sobre los apoyaderos mientras come un bocadillo, acompañada ante ella de otra chica en silla de ruedas. Hablan en inglés y parecen turistas recién llegadas.

23.45. Tres motoristas de la guardia urbana recorren el paseo central de oeste a este. El último motorista se acerca a un hombre cuyo perro

–atado– está oliendo una palmera en el parterre situado justo encima del bloque 4A, aunque el guardia no le dice nada. Hombre y perro se van hacia la calzada sur, en dirección oeste. Al ver llegar a los motoristas, el hombre del bocadillo del bloque 3A se ha levantado y se ha ido hacia la calzada norte en dirección oeste. Los motoristas pasan por delante de uno mismo, el último se acerca con la moto a un palmo de la libreta mirándola inquisitivamente; seguidamente, mientras los otros guardias urbanos enfilan hacia el este para continuar por la calzada, ahora sí, de Sant Oleguer y la avenida de las Drassanes, el mismo motorista se detiene ante las dos chicas del bloque 5A. Pide la documentación de la chica que comía un bocadillo recostada en el banco. Durante diez minutos le revisa su bolso y la documentación, tiempo suficiente para que los otros motoristas vuelvan con él. Cuando todos se van, la chica ha dejado de comer y de recostar sus piernas sobre el banco. No hay transeúntes.

23.56. Los motoristas vuelven hacia el oeste por el propio paseo central pasando uno tras otro ante uno mismo con una expresión descaradamente chulesca, desafiante. En palabras de Goffman (1995: 215), para quien el rostro puede ser lo más personal de cualquier persona, centro de seguridad y placer: “*Sólo lo recibe en préstamo de la sociedad; le será retirado excepto que se conduzca de forma que se lo merezca. Los atributos que le han merecido aprobación y su relación con el rostro de cada uno hacen de todo ser humano su propio carcelero; se trata de un constreñimiento social básico, incluso si a uno le pueda agradar su celda.*” Por eso las gafas de sol rompen toda reciprocidad de la mirada. Afortunadamente, la Rambla del Raval todavía no ha devenido una plantación de esclavos, al menos no lo parece.

23.59. La chica del bocadillo vuelve a sacar lo que le quedaba de este en el interior de su bolsa y continúa comiendo hasta acabárselo.

00.14. En un cuarto de hora, circulan por la calzada norte tres coches-patrulla de la guardia urbana y dos de los mossos, a una velocidad muy lenta, observando el paseo central de la Rambla del Raval. Excepto

el consumo en el interior de los locales o en las terrazas hasta que que cierran, cualquier tipo de estacionamiento de paseantes en la Rambla del Raval se constituye sistemáticamente en objeto de sospecha policial, casi como si estar sentado en un banco fuera una especie de actividad paradélica. Esa clase de estado de sitio nocturno configura un ambiente hasta cierto punto angustioso. A lo largo de la inmensa mayoría de los períodos nocturnos observados más allá de verano del 2007, no se han detectado situaciones en que los transeúntes establecidos en los bancos públicos de la Rambla del Raval produjeran ruidos molestos para el vecindario. Se recordará, en cambio, que en más de una ocasión se ha remitido a las enojosas explosiones sonoras de los equipos de música de los automóviles.

Miércoles, 6 de febrero del 2008

00.07. No hay más de 40 personas en toda la Rambla del Raval. Los satélites no son atravesados por nadie. El ritmo de los paseantes es lento: una pareja mayor con su quizás nieta avanzan hacia el oeste, igual que un hombre de aspecto indostano, un joven turista y otro hombre, puede que filipino. A la altura de Sant Rafael, cuatro hombres maduros de aspecto indostano hablan, en pie. Hacia el oeste ascienden grupos de edades distintas de turistas franceses y dos jóvenes italianos. Hacia el este descienden tres turistas angloparlantes, una de las chicas lleva en la mano una botella de cava abierta.

00.13. Un grupo familiar quizás nepalí anda hacia el oeste. Un chico con bicicleta se detiene en el bloque 3B, se sienta y empieza a devorar un bocadillo. El camión de recogida de la basura circula por la calzada norte y gira por Sant Rafael.

00.15. Un chico se sienta en el bloque 4B, escucha música con auriculares. De oeste a este pasan, solos, tres chicos –dos de aspecto indostano y otro magrebí–, dos hombres más de aspecto indostano, y otro trío de aspecto indostano. Un chico igualmente de aspecto indostano

ofrece interrogativamente “¿Beer?” al joven del bloque 4B, quien rechaza la oferta. De este a oeste, una mujer madura que parece haber terminado su jornada laboral camina con rapidez; atrás, dos chicos hablan siguiendo la misma dirección, los tres transeúntes deben de ser del barrio.

La gente que habita en el barrio y la que reside en el exterior del barrio es relativamente fácil de distinguir, independientemente de su edad. En el caso de las personas jóvenes se manifiesta más claramente un cierto espíritu festivo, propio de quienes llegan aquí para divertirse. ¿Qué elementos conducen a tal diferenciación? Les delata una forma de conducta difícil de definir que resulta extraña en su rutina a la hora de expresar el apego cognitivo, ordinario, respecto al espacio, en términos de conocimiento y de experiencia vivida cotidianamente por sus residentes. Cualquier clase de práctica puede ser objeto de ritualización inconsciente.

00.20. Un grupo familiar tal vez filipino, con críos, enfila a buen ritmo hacia el este.

00.21. Una pareja indostana con un carro que lleva a un bebé se detiene a media altura del paseo central, la madre recoloca algo en el interior del cochecito y reemprenden la marcha. El chico del bloque 4B se va. El chico del bloque 3B mira. Una chica muy gorda anda despacio hacia el oeste. Las jóvenes sentadas en el bloque 5A continúan hablando. Al lado, en el bloque 5B, se ha sentado un hombre maduro de aspecto indostano.

00.23. Las chicas del bloque 5A ya mencionadas en los últimos minutos de la jornada anterior se van por la vertiente norte del paseo hacia el oeste. La que puede andar lleva una gran mochila sobre su espalda. Un coche-patrulla de los mossos las deja atrás con una gran lentitud.

00.24. Un camión de la basura recorre la calzada sur. Al detenerse unos segundos para vaciar unos contenedores, bloquea el tráfico de una furgoneta, una rouloutte y un taxi. El conductor de la furgoneta toca el claxon con impaciencia. El camión arranca al cabo de 30 segundos y vuelve a detenerse en la esquina con Sant Bartomeu. El conductor de la furgoneta toca otra vez el claxon. Los basureros desarrollan su trabajo

mostrando indiferencia ante la protesta sonora. De repente, la furgoneta, la rouloutte y el taxi invaden la acera de la vertiente sur del paseo central y superan al camión de la basura. Por la calzada norte, simultáneamente, pasa otro coche-patrulla de los mossos.

00.28. Una pareja de unos 35 años pasea con su perro. Las gentes que más elevan el volumen de su voz al hablar son, en conjunto, turistas, sean de donde sean.

00.29. Un motorista de la guardia urbana vuelve a pasar a un palmo de distancia de uno mismo, a continuación llega hasta el final del bloque 6A, donde hace una hora que se encuentran un grupo de chavales. El motorista pasa a su lado, da la vuelta y una vez más se acerca muchísimo hasta uno mismo, para perderse finalmente hacia el oeste. Este tipo de provocadora humillación persistente sobre el transeúnte sosegadamente sentado y en silencio –sin bocadillo ni bebida ni nada más sospechoso que una pequeña libreta–, evidencia el estado de las cosas hoy por hoy en la Rambla del Raval. Uno es sospechoso de nada: una regla común en las sociedades totalitaristas consiste en adoctrinar a sus guardianes en una metódica y obsesiva desconfianza de la nada. Por la calzada norte pasa otro coche-patrulla de los mossos.

La velocidad de todos los vehículos es en general lenta, tanto en las franjas horarias diurnas como en las nocturnas. Sin ser excesiva, las motocicletas presentan una velocidad mediana superior al resto de vehículos. Caso aparte es el de vehículos policiales, ambulancias y bomberos en situaciones concretas de supuesta premura.

Los atardeceres y las noches de los fines de semana presentan una mayor frecuencia del tráfico de automóviles con equipos de música a pleno funcionamiento, y a su vez un aumento de la velocidad de algunos vehículos.

La pareja madura que pasea al perro retorna a la Rambla del Raval desde el este –antes por la vertiente norte del paseo central, ahora por la sur–, el perro husmea en el parterre de césped tras el bloque 4A. La mujer le dice: “*Vine, vine, vine, vine...*” hasta que el perro, efectivamente, va.

00.31. Un chico que parece árabe escupe al suelo. Una furgoneta de la limpieza municipal asciende con rapidez hacia el oeste.

00.32. Otra furgoneta de la limpieza municipal avanza hacia el oeste. Por el paseo central, tres adolescentes –dos chicos y una chica–, también. Un perro desatado baja por la Rambla del Raval; tras él, una mujer madura. El silencio de las noches ordinarias es espectacular. La gente que permanece en la Rambla del Raval, sentada o de pie, no habla alto. Un chico sube hacia el oeste; siguiendo su estela, a unos metros, un hombre de unos 60 años que escupe al suelo. Dos chicas francoparlantes atraviesan la Rambla desde Sant Rafael norte hacia Sant Rafael sur: ríen, gritan. El sonido de un escupitajo o de toser es, con tanto silencio, inmediatamente captado a metros de distancia de su fuente de emisión.

00.43. Cuatro motoristas de la guardia urbana, invadiendo nuevamente el paseo central, llegan desde el satélite este y expulsan a dos hombres con aspecto de indigentes que están sentados del bloque 6B. Las series de bloques 1, 2, 5 y 6 están vacías. Hay un joven de aspecto indostano en el bloque 3A hablando por móvil desde hace un cuarto de hora –y uno mismo en el bloque 4A–.

00.47. Los cuatro motoristas de la guardia urbana invaden de nuevo el paseo central pasando uno tras otro, una vez más, a escasa distancia de uno mismo. Yamamoto Tsunetomo (1991), el maestro samurai japonés de finales del XVI y comienzos del XVII, incidía en que entre la gente que mira el agua con ligereza muchos se han ahogado.

00.49. Una quincena de viandantes transitan por la Rambla del Raval, mientras que una quincena más lo hace por las calzadas norte y sur. Una chica, sola, compra una cerveza al vendedor ambulante. El vendedor ofrece cerveza a dos chicas extranjeras, más guiris que turistas, que la rechazan. La mezcla de habitantes del espacio comprende turistas, guiris y autóctonos del barrio de aquí y de allí, con y sin techo.

00.51. No hay más de 20 personas en toda la Rambla del Raval. El hotel está iluminado en su interior, seguramente para facilitar su vigilancia, o quizás para anunciar su presencia en la noche. Tres chicos de

aspecto árabe bajan riendo, hablando calmos. En los locales nocturnos hay poca gente. Una chica y un chico ascienden hacia el oeste hablando, él dice: “*Y me dice, ‘no’, y le digo...*” Y dice algo y la chica ríe a carcajada suelta. Una furgoneta de la guardia urbana patrulla por la calzada norte. Un hombre maduro que hace dos minutos subía hacia el oeste, ahora desciende hacia el este, igual que una pareja joven –aquí, el chico le dice a la chica: “*El DVD, el microondas, la nevera...*” –. Dos chicas acompañan a un perro por la vertiente norte, una se pregunta: “*¿Y por qué tiene que aparecer mi nombre?*”

00.56. En 80 minutos han pasado por el paseo central de la Rambla del Raval alrededor de 15 ciclistas. Los carriles-bici habilitados en las calzadas norte y sur son, con extrañas excepciones, sistemáticamente ninguneados. En la Rambla del Raval, los dos carriles-bici no son utilizados por los ciclistas. Por la calzada norte circula un coche-patrulla de la guardia urbana. Por dicha calzada pasan la mayoría de taxis, en general sin clientela en su interior. Casi en ningún momento –se podría contar con los dedos de una mano–, a lo largo de los meses de observación realizados, se han visto taxis cargar o descargar clientes –cuando ha sucedido, ha sido casi siempre en verano y ante el hotel Abba–.

Una chica teñida de rubio hablando en castellano con acento suramericano le dice a otra: “*No porque me dé asco ni nada, ¿sabes? Es sólo que no hay química, y... fum. Bueno, nada, y entonces el tío me dice...*” Un chico con la cabeza bajo una capucha come un bocadillo de subida, a pocos metros de ellas. Seguidamente, asciende una pareja, ambos en una sola bicicleta. Después, una pareja joven andando, también en dirección oeste.

00.59. Tres chicas de aspecto centroamericano bajan andando hacia el este.

01.00. Un grupo de unas ocho mujeres y un chico que media hora antes se dirigían hacia el este, caminan ahora hacia el oeste, en silencio. Una de las mujeres dice algo ininteligible en italiano. En los bancos, el hombre indostano del bloque 4A continúa hablando casi compulsiva-

mente, como si estuviera representando un papel y no hubiera nadie con quien verdaderamente dialogara.

01.02. Un par de motos separadas por aproximadamente 20 metros descienden por la calzada sur. Sólo excepcionalmente la superposición de los sonidos en situaciones semejantes resulta molesta. El vendedor de cervezas ambulante aparece y desaparece de la Rambla del Raval. Un hombre y dos mujeres con acento suramericano bajan hacia el sur, chapoteando sobre el cemento con lentitud relajada. Un hombre de aspecto indostano desciende hablando por móvil.

01.06. Vacío. Un coche-patrulla de la guardia urbana desciende por la calzada sur. El indostano del móvil del bloque 3A prosigue el monólogo, en una apabullante –si no aparatosa– exhibición de verbosidad inaudita, incontenible. Un chico coloca la bicicleta en el estacionamiento de la vertiente sur, entre Sant Rafael y Sant Martí. Bajan paseantes que parecen ser del barrio: un chico, dos hombres de aspecto indostano, otro chico...

Sólo las dos franjas laterales discontinuas de parterres con césped y arbolado impiden considerar a la Rambla del Raval en calidad de desierto de cemento, como la plaza del Fòrum. Un taxi sube por la calzada norte. Dos chicos adolescentes, *skaters*, que ya han transitado unas tres veces arriba y abajo por el paseo central se encaminan ahora hacia el oeste, cada uno sujeta una bolsa de papel con comida. Un coche-patrulla de la guardia urbana asciende por la calzada norte, a la altura de Sant Rafael invade el paseo central de la Rambla del Raval y lo cruza hasta el extremo contrario, donde se encuentra uno de los dos vendedores ambulantes de latas de cerveza que permanecen en el espacio –el otro, más al oeste, se escabulle en la oscuridad de la noche–; el chico pretende adentrarse por Sant Rafael sur, pero es interceptado y registrado. Simultáneamente llegan desde el oeste, cuál jinetes del Apocalipsis, los cuatro motoristas de la guardia urbana. Dos parejas caminan hacia el oeste, una madura hablando brasileño, y otra, adolescente, en castellano; a continuación, una pareja de muchachas en bicicleta, en silencio, hacia el este;

y dos chicos y una chica adolescentes de aspecto centroamericano comiendo bocadillos en silencio, hacia el oeste; detrás suyo, una adolescente escuchando por móvil; dos jóvenes indostanos; y dos mozas filipinas. Los cuatro últimos hablan. A continuación, una pareja de estética *squatter*, si es que algo parecido a eso existe, con capucha, avanza hacia el oeste.

01.18. Por la calzada norte circula un coche-patrulla de los mossos, un *skater* por la acera sur, un camión de la basura por la calzada norte. La **guardia urbana persiste en su interrogatorio del vendedor ambulante**. El **indostanés del bloque 3A monologa con un interlocutor quizás sordo, mudo, inexistente...** puede que el destinatario –la ciudad global– de consecuencias impensables desde el exterior.

Así como un hombre no finaliza con las fronteras de su cuerpo o del ámbito al que hace frente inmediatamente con su actividad, sino con la suma de efectos que se extienden espacial y temporalmente a partir de él, así también una ciudad existe ante todo a partir de la globalidad allá de su inmediatez. Éste es su contorno real, en el que se expresa su ser (Simmel, 2001 [1903]: 391).

Viernes, 8 de febrero del 2008

04.03. Toda la superficie de la Rambla del Raval está prácticamente vacía de tráfico humano, con tres excepciones. Un camión de recogida de basura se encuentra en el extremo este de la calzada sur; en la vertiente contraria, dos chicos con aspecto de ser del barrio hablan tranquilamente en la acera norte, en su extremo este, cerca del espacio habilitado para el estacionamiento de bicicletas. Uno de ellos está sentado sobre una moto. Simultáneamente, un coche-patrulla de los mossos procedente de Sant Pau rodea el satélite este. Por las aceras no hay ningún transeúnte de paso ni ninguno otro que permanezca de pie, ni siquiera los habituales vendedores de cerveza, que a estas horas –tratándose de la vigilia de un día laborable– ya han abandonado la Rambla del Raval.

Hace frío, una madrugada más resulta imposible ver a personas durmiendo en algún banco de la Rambla del Raval. Los sucesivos controles policiales que se producen a partir de la noche impedirían que se den esas situaciones de forma regular.

Una luz mortecina, un silencio absoluto, envuelven el paisaje de la Rambla del Raval. Las formas sensitivas de la Rambla del Raval (alta iluminación solar en los períodos primaverales y estivales, y sombra en la mayoría horaria del resto del año en las franjas diurnas; visibilidad perfecta del conjunto del espacio; contexto sonoro determinado básicamente por el tráfico rodado, las obras del hotel y las oficinas, el murmullo de la gente cuando la hay, o de los propios animales –perros, cotorras, palomas, gaviotas excepcionalmente–); sociales (encuentro de personas, espacio de paso, estacionamiento de transeúntes solos, en pareja o en pequeños grupos, aparcamiento de automóviles, motos y bicicletas, o espera del microbús de barrio), y espaciales o paisajísticas (una inmensa rambla de cemento casi desnuda) se *“codeterminan”* (Chelkoff/Thibaud, 1993: 7). Se supone que en el futuro, con la inauguración del hotel y las oficinas y el bautizo de su alrededor como plaza Manuel Vázquez Montalbán, el Ayuntamiento intentará configurar una llamada a la dimensión emocional, cultural y política de que se pretende dotar a la nueva plaza: la interpelación a un escritor nacido en el barrio que devino mediático. Esos esquemas culturales son *“modelos [...], series de símbolos las relaciones de los cuales entre sí modelan las relaciones entre entidades, procesos o cualquier sistema físico, orgánico, social o psicológico al «formar paralelos con ellos», al «imitarlos» o al «simularlos»”* –esta es la categorización clásica de Geertz en torno a los *modelos del/modelos para* la realidad: así como los primeros funcionan para representar procesos ya estructurados como tales, de modo que su estructura se expresará en otro medio, los segundos lo hacen para suministrar fuentes de información en los términos de los cuales se puedan estructurar otros procesos (Geertz, 1990 [1973]: 92).

Lunes, 11 de febrero del 2008

15.57. A diferencia de los comercios de la calzada norte –excepto los bares y restaurantes–, los de la calzada sur están todos abiertos.

16.01. En el bloque 3A, tres hombres de aspecto muy precario beben cerveza y conversan. Uno de ellos le pide a uno mismo un cigarro. Dos de estos hombres, entre 55 y 70 años, duermen en la calle; el tercero vivió en la calle Robador durante muchos años, hasta que no se le renovó su contrato de alquiler. El relato que hace de la expulsión forzosa de la vivienda donde pasó media existencia traspúa rabia: profiere una sarta de insultos hacia distintos dirigentes políticos catalanes, presentes y pasados. No hay mucho que contar: “¡Nos echaron!”. Resentimiento, impotencia, odio. Otro de ellos nació en Asturias y lleva años en Cataluña –habla algunas frases en catalán–: establece una sorprendente distinción entre el anterior presidente de la Generalitat, Maragall –que valora positivamente, con un peculiar reconocimiento–, y el actual, Montilla –al cual se refiere en términos extremadamente ácidos–. No explica por qué. El tercer hombre, el mayor, no abre la boca. Cuentan que si no duermen en la Rambla del Raval en invierno es por el frío que hace, puesto que se trata de un espacio amplio, demasiado expuesto. Para ellos, la próxima inauguración del hotel y las oficinas no modificará los hábitos de las personas que hacen de esta rambla un punto en que estar. Cuando llegue el buen tiempo, dicen, dormirán ante el hotel. Ellos aseguran que les da igual que entonces haya un control policial aun mayor de determinados tipos de transeúntes de la Rambla del Raval: “¿Dónde vamos a dormir? Si a mí me facilitan un lugar donde dormir yo iré, pero si no, ¿cómo nos pueden echar?”. De alguna forma la ley de la calle sufre un encontronazo con la razón de la calle. Hoy mismo, el diario *El Punt* (11-II-2008, p. 48) hacía pública la humillación que debía soportar una paseante en la inmediata calle del Carme –sobre la calle Hospital–: según su propia versión, la joven, estudiante de doctorado, se disponía a cruzarla, pone un pie en la calzada, mira en una dirección, se da cuenta de que los coches avanzan en la dirección contraria hacia donde ella miraba, se gira,

retira el pie de la calzada y vuelve a ponerlo sobre la acera; entonces, de pronto, se detiene ante ella el primero de los automóviles que venían hacia la posición que ocupaba: un coche-patrulla de la guardia urbana. Los guardias le imponen 90 € de multa por cruzar la calle por un lugar prohibido. De hecho, ni la chica cruzó en ningún momento la calzada –la pisó con un solo pie, sin efectuar ni un paso sobre ella–, ni el código de circulación vigente prevé penalizaciones de peatones por cruzar la calle por un lugar inapropiado. Los guardias retuvieron a la chica durante una hora –ella cometió el imperdonable error de decirles que tenía prisa, ya que se dirigía a una biblioteca para estudiar–, bloqueando el tráfico rodado hasta que la caravana provocada les obligó a recolocar el vehículo policial sobre la acera. Múltiples detalles semejantes –una semana atrás, una chica que pedaleaba su bicicleta fue insultada a grito pelado por un guardia urbano por literalmente nada, y la joven rompió a llorar ante el absurdo chaparrón que le caía encima de repente– en algunos de los acercamientos que determinados guardias urbanos mantienen con los transeúntes del Raval reflejan una actitud que podría calificarse de gratuitamente prepotente, insolente y infundamentada tanto en las formas como en los contenidos. Se puede comprender que esa clase de conductas no facilita la resolución de situaciones muy heterogéneas, que por sí mismas no conllevan objetivamente ningún conflicto en lo concerniente a los usos peatonales de los espacios públicos, sino que las complica. Tanto bajo el franquismo como bajo el inacabable postfranquismo, los cuerpos policiales destinan al Raval, en demasiados casos, a una tipología muy concreta de agentes. Todos sabemos cómo funciona esto.

En el caso de la Rambla del Raval no se ha detectado, en el transcurso de la observación mantenida, ni una sola situación relevante de conflicto entre transeúntes y conductores –sólo la del conductor que insultó a una chica porque ella ignoró su prepotente llamada de atención–, ni siquiera entre viandantes y ciclistas. Es necesario tener en cuenta que en la Rambla del Raval desembocan por el sur Sant Bartomeu, Sant Martí, Sant Rafael y Aurora; por el norte Sant Josep Oriol y la propia Sant Rafael; y

que las vías mayores de los extremos este y oeste, Sant Pau y Hospital –y Carme sobre esta–, conducen un tráfico considerable de vehículos. A pesar de todos los espacios de cruce que existen en la Rambla del Raval, la autoorganización –o autogestión– peatonal es perfecta, sin un solo semáforo en toda la zona. Sin embargo, siempre habrá quien, entendiendo la desorganización social como “*el decrecimiento de la influencia de las reglas sociales de comportamientos existentes sobre miembros individuales del grupo*” –según la definición de W.I. Thomas que recoge Hannerz (1993 [1980]: 33)–, entienda tan particularmente ya no la necesidad de reprimir a una transeúnte mediante la aplicación de un código de circulación reinventado, sino la propia autoorganización peatonal como un peligro que se debe aplacar. No en vano, en la Barcelona revolucionaria del 1936, la Confederació Nacional del Treball de Catalunya (CNT) propuso abolir los semáforos en virtud de la autogestión ciudadana del tráfico en los espacios públicos. ¿De qué es significativo la inmensa capacidad autoorganizativa de los peatones frente al combate generalizado de los automovilistas por el espacio, sometidos a una rigurosa reglamentación de sus formas de tráfico? ¿Qué es lo que se pierde, en el camino que conduce del transeúnte al conductor, que impide la perdurabilidad de esa autogestión cotidiana de las conductas? ¿Por qué los coches chocan, y los peatones no? En un contexto distinto, en la medida que la densidad de tráfico rodado era ínfima en 1936 respecto al presente, los anarquistas quisieron elevar esa tremenda capacidad autoorganizativa de la ciudadanía en las calles a la dimensión de las relaciones entre automovilistas. Se trataba de abolir, una vez más, las figuras de la mediación: en su caso, los semáforos.

16.33. Otoño e invierno muestran su dureza climatológica en la Rambla del Raval, dado que el Sol ya se ha retirado casi por completo antes de las 16 h., por el extremo noreste. El resto de la Rambla del Raval es tomado por una sombra inmensa, tremendamente desagradable con el frío. Ello explica que la única terraza que suele albergar a algún cliente antes del ensombrecimiento global es la del bar La Paciencia, cuya terraza

está situada no en el paseo central sino en la acera –el bar, en la esquina de la Rambla del Raval con Sant Pau, se encuentra ante el satélite este–. En estos meses las terrazas aparecen desplegadas en las vertientes norte y sur; la clientela aparece más bien en atardeceres y horas nocturnas a lo largo de la primavera y, primordialmente, en verano.

16.40. Dos mossos patrullan a pie bordeando por su parte delantera las series de bancos del norte. En el bloque 4A tres jóvenes lían y fuman hachís. Los mossos hablan en catalán, en apariencia despreocupados de su entorno. Se diría que no es que no detecten las situaciones que se están produciendo –por otro lado, ni problemáticas ni extraordinarias–, sino que no las consideran merecedoras de reprobación alguna. En tales ocasiones los mossos aparecen realmente integrados –integrados en el sentido que no se dedican a buscar las cosquillas “preventivamente”– en la cotidianidad del barrio. En el bloque 3A se ha sentado una mujer mayor de aspecto desaliñado que cubre una parte de sus cabellos con un gorro de lana: mantiene los ojos cerrados, no durmiendo sino para no ver, tiene mala cara. En el 3B, dos jóvenes de aspecto árabe se muestran el uno al otro diferentes papeles –documentos y direcciones–. Una mujer madura sube hacia el este con dos niñas a su izquierda y un niño a su derecha, todos cogidos de las manos. La mujer le dice al crío: “*Quan arribarem ja li trucarem per telèfon.*” La mujer mayor se acurruca en el banco; recoge las piernas concentrando su cuerpo como para darse calor físico o anímico. Lleva guantes en las manos y una bolsa roja de plástico. Cuán distintos son estos bancos compartimentados de los existentes en la burguesa plaza de la Bonanova, bancos continuos –sin apoyaderos para los brazos que los cortocircuiten– de 10 a 12 metros de longitud.

La morfología del Raval hace de la Rambla del Raval un amplio corredor abierto ideal para la circulación del viento. Cuando éste sopla, por poco que sea, se nota inmediatamente.

16.51. Otros dos mossos patrullan también hacia el oeste, andando; en esta ocasión bordean las series de bancos del sur. Se cruzan, con absoluta indiferencia, con dos jóvenes cuyo aspecto es francamente preca-

rio, lo que en otro momento de la vida psíquica de los mossos sería interpretado como la copresencia de “sospechosos habituales” de cualquier cosa, lo que fuera. Tal vez en esos mossos se encarna ese fenómeno tan incondicionalmente urbano que es la indolencia. La indolencia entendida como el fruto de la acumulación de impresiones cambiantes, por más anodinas que éstas sean, cuya velocidad, fuerza y continuidad configuran cotidianamente respuestas formales –violencia, a veces–, arrebatos anímicos y, al fin –durante unos minutos, unos, días, un período más extenso o un espacio determinado de la franja horaria laboral–, un agotamiento de las capacidades de reacción ante el devenir continuo de la urbe (Simmel, 2001 [1903]: 382 y 383). Embotamiento del día a día, opacidad de la Rambla del Raval en su desequilibrio, su diferencia y su tonalidad grisácea. O quizás simplemente, con inteligencia, toman consciencia que no hay motivo alguno por el cual tengan que intervenir, ya que aquí la miseria forma parte del paisaje humano ordinario.

16.52. La mujer indigente del bloque 3A se levanta y anda hasta el parterre de enfrente, pelado de césped, con unos incipientes cereceros que no se puede deducir si están luchando por crecer o por fallecer de una vez. Una niña de piel negra de unos 10 años contempla esos brotes y toca con los dedos las contadas hojas que suman todas sus ramas. La mujer se acerca y le cuchichea algo, la niña anda a su lado a lo largo de unos tres o cuatro metros, luego la mujer se aleja por Sant Rafael sur.

16.54. Los dos mossos que hace tres minutos ascendían hacia el oeste ahora descienden hacia el este. Indican algo a una adolescente que pasea a un perro, atado, de una de esas especies consideradas en general peli-grosas, y los mossos continúan abajo, hablando en castellano y muy medidos en su diálogo.

16.58. Tres mujeres con dos cochecillos con pequeños hablan en árabe caminado hacia el este, en paralelo las tres. El pituso del cochecillo del extremo norte se fija en uno y le saluda con la mano, a lo que uno responde agitando repetidamente la mano derecha de un lado a otro,

cosa que provoca una amplia sonrisa en el pequeño, seguida de una extensa respuesta verbal en árabe –o amazigh–, ante lo cual uno no puede más que repetir el gesto con la sonrisa un poco helada por el sentimiento de estupidez ignorante que lo embarga, al no entender qué caramba le está explicando el niño.

17.01. Ni una sola persona está sentada en los bancos. En todo el conjunto de la Rambla del Raval hay cerca de 80 transeúntes. El ruido de las obras del hotel es molesto, regular, agudo. El tráfico rodado se ha reducido.

17.02. Una tercera pareja de mossos baja de oeste a este, andando: desde el oeste caminaban por la vertiente norte del paseo central; al llegar a la altura de Sant Rafael cruzan el rectángulo a fin de avanzar ante las series de bancos del sur.

Se están instalando los cristales de las ventanas del hotel, los de las oficinas ya lo están casi del todo.

17.06. Los dos mossos se introducen en la furgoneta estacionada en la acera sur de la esquina de la Rambla del Raval con Sant Pau. La furgoneta arranca hacia el sur con los mossos en su interior.

Miércoles, 13 de febrero del 2008

12.48. La furgoneta de la guardia urbana estacionada en el extremo sureste del rectángulo arranca hacia el sur, por la calle Sant Pau. La terraza que en estos momentos recibe a más clientela es La Paciencia, en el extremo este de la calzada norte. Es la única las mesas de la cual están desplegadas en la propia acera, puesto que –como se había mencionado– ante el local se localiza el satélite este, y la amplitud de la calzada entre la acera de la calle y la superficie del satélite es de unos 10 metros; además, la configuración del satélite como un área de paso completamente circundada de calzada para el tráfico rodado dificulta el concebir ahí el emplazamiento de mesas y sillas. Como el Sol se retira de la Rambla del Raval por el noreste –a causa de la sombra que proyectan los edificios

de la fachada sur-, esta es la última terraza en que por el mediodía se puede ver a gente reuniéndose para recibir los últimos rayos solares. Justo ante el nº 49, al este, de la acera norte se sitúa la parada de autobús de la línea 120, del servicio de microbuses de barrio.

En La Paciencia coinciden gentes básicamente del barrio de diferentes orígenes. Quizás se trate, en relación con el resto de bares y restaurantes de la Rambla del Raval, de aquél en que a determinadas horas del día –por las tardes y noches aparecen más estudiantes– se materializa en un grado más elevado la heterogeneidad del entorno social: ahora mismo hay dos mujeres magrebíes en una mesa, un hombre mayor magrebí solo, gente mayor y gente joven autóctonos –trabajadores, con pinta de vecinos–, en general la apariencia de los visitantes es bastante precaria, incluida una pareja de aspecto guiri de unos 55 años. También hay algún chico, solo, que respondería a la clasificación de “moderno”, trabajador autónomo o estudiante. Entre La Paciencia y la parada del bus se paran unos minutos los camiones que efectúan descargas de productos diversos.

13.01. Un camión de los bomberos con la sirena encendida circula ruidosamente por la calzada norte: es mayor la aparatosidad sonora que anuncia su presencia que la velocidad que la pretendida urgencia exigiría.

13.02. El hombre –de unos 50 años– que dirige uno de los camiones de reparto de bombonas de gas que trabaja por esta zona del barrio fuma un cigarro sentado sobre una bombona, en la acera, a dos metros de la última mesa de la terraza, hacia el oeste. Lleva diez minutos hablando, en castellano, con su compañero –un hombre de unos 30 años que vacía una bolsa de patatas fritas–, ambos autóctonos, y con un vecino mayor ataviado con un gorrito que se apoya en un poste de control de tráfico. Al lado de ese grupillo, un trío de dos chicos y una chica hablan en pie. Su aspecto es el de estudiantes de algo, hablan en catalán. La chica le dice a uno de ellos: “*Fa dos mesos que t’has comprat un ordinador; fa deu anys que existeixen!*” Otra chica, vestida con un chándal, le dice al bucanero-encargado: “*¡Pepe, tienes que trabajar, que llevas muchos minutos sentado!*”

Alrededor de dos mesas unidas del bar se sientan tres hombres, dos mujeres y una niña pequeña. Conversan en árabe –*¿amazigh?*– y la tal vez madre de la niña habla al galope, sin freno. En otra de las mesas de la terraza un joven escucha música a través de unos auriculares mientras lee una revista sobre música y electrónica. En otra mesa conversan en catalán un hombre de unos 30 años y una mujer de unos 50, ambos de aspecto trabajador: tienen pinta de ser del barrio de toda la vida.

13.09. Ante los locales del sureste no se encuentra nadie estacionado en la acera a estas horas. En el satélite este no hay nadie detenido, ni siquiera cruzándolo. Actúa como un espacio de paso, por eso no se han emplazado en él ni bancos ni nada, sólo palmeras y farolas. Así, puede pensarse que la constitución planificadora de los satélites conduciría, en la mente de sus diseñadores, a configurarlos en calidad meramente de “zonas muertas” de la Rambla del Raval. No obstante, los usos que se producen en ellos por parte de los viandantes expresan de nuevo, de vez en cuando, un cierto desacato simbólico a lo que tenía que ser una zona condenada al ostracismo: hay niños y adolescentes que juegan en ellos –en el caso del satélite oeste, jóvenes de aspecto indostano jugando a críquet–, transeúntes que se detienen un rato simplemente para observar a su alrededor, otros que se encuentran en su interior y permanecen en pie hablando, o incluso otros que se citan en los satélites...

22.42. Las terrazas, todas, están desiertas. Únicamente hay dos hombres sentados en una mesa en el Baba, en la vertiente sur del paseo central. La mayoría de los bares y restaurantes no albergan a mucha clientela, con la excepción de La Paciencia –noreste–, el King Döner –en la zona central de la acera norte–, La Reina del Raval –en el extremo de la acera noroeste– y La Verónica, pizzería “de diseño” –en el sureste–. En la fachada sur, ante el Tah Mahal, unos cuantos adolescentes de aspecto árabe parecen llevar a cabo una pequeña asamblea sobre la acera.

22.44. Poca gente en las ceras norte y sur. Un hombre está sentado en el bloque 3B, y otro en pie frente al 4B. En el 6A, de pie y sentados, tres chicos y dos chicas inexcusablemente del barrio hablan más que ani-

madamente. Deben tener unos 17 años, comparten dos envases de cerveza de litro –Xibeca– y en un castellano de la calle no paran de hacer broma y de reír, literalmente, durante más de 20 minutos: “*Perdone señor, ¿tiene lumbre?*”, seguido de risas salvajes. “*¿Cómo se llama este animal que limpia el váter?*”, dice uno, “*¡Tu madre!*”, responde otra, dando lugar a más risas salvajes. “*Si no entiendo ni el español, ¿cómo voy a entender el inglés man?*” La confianza aparente entre los cinco es absoluta, el ritmo de los diálogos, la inventiva, el libre clima euforizante alcanzan cotas frenéticas, desternillantes, sin lugar a dudas superan el recorrido significativo que cualquier equipo de guionistas profesionales podría concebir. Transitan de un mundo a otro a una velocidad vertiginosa, destilando una impresionante creatividad.

22.51. Hacia el este, dos hombres permanecen plantados como un pasmarote ante el Gato. Una pareja de jóvenes procedentes de Sant Josep Oriol, al norte, ascienden hacia el oeste bebiendo otra Xibeca, y se sientan en el bloque 5B. Por el paseo central anda hacia el oeste un grupo de seis adolescentes seguramente de visita lúdica por el barrio. Una pareja se dirige al oeste, cruzándose con otra que desciende hacia el este. A continuación bajan dos mujeres y dos hombres tras ellas, todos de unos 55 años, con apariencia de turistas europeos; una pareja de aspecto filipino con dos angelitos cogidos de las manos de la mujer, quizás la madre, enfilan el este; tras ellos, un muchacho con una mochila cargada.

22.58. Los cinco adolescentes del 6A prosiguen: “*Eh, man, en la cárcel dos te cogen los tobillos y otro de aquí y...*” –la conversación adquiere un tono inquietante–. “*A mí si no me cogen cuatro...*” Enfilan Sant Josep Oriol, hacia el norte. Se oye a una de las chicas decir: “*¡Ahora el chocho, ¿no?, ahora el chocho!*”

23.00. Un coche-patrulla de los mossos con luces y sirena activadas interrumpe el murmullo –cuchicheo, susurro, bisbiseo– suave de la Rambla del Raval.

23.05. Dos hombres jóvenes, centroafricanos de piel negra y aspecto muy precarizado, se sientan en el bloque 6A donde antes estaban los

adolescentes. En castellano, le piden fuego a uno mismo para encender un cigarro. Inmediatamente llegan dos motoristas de la guardia urbana por el propio paseo central y les preguntan si uno de los envases vacíos de cerveza que hay en el suelo, ante el bloque 6A, es suyo. Responden que no, y uno mismo se dirige a los guardias para confirmarlo, diciéndoles que los dos hombres acaban de llegar allí. Los guardias urbanos no les piden la documentación, sino que les advierten: “*Ya sabéis que no se puede beber alcohol.*” Y se van hacia el este con las motos por el rectángulo. Al cabo de dos minutos ambos jóvenes se van también hacia el este.

23.13. Un par de hombres maduros con acento suramericano, bien vestidos, le piden fuego a uno mismo. Contemplan al Gato, cuya campanilla continúa exhibiendo el feo pegote delantero y otro idéntico trasero adheridos semanas atrás. Tres adolescentes angloparlantes ascienden andando, dos de ellos sujetando sendos *skaters* con las manos. Tres chicos, uno de ellos con una lata de cerveza abierta en la mano, recogen a una chica que llevaba cinco minutos sentada en el bloque 6A. Ella le espeta a uno de ellos: “*¿Y qué tal por Portugal, tío?*” El adolescente en cuestión efectúa un relato sintético de su viaje por Portugal, Andalucía y Pamplona. Parecen ser de fuera del barrio, y que se han citado para ir de copas. Se van hacia el este. Hoy, el tráfico de coches-patrulla de los mossos parece menor en comparación con noches pasadas a esta misma hora.

23.15. En el bloque 5B dos jóvenes precarizados comen discretamente bocadillos y beben cerveza; otro par de mozos araboparlantes comen bocadillos en el 6A. Baja un grupo de tres personas y luego dos parejas hacia el este. Desde el satélite este, un hombre y una mujer de aspecto boliviano o peruano caminan pesadamente en dirección este. Discuten en castellano. La mujer lleva una cerveza que quizás era de él –completamente borracho, avanzando dando tumbos, crónicamente a punto de caer–. Hay unas 25 personas en toda la Rambla del Raval. En contextos como el de hoy, se oye el zumbido de las bicicletas en la lejanía. Turistas –angloparlantes–, muchachos del barrio –autóctonos e indostanos–, humanos con perros, ciclistas, algún coche, alguna moto... la

autoorganización social de los paseantes revela una tranquilidad compacta, un continuo vivir y dejar vivir...

23.25. Un motorista de la guardia urbana ignora a los dos jóvenes del bloque 5B y se dirige directamente hacia uno mismo a través del propio paseo central, viniendo del este. Al pasar enfrente, el guardia exhibe un bostezo inmenso, casi sobrehumano, con el cual enfila hacia el este. Uno mismo mantiene la apariencia de una cierta indiferencia, ya que:

Cuanto más pequeño es el círculo que conforma nuestro medio ambiente, cuanto más limitadas las relaciones que disuelven las fronteras con otros círculos, tanto más recelosamente vigila sobre las realizaciones, la conducción de la vida, los sentimientos de individuo, tanto más temprano una peculiaridad cuantitativa o cualitativa haría saltar en pedazos el marco del todo (Simmel, 2001 [1903]: 388).

El todo, a veces la quietud de un hombre que, sentado en un banco, observa a su alrededor distanciadamente el bostezo de otro hombre –armado–.

Miércoles, 20 de febrero del 2008

Organizada con la más absoluta discreción, una manifestación de centenares de ciudadanos –compuesta básicamente por vecinos nacidos en Pakistán– recorre el domingo 17 de febrero las calles del Raval donde residían los detenidos el domingo 17 de enero del 2008, para finalizar en la Rambla del Raval. Mujeres –algunas con críos o bebés en brazos– con y sin pañuelos cubriendo sus cabellos –en cualquier caso, un cubrimiento menor que el que caracteriza a las monjas católicas– encabezaban la manifestación. Detrás suyo, básicamente muchos hombres –también con pequeños en brazos–. Así muestran su apoyo a la presunción de inocencia de los diez encarcelados el mes pasado –ocho de ellos pakistaníes–, y el rechazo a la criminalización global de la comunidad pakistaní,

a la acusación sin pruebas de los detenidos y “*a toda clase de terrorismo*”. “*Dignidad para todos*” y “*Respeto para todos*” son algunos de los lemas coreados. En la prensa del 18-II-2008: *El País*, brevísimo texto y fotografía pequeña (entre media página de publicidad y noticia sobre declaraciones de dirigentes de CiU y PSC), 150-200 manifestantes; *El Periódico*, brevísimo texto y fotografía pequeña (entre media página de publicidad y noticia sobre militantes arrepentidos de ETA), 200 manifestantes; *Avui*, nada; *El Punt*, página 6 completa, la cual incluye información sobre la manifestación –a resaltar: “*uns centenars de pakistanesos*”, “*dones, filles i fills dels empresonats reclamen l'aixecament ràpid del secret de sumari perquè els afectats puguin demostrar la seva innocència als tribunals [...]*”. *La comunitat pakistanesa està convençuda que seran alliberats properament*” – y una extensa entrevista con Muhammad Iqbal, el director del Centre Cultural Islàmic Camí de la Pau que reside en la ciudad desde 1990. Quien se considera un “*socialista islàmic*” mantiene la inocencia de los acusados –a quienes no les encontraron temporizadores, sino simples despertadores–, a algunos de los cuales conoce de toda la vida, y cuestiona que todo se base en la denuncia de un testigo protegido. Véase el siguiente extracto de la entrevista d’*El Punt*:

El que sí que sé és que la nostra gent no arriba a Catalunya fàcilment. Es venen tot el que tenen, demanen diners a la família per pagar els visats o s’obren camí mitjançant màfies, pagant deu mil o vint mil euros. No vénen amb el desig d’atacar un objectiu o un altre. Nosaltres venim amb esperança, a treballar, a millorar les nostres vides, a tornar els diners prestats. Aquests són els costums de la nostra gent. [...]

Els Estats Units han dit moltes coses sense sentit. Volen mantenir viva la por. I pel que fa a nosaltres, haurem de patir molt més, el cost de la vida creixerà, hi haurà més misèria i menys recursos. Ells governen amb la por. Com és que no han pogut trobar i arrestar Bin Laden? Si el maten, jo estaré encantat. Però pagant milions cada mes per poder mantenir tropes a l’Afganistan i l’Iraq han aconseguit un milió de

morts només a l'Iraq. Això és la democràcia? Nosaltres no creiem en aquest tipus de democràcia. [...]

Crec que els mitjans ens han difamat a tots plegats. No volem que els nostres veïns visquin amb por. Aquells amb qui compartíem la vida al barri de sobte han perdut la confiança en nosaltres. Creiem profundament en la justícia, i respectarem de tot cor el resultat de la seva feina en aquest cas. [...]

Molts catalans simplement no hi confien, però és cert que hi ha gent que encara ha de fer l'esforç d'integrar-se. Això depèn del nivell d'educació: si arriba algú amb un nivell alt, amb consciència, segurament podrà adaptar-se i participar en la vida local. Dels menys educats, però, molts dels quals fins i tot analfabets, no en podem esperar gaires avenços, no seria apropiat. És molt fàcil culpar l'estranger. Quantes entitats d'ajuda a l'immigrant hi ha? La gent no té consciència de la realitat. Nosaltres treballem amb l'església del Carme, amb grups de veïns d'altres països i de gent d'aquí. Aquestes coses demanen temps. Fins a quin punt l'Administració hi ajuda? Si rebutgem els altres i n'esperem floretes, no anem pas bé. Tothom s'hi ha d'involucrar. El Raval ha estat la porta d'entrada a Barcelona fa segles. Els que vénen de països de parla hispana ho tenen una mica més fàcil. Però és molt diferent per als de cultures diferents, que no són acceptats, estan menys preparats i no reben cap ajut addicional. [...]

Els immigrants han d'aprendre el llenguatge, les lleis, els costums. Han de ser respectuosos i tolerants. [...] S'han de donar les mateixes oportunitats i ajuts als immigrants d'Hispanoamèrica que als dels països no castellanoparlants.

Siguiendo a Talal Asad, en las llamadas democracias liberales occidentales existe la percepción generalizada de que la vida humana tiene un valor de cambio distinto en el mercado de la muerte presente en las relaciones entre pueblos "civilizados" e "incivilizados", y que tal percepción resulta completamente necesaria a la hora de mantener un orden

global jerárquico: *"la muerte de personas pobres en el mundo no importa tanto como la muerte de personas en sociedades adineradas. Por cuanto que esto se dice y por cuanto que se actúa en base a esta creencia, las pautas del vivir y el morir en el mundo se ven afectadas"* (Asad, 2008 [2007]: 110).

18.32. Dos chicos de piel blanca y aspecto estudiantil hablan en una mesa de la terraza de La Paciencia, a estas horas ocupada por tipologías semejantes de clientela. El resto de las terrazas están desiertas, excepto por la presencia de una mujer madura, blanca, en el extremo contrario, en diagonal, de la Rambla del Raval, en el Boníssim.

Un trabajador de la hostelería pakistanés establecido en el barrio hace más de 25 años le explica a uno mismo que, en realidad, no ha detectado ninguna modificación en el trato de sus vecinos y clientes hacía él. Cuenta que ha habido períodos en que un vecino lanzaba la basura a la terraza de su piso como manifestación de rechazo a su propia presencia en calidad de "inmigrante", aunque no se han producido mayores problemas en su relación con los habitantes del barrio.

18.37. Tráfico regular de automóviles, como siempre a poca velocidad. Sonidos agudos, irritantes, de los tubos de escape de las motocicletas. Prosiguen las obras, con menos ruido. Dos hombres de aspecto indostano están sentados en el bloque 2A, uno de ellos habla por móvil cerca de cinco minutos. Así que cuelga, ambos se levantan en dirección este. En el bloque de bancos 2B, dos mujeres jóvenes, trabajadoras y vecinas del barrio, hablan en un tono suave. Una mujer negra quizás centroafricana se acerca a ellas y entablan un breve diálogo. Paralelamente, un hombre maduro de piel blanca, con barba, se sienta donde antes lo hacían la pareja de indostanos e inicia una conversación mediante teléfono móvil. La mujer africana –joven, rechonchota, baja, con un pañuelo que le semicubre el cabello– se aproxima a uno mismo con un paso lentísimo, como si le costara andar o como si no estuviera del todo en este mundo. Uno la mira atentamente y ella le espeta de golpe, con una dulzura desbaratadora: *"¿Podemos hablar de la iglesia de dios?"*

Un antropólogo sería, sólo en teoría, un ser intelectualmente adies-

trado para concebir las regularidades de todo modelo de relaciones sociales y, claro está, ante reglas y normativizaciones, todas las variedades de su transgresión. Por esta razón los antropólogos deberían ser, en teoría, los más altamente cualificados profesionales a quienes acudir a la hora de establecer una comunicación con miembros de sociedades alienígenas, ajenas a la superficie terrestre.<sup>52</sup> Aun así, existen emanaciones humanas imprevisibles, no fácilmente afrontables. El indescriptible diálogo que sigue a continuación es denso, corto, de muy pocas palabras –la mujer es como si presentara problemas para articularlas–, con miradas muy intensas, silencios, sonrisas. Ella se va hacia el oeste, y antes de cruzar hacia el satélite, empieza a hablar con otro hombre.

18.50. Un joven indostano se sienta en el asiento nº 3 del bloque 2A, entre el hombre barbudo en el primer asiento y uno mismo en el quinto. El joven observa su móvil, lo guarda, observa la serie de bancos 1, hacia el oeste. Las chicas del bloque 2B permanecen en silencio unos minutos y luego prosiguen la conversación.

18.54. El joven indostano sentado al lado de uno mismo se levanta y comienza a andar. Los transeúntes, de todo tipo, pasan arriba y abajo: solos, en parejas o en grupillos, en una sucesión ininterrumpida. En el bloque 1A dos hombres maduros de aspecto indeterminado –a medio camino del Magrib y de Indostania– llevan ya unos 45 minutos hablando. En el extremo este del bloque 1B hay un joven de aspecto depauperado, parece un autóctono blanco, que observa a su alrededor. También llevan hablando unos 45 minutos dos muchachas adolescentes sentadas en el

52. No es algo nuevo: retomando la propuesta del escritor de ciencia-ficción Brian W. Aldiss, antropólogos y antropólogas de la Universitat de Barcelona imaginariamente adscritos al Centre d'Estudis d'Etnologia Extraterrestre –procedentes del colectivo El Rizoma Malinowski y de las revistas *Antropologies* y *Tribaalitats*–, configieron el excelente cortometraje *The CEEE Experience* (2005, 25 min.), en que se sintetiza el proceso de formación y adiestramiento que debe permitir a una nueva generación de antropólogos el ejercicio de su profesión en el espacio exterior, por su contacto con sociedades extraterrestres. (Puede descargarse en <http://www.antropologies.org/ceee/>)

bloque 3A, una de ellas con una guitarra enfundada a su espalda –sobre la calle M. A. Capmany, en la calle Riera Alta, hay un par de excelentes escuelas de música, enraizadas en el barrio desde hace décadas–.

18.59. Dos hombres comen bocadillos: uno mayor, con un aspecto muy degradado, en el bloque 3B; y otro, un joven con una bicicleta ante él, en el 4B. Este deja un leve rastro de basura tras sí, sobre el banco: la piel troceada de una naranja, y un vaso de plástico vacío, invertido.

19.01. Un hombre de aspecto indostano que habla por móvil se sienta cerca del hombre del bocadillo del bloque 3B. El hombre del bocadillo come con una lentitud exasperante, como si ese bocadillo debiera permanecer durante las próximas horas.

19.04. Un hombre mayor, apuesto, con un gorrito de dandy, se sienta en el bloque 4A –de cara al hotel en construcción– y contempla el tráfico humano. Simultáneamente, un hombre maduro que podría ser sureuropeo o norteafricano se sienta en el bloque 4B, enciende un cigarrillo, aspira, mira, aspira, observa a los paseantes inmediatos –en este segundo preciso, son tres: todos solos, dos jóvenes y un hombre maduro, caminando hacia el oeste, los tres parecen ser indígenas catalanes–.

19.07. En un minuto, circulan hacia el este dos hombres maduros de aspecto indostano y una joven indígena estudiante de antropología social; hacia el oeste, un ciclista-bicing; una pareja muy moderna hombre y mujer, y una chica morena de aspecto peruano o boliviano que lee un folleto.

19.10. El hombre mayor apuesto del bloque 4A se ha colocado unas gafas, su expresión facial es más bien depresiva. El hombre, de aspecto bastante precario, del bloque 4B ha dejado de fumar. Mira a los paseantes, mete sus manos en el interior de los bolsillos del anorak.

19.11. Un microbús avanza por la calzada norte.

19.12. Un perro que si fuera de dimensiones mayores parecería una vaca peluda husmea y orina en el parterre central del área arbolada de la vertiente norte. Lo acompaña un hombre vestido con estilo juvenil, y humildemente. En el bloque 5A se encuentran, desde las 18 h., un grupo

compuesto por cinco personas –mayores y maduras; una mujer y cuatro hombres; indostanos, europeos y centroafricanos– que hablan y hablan y hablan, a veces con animación. Todos ellos presentan un aspecto de gran precariedad.

19.15. El perro-vaca ha orinado, ha defecado y ha husmeado todo lo habido y por haber. Una microfurgoneta de la limpieza municipal se encamina hacia el este, poco a poco, por el medio del paseo central.

El flujo de transeúntes no se detiene casi nunca: exclusivamente en ocasiones repentinas parece que el movimiento frenara y durante 5, 10 o 20 segundos no aparece nadie, ni nadie se mueve de donde está, en pie o sentado. En las aceras, sea por el motivo que sea, casi siempre hay alguien que espera algo. O a alguna persona, mucho más relevantemente en la acera sur. Justo ahora, en la esquina con Sant Martí, hay un hombre en pie con dos bolsas de plástico llenas depositadas en el suelo.

19.18. Los dos hombres –mayor apuesto y maduro depauperado– sentados en los extremos opuestos de la serie de bancos 4, observan lo mismo que uno mismo, convirtiéndose en espejo involuntario de quien escribe. En realidad sucede que a veces la gente se fija en la misma situación, por más aparentemente irrelevante que pueda parecer, y de repente los espectadores se descubren los unos a los otros compartiendo esa misma observación.

19.19. El perro-vaca sigue ahí. Lo ha pisado y olido todo, y eso que es un perro pequeño. Su amo o compañero, mayor, sujeta con una mano una bolsa de plástico. Acompaña al perro muy pacientemente, le da tiempo, mucho tiempo, la cuerda con que lo ata es larga. Podría inspirar un bello canto a la confraternización entre especies.

19.22. El hombre apuesto del bloque 4A bosteza –hombre bostezando–.

19.23. Fuertes gritos entre un centroafricano negro y uno de los indostanos del bloque 5A. Alerta. ¿Pelea? Se funden en un cálido abrazo. No es de extrañar que en el día a día de la Rambla del Raval no se vean periodistas, porque no se ha detectado tensión de combate ningún día,

ninguna noche. Ni homicidios, ni asaltos, ni violaciones, ni hurtos, ni luchas callejeras, ni siquiera sádicas microamputaciones de pajarillos o impulsivas decapitaciones de animales domésticos: nada. Por no haber, como se comentaba páginas atrás, no hay en el barrio ni gatos a los que atar latas en sus colas: es lo que se ha observado.

19.27. Conato de batalla entre perro-vaca y perro. Sin consecuencias, claro.

19.29. El perro-vaca y su amo se van, atraviesan la calzada norte por el paso de peatones, hacia Sant Rafael.

19.30. El hombre apuesto se va hacia el oeste.

19.32. Observar a las personas en los términos presentes es necesario y, además, instructivo. Es cierto que el etnógrafo del cemento tiene que saber distinguir con la máxima lucidez la diferencia entre *visión remota* y *remota visión* –es demasiado sencillo tender a explicar que una vecina se atormenta porque se avecina una tormenta–: al fin y al cabo bajo lo claro se suele ocultar lo oscuro. El hombre mayor del bloque 3B continúa comiendo a pequeños bocados su bocadillo. Una chica joven que fuma se sienta a su izquierda, dejando un asiento vacío entre ambos. La muchacha saca una libreta de su bolso y la lee.

19.34. ¿Quién anda entre el minúsculo espacio situado entre la espalda de las series de bancos y los parterres contiguos? Niños, perros y a veces algún hombre indigente. La ocupación de los bloques 6A y 6B es completa. Pocos transeúntes.

19.35. Un caótico grupo de 30 personas se desplaza compactado de este a oeste, como recién desembarcados. Verdaderamente parece que se trate de un grupo ejemplar, autónomo. Todas las personas del grupo ascienden en bloque hacia el oeste, pero no se las ha visto llegar aquí, como si de un pintoresco desembarco alienígena se tratara.

19.36. Uno va a asistir a una de las más gloriosas escenas contempladas en el curso de su existencia. Prolegómeno: una madre anda desde el este con un renacuajo que parece que acabe de descubrir cómo mantenerse en pie. El trayecto que ha trazado el pequeñazo es impactante,

reproducirlo en un mapa resultaría para los espectadores no mareante, sino vertiginoso, abismal. En el curso de su existencia uno ha asistido a estimulantes despliegues de fascinantes repertorios de técnicas corporales, así y todo, ni circo, ni danza contemporánea, ni coreografías callejeras pueden compararse a lo que se habrá visto: lo más semejante sería el Big Bang callejero de un cuerpecillo humano. A la altura del bloque 3B su madre ha lanzado un alarido: “*Jofre: no!!!*” –con amenazadora pausa entre “*Jofre*” y “*no!!!*”–. Jofre, el pequeño indígena merecedor de una oda, acababa de despegarse de su madre, dando una vuelta atrás girando sobre su propio cuerpo y al mismo tiempo dibujando amplias elipses a lo largo y ancho del rectángulo hasta llegar a unos tres metros del bloque 4A. El genial microtranseúnte, tras dejar en evidencia al ya oxidado prestigio derviche, ha frenado en seco a raíz del grito supuestamente materno y entonces ha corrido hacia ella a través de una línea, ahora sí, casi recta. A algunos lectores ortodoxos les importará un bleo saber lo que uno mismo ha sentido –otra cosa es devorar diarios etnográficos con fruición cotillera o libidinosa–, he ahí: uno se siente tentado de abrazar fuertemente a Jofre –¡sin malas intenciones, por favor!– y se contenta con disfrutar de lo que ha contemplado. La secuencia, de cortísima duración, ha sido maravillosa, ejemplar, irrepetible. Lo que el diminuto transeúnte ha dado a conocer no es un mundo paralelo, sino un auténtico universo paralelo con todas las connotaciones sociales, morales y físicas posibles a su alcance. Hay otros mundos –sean o no infantiles– y están aquí, sí: pasos, exploraciones, transgresiones. Mantendré vivo en mi memoria a lo largo del resto de mi vida el recuerdo de este impresionante microtranseúnte danzarín, Jofre.

19.38. El hombre del banco del bloque 4B se va hacia el este, parece un hombre que vive en la calle.

19.39. Un hombre de aspecto autóctono, joven, lleva media hora merodeando por la vertiente sur de la zona central del rectángulo. Su actitud observadora, su secretismo automático, le asemejan a un policía secreto o a un traficante ilegal, por no hablar de un investigador privado.

A veces esas figuras coinciden; en cualquier caso, qué difícil resulta en algunas ocasiones distinguir a una de la otra.

19.40. El hombre del bocadillo del bloque 3B prosigue su faena, ahora interrumpida por una sucesión de estornudos. Su salud se presenta frágil. La adolescente, a su lado, sigue leyendo. Cuatro turistas cincuentones con aspecto de músicos “enrollados” descienden hacia el este –pelos largos, ropa coloquial, dos hombres y dos mujeres–, pasan ante el hotel pero en vez de mirarlo ¡se equivocan! y contemplan distraídos las fachadas contrarias de la cara sur.

19.44. El hombre del bocadillo ha encadenado nueve potentes estornudos. El bocadillo ha sido engullido. Seguidamente, asoma en sus manos un envase de tetrabrick.

19.46. Un hombre maduro magrebí, delicado en su humilde vestir, se comunica mediante gruñidos con dos mujeres magrebíes y tres muchachitas catalanomagrebíes –una de las cuales le ha lanzado a uno mismo un vaso de plástico por la espalda, provocando un falsamente enfurecido: “*Eh, no em llencis el got al damunt!*”, contestado con la más radical indiferencia de la pequeña–. El hombre anda con un bastón. Las dos mujeres y él se sonríen mucho, ríen y se despiden.

19.54. Un hombre parafilipino se sienta cerca del hombre del bocadillo; dos indostanos jóvenes permanecen en el banco 4B. Los transeúntes, los automóviles despaciosamente, los peatones cruzando calzadas, los coches-patrulla de mossos y guardia urbana, todo fluye como siempre. Nuevos catalanes indostanos y centroafricanos hablan juntos, de pie, entre las series de bancos 4 y 5, en una posición ligeramente decantada hacia el norte.

19.53. El hombre del bocadillo sostiene el envase con la mano derecha y bebe de él; su mano izquierda reposa encima de su muslo izquierdo. El hombre parafilipino enfila hacia el norte. En una hora y media han ascendido hacia el oeste dos mujeres embarazadas. La presencia de todo tipo de mujeres, solas o con toda clase de acompañantes, es continua, a veces abrumadora, aunque en determinadas franjas hora-

rias su presencia resulte menor en los estacionamientos –no en los pasos–.

19.55. El hombre del bocadillo está contemplando a uno mismo desde de la lejanía.

19.57. El merodeador ocupa el emplazamiento del grupo heterogéneo mencionado antes, que ha marchado hacia el este.

19.59. El hombre del bocadillo del bloque 3B bebe, fija la mirada sobre el envase de tetrabrick. Dos adolescentes –un centroafricano negro y un magrebí– llegan hablando desde el oeste y se sitúan en el bloque 4B, sentados.

20.00. El hombre del bocadillo o envase le mira de nuevo a uno, con la vista clavada, inexpresiva casi, luego contempla a los transeúntes; alarga, desplaza, fija y retoma los enfoques.

20.02. Dos chicas descienden hacia el este, una habla por móvil: “*Si no, no iría este finde; voy este finde porque sino hasta Semana Santa no puedo ir...*”

20.03. El hombre del envase agita propiamente el envase como para comprobar que todavía contiene algo de líquido.

20.04. Los jóvenes del bloque 4B hablan de vez en cuando, en árabe –¿amazigh?–. Baja una pareja de hombres hablando en árabe –¿amazigh?– y sube otra de chicos, en catalán, hablando tan bajo que no se entiende lo que dicen.

20.10. Otro delirante diálogo con un basurero ya conocido que recoge las mondas de naranja y el vaso del bloque 4B: “*¡Yo he ido a Francia y aquéllo está limpio, la gente utiliza las papeleras!*”, cabreado. El diálogo finaliza cuando planteamos la posibilidad de enloquecer si se quisiera que la Rambla del Raval permaneciera inmaculada. “*La gente es sucia*”, concluye.

20.12. El hombre del envase alterna la mirada sobre los transeúntes con la mirada sobre el tetrabrick. Aproxima increíblemente el envase a su boca, sin beber. Mira, gira el cuello, bebe un larguísimo trago, agita el envase.

20.16. El merodeador se ha esfumado. Fantástica Luna llena, si bien algunas nubes-transeúntes la ocultan en parte. El hombre del envase vuelve a fijar su mirada sobre uno mismo, luego mira a los peatones del oeste, del este, entonces se fija en el propio envase, que agita de nuevo. Una mujer bien vestida avanza hacia el este con paso rápido, fuma, su rostro proyecta ansiedad. El hombre del envase inclina el envase sobre su boca, a dos dedos de distancia, y mantiene esta postura durante más de 40 segundos. El envase está completamente vacío. El hombre mira al oeste, posteriormente a uno –a distancia–, y a continuación al envase vacío.

20.19. Los dos chicos del bloque 4B se van. Un hombre bigotudo de aspecto indostano se sienta en el bloque de bancos 4A.

20.24. Uno se va. Al girarse, desde el satélite este, observa al sureste un perro blanco desatado revolcándose encima del césped del parterre próximo al Gato; y, al noreste, al hombre del envase andando muy forzadamente, con paso penoso, encogido, por el borde norte, tras los bancos, sujetando el envase vacío con la mano derecha. Al llegar a una papelería, unos metros más abajo, lo deposita en su interior. Entonces continúa caminando como puede hasta llegar a la fuente pública, al noreste del rectángulo, y empieza a beber largos segundos de tiempo.

20.25. Ningún rastro de los 100 kilos de explosivos. En la Rambla del Raval tampoco están.

### Ecós de otros pasos

Con los adhesivos aún pegados en la esférica campanilla del collar del Gato, en marzo del 2008 la regidora de Ciutat Vella Itziar González –la cual había ejercido como arquitecta– declara: “*Descobreixo que el més important no és la pedra, sinó l'activitat que s'hi dona a dins*” (Avui, 13-III-2008, p. 17). ¡Qué grata sorpresa para aquellos a quienes debería representar, qué hermosa iluminación, la de una arquitecta que *descubre*

sus acuerdos y peleas en calles y tabernas, sus ilusiones y sus derrotas, los colores alegres y al mismo tiempo dolorosos de las barricadas que alzaron. Ellas y ellos, paso a paso, afrontaron su existencia más allá del miedo y de los añicos a través de los cuales avanzaron. *Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo. Nuestros sueños morirán como las lágrimas en la lluvia.* En la lucha por su realización —no desde subterfugios ideológicos encubridores de espíritus ruines; por el contrario, desde cuerpos que respiran imperativamente la necesidad universal de la libertad— reside algo que nos une a las estrellas. No a los dioses ni a los espíritus ni a las almas, no a las siglas ni a la ciencia, ni tampoco a la verdad, ni siquiera a la antropología... sino a las estrellas.

*El Raval (Barcelona), febrero del 2009*

## Bibliografía

- ABELLA, M. (2004) *Ciutat Vella: el centre històric reviscolat*. Barcelona: Aula Barcelona.
- AISA, F. (2006) *La cultura anarquista a Catalunya*. Barcelona: Edicions de 1984.
- AISA PÀMPOLS, M. (1995) "A bientôt Raval", en *Enciclopèdic*, nº 6, Barcelona.
- AISA, F./VIDAL, M. (2005) *El Raval, un espai al marge*. Barcelona: Editorial Base.
- AJUNTAMENT DE BARCELONA (24-I-2006) "Ordenança de mesures per fomentar i garantir la convivència ciutadana a l'espai públic de Barcelona", en *Butlletí Oficial de la Província de Barcelona*, nº 20, Anexo 1, pp. 14-30.
- ALBERCH I FUGUERAS, R. (1999) (dir.) *Els Barris de Barcelona*, vol. 1. Barcelona, Enciclopèdia Catalana: Ajuntament de Barcelona.
- ALEXANDRE, O. (2000) *Catàleg de la destrucció del patrimoni arquitectònic històric-artístic del centre històric de Barcelona*. Barcelona: Veïns en Defensa de la Barcelona Vella.
- ALMERICH I SELLARÈS, L. (1945) *La Rambla de Barcelona: su historia urbana y sentimental*. Barcelona: Millà.
- (1946) *Los Viejos rincones de mi ciudad: evocación histórica de ambientes y figuras de la Barcelona de antaño*. Barcelona: Millà.
- AMADES, J. (1934) *Guia llegendària de Barcelona: el Raval*. Barcelona: La Neotípiia.
- AMELANG, J./GIL, X./MCDONOGH, G. (1992) *Dotze passejades per la història de Barcelona: guia*. Barcelona: Olimpíada Cultural-Ajuntament de Barcelona-Fundació La Caixa.
- APARICI, I. (2001) "Todos los colores del gris. Inmigrados en el espacio público del Raval barcelonés", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 94 (44). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- ARAMBURU OTAZU, M. (1997) *Diagnóstico sobre las condiciones de alojamiento y discriminación*

- de la població immigrant del districte Ciutat Vella de Barcelona. Barcelona: Proyecto Xenofilia.
- (2002) *Los Otros y nosotros: imágenes del inmigrante en Ciutat Vella de Barcelona*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte- Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales-Subdirección General de Museos Estatales.
- ARTIGUES, J. (2002) Entrevistado por Anna ORTIZ (2004) el 7-V-2002.
- ARTIGUES I VIDAL, J./MAS I PALAHÍ, F./SUÑOL I FERRER, X. (1980) *El Raval: història d'un barri servidor d'una ciutat*. Barcelona: Consell Municipal del Districte Vè.
- ASAD, T. (2008 [2007]) *Sobre el terrorismo suicida*. Barcelona: Laertes.
- AUGOYARD, J.-F. (1979) *Pas à pas*. París: Éditions de Seuil.
- AYUNTAMIENTO DE BARCELONA (2002) *Área de rehabilitación integrada de Ciutat Vella: revitalización del centro histórico de Barcelona*, en <http://habitat.aq.upm.es/bpes/onu-02/bp393.html>.
- BALAGUER, V. (1988) *Las Calles de Barcelona en 1865: complemento de la Historia de Cataluña*. Madrid: Manuel Tello.
- BALANDIER, G. (1994 [1992]) *El poder en escenas*. Barcelona: Paidós.
- BARRIL, J. [et al.] (1995) *Ciutat Vella: visions des d'una passió*. Barcelona: Promoció de Ciutat Vella: Lunwerg.
- BARTH, F. (ed.) (1976 [1969]) *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México DF: FCE.
- BAUDELAIRE, C. (1995 [1859-1868]) *El pintor de la vida moderna*. Murcia: COAAT/Librería Yerba/Cajamurcia.
- BENACH ROVIRA, N. (1993) "Producción de imagen en la Barcelona del 92", *Estudios Geográficos*, tomo LIV, nº 212. Barcelona.
- BERMAN, M. (1988 [1981]) *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.
- BOHIGAS MOLLERA, J. (2001) *La Comunitat filipina en el barri del Raval de Barcelona: una aproximació al seu ecosistema comunicatiu*. Girona.
- BÔLE-RICHARD, A. (2008) *Pedonalidade no Largo do Rato. Micro-Poderes*. Lisboa: Associação de Cidadãos Auto-Mobilizados.
- BOURDIEU, P. (2000) "La nueva Vulgata planetaria", en *Le Monde* (mayo). Texto disponible en internet traducido al castellano por F. Sanabria y G. Vargas.
- (1999 [1993]) *La miseria del mundo*. Madrid: Akal.
- BUSQUETS, J. [et al.] (2003) *La Ciutat vella de Barcelona: un passat amb futur*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Foment de Ciutat Vella-Universitat Politècnica de Catalunya.
- BUSQUETS, O./MAZA, G. (2002) "Ya os arreglaréis", en [www.forumriberabesos.net](http://www.forumriberabesos.net).

- CABALLÉ, F./NAVAS I FERRER, T. (1992) *La Rambla*. Barcelona: Museu d'Història de la Ciutat.
- CAÑADAS, X. (2000) *Entremuros. Las prisiones en la Transacción democrática*. Bilbao: Murturreko.
- CAPEL, H. (2007) "El debate sobre la construcción de la ciudad y el llamado 'modelo Barcelona'", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* vol. XI, nº 233. Barcelona: Universitat de Barcelona.
- CARANDELL, J.M. (1974) *Guía secreta de Barcelona*. Madrid: Al-Borak.
- CHELKOFF, G./THIBAUD, J.-P. (1993) "L'espace public, modes sensibles. Le regard sur la ville", en *Les Annales de la Recherche Urbaine*, nº 57-58. París.
- COLOM, J. (2005) *Colom, fotografies de Barcelona, 1958-1964*. Barcelona: Lunwerg.
- COLOMER, A. (2001) *Se alquila una mujer: historias de putas*. Barcelona: Martínez Roca.
- CORDOMÍ, X. (1995) *Imatgeria festiva de la Ciutat Vella de Barcelona: gegants, nans, bestiari i altres personatges*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Districte de Ciutat Vella.
- COSNIER, J. 2001 "L'éthologie des spaces publiques", en GROSJEAN M./THIBAUD, J.-P. (eds.) *L'espace urbain en méthodes*. Marsella: Parenthèses.
- COUTRAS, J. (1996) *Crise urbain et espaces sexués*. París: Armand Colin.
- CUCURULL, F. (1975) *Panoràmica del nacionalisme català*. Barcelona: Edicions Catalanes de París.
- DAVIS, M. (2003 [1990]) *Ciudad de Quarzo. Antropología del futuro en Los Angeles*. Toledo: Lengua de trapo.
- DELGADO, M. (1992) *La ira sagrada. Anticlericalismo, iconoclastia y antiritualismo en la España contemporánea*. Barcelona: Humanidades.
- (1998) *Diversitat i integració*. Barcelona: Empúries.
- (2003) "Tránsitos: espacio público, masas corpóreas", en *Memoria y lugar. El espacio público como crisis de significado*. Valencia: Universitat Politècnica de València.
- (1999) *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- (2001) *Luces iconoclastas*. Barcelona: Anagrama.
- (2003a) "Naturalismo y realismo en etnografía urbana: Cuestiones metodológicas para una antropología de las calles", *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXXVIII.
- (2003b) "El barraquismo invisible", en *Fórum Barraca Barcelona. 20-22 de febrero de 2003* (en [www.miesbcn.com](http://www.miesbcn.com))
- (2005a) *Elogi del vianant*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2005b) "Espaços-Travessia", en FRÉTIIGNÉ, H./RAMOS, J. (coord.) *Uma praça adiada. Estudo de fluxos pedonais na praça do Duque de Saldanha*. Lisboa: Associação de Cidadãos Auto-Mobilizados.

- (2007a) *Sociedades movilizadas*. Barcelona: Anagrama.
- (2007b) *La ciudad mentirosa*. Barcelona: Los Libros de la Catarata.
- (2008) “El espacio público como ideología”. Artículo inédito.
- DENGEN, M. (2003) “Fighting for the global catwalk: formalizing public life in Castlefield (Manchester) and diluting public life in el Raval (Barcelona)”, pp. 867-880, en *International Journal of Urban and Regional Research*, vol. 27, nº 4.
- DURKHEIM, E. (1987 [1912]). *Les formes elementals de la vida religiosa*. Barcelona: Edicions 62-Diputació de Barcelona.
- DUVIGNAUD, J. (1977 [1973]) *El lenguaje perdido. Ensayo sobre la diferencia antropológica*. México DF: Siglo XXI.
- EALHAM, C. (2005) “An imagined geography: ideology, urban space and protest in the creation of Barcelona ‘Chinatown’”, pp. 373-397, en *International Review of Social History*, nº 50.
- ENGELS, F. (1980 [1845]) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Xixon: Júcar.
- ESPINAS, J.M. (1978) *Alguns carrers antics de Barcelona*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Delegació de Cultura.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. (1977 [1940]) *Los nuer*. Barcelona: Anagrama.
- FABRE FORNAGUERA, J. (2003) *La contrarevolució de 1939 a Barcelona. Els que es van quedar*. Tesis doctoral inédita presentada en la Universitat Autònoma de Barcelona.
- FABRE, J./HUERTAS CLAVERIA, J.M. (1997) *Tots els barris de Barcelona: Polígons i el Districte V*. Barcelona: Edicions 62.
- FABRE, J./HUERTAS CLAVERIA, J.M./TATJER, M. (1990) *Descubrir Ciutat Vella*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.
- FABRI, P. (1999) *El giro semiótico*. Barcelona: Gedisa.
- FERNÁNDEZ, M. (1987) *El Moviment obrer a Catalunya: 1890-1914: millorar les condicions de vida*. Barcelona: Graó-Diputació de Barcelona.
- FERNÁNDEZ, C./NICOLÁS, G./VARTABEDIAN, J. (2007) *Los pasos (in)visibles de la prostitución. Estigma, persecución y vulneración de los derechos de las trabajadoras del sexo en Barcelona*. Barcelona: Virus.
- FERRER I GIRONÈS, F. (1996) *Isabel Vilà i Pujol. La primera sindicalista catalana*. Llagostera: Crònica.
- FIGUEROLA, F./REYNAL, R. (1990) *El Raval. Barcelona*. Barcelona: Olimpíada Cultural.
- FUMAROLI, M. (2007 [1991]) *El Estado cultural (ensayo sobre una religión moderna)*. Barcelona: Acantilado.
- FONIT MOSELLA, J. (1852) *Consideración sobre los inconvenientes que irrogan a la salud de los*

- jornaleros y a la pública de Barcelona las industrias, en especial las de vapor, y sobre las ventajas de trasladarlas a la llanura de Can Tínez*. Barcelona: Imprenta y Librería Politécnica de Tomás Gorchs.
- FUNDACIÓ TOT RAVAL (2007) *Diagnòstic: infància, adolescència i famílies al Raval*. Barcelona: Fundació Tot Raval.
- GABANCHO, P. (1991) *El Sol hi era alegre: la reforma urbanística i social de Ciutat Vella*. Barcelona: La Llar del llibre.
- GARCÍA HERRERA, L.M. (2001) “Elitización: propuesta en español para el término gentrificación”, en *Biblio 3W. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. Barcelona, Universidad de Barcelona, vol. VI, nº 332.
- GEERTZ, C. (1990 [1973]) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- (1989 [1988]) *El antropólogo como autor*. Barcelona: Gedisa.
- GOFFMAN, E. (1955) “On Face-Work: An Analysis of Ritual Elements in Social Interactions”, *Psychiatry*, nº 18.
- (1971) *Les relations en public*. París: Minuit.
- (1991 [1964]) *Los momentos y sus hombres*. Barcelona: Paidós.
- (1993 [1959]) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2001a [1961]) *Internados*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (2001b [1963]) *Estigma*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GÓMEZ, F. (2008) *El misterio de la calle Poniente*. Barcelona: Huerqa e Fierro Editores.
- HAL (1986) *Con mis hermanos marginados: experiencias de un educador de calle*. Madrid: San Pío X.
- HANNERZ, U. (1993 [1980]) *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- HEEREN, S. (2002) *La Remodelación de Ciutat Vella: un análisis crítico del modelo Barcelona*. Barcelona: Veïns en Defensa de la Barcelona Vella.
- HORTA, G. (2001) *De la mística a les barricades*. Barcelona: Proa.
- (2004a) *Cos i revolució. L'espiritisme català o les paradoxes de la modernitat*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2004b) *L'espai clos. Fòrum 2004: Notes d'una travessia pel no-res*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2005) *Les utilitzacions espacials de l'àrea del Fòrum un cop conclòs l'esdeveniment [4 de novembre del 2004 - 6 de febrer del 2005]*. Investigación inédita para el *Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya* del Centre de Promoció de la Cultura Popular i Tradicional Catalana del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.

- HORTA, G./ANTEBI, A. (2006) *Els usos espacials del recinte del Fòrum [desembre del 2005 - novembre del 2006]: anàlisi d'un procés social dramàtic*. Investigación inédita para el Institut Català d'Antropologia en calidad de Antena para el *Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya* del Centre de Promoció de la Cultura Popular i Tradicional Catalana del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya.
- JOSEPH, I. (1981) "Éléments pour l'analyse de l'expérience de la vie publique", en *Espaces et sociétés*, nº 38-39. París.
- (1999a [1998]) *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- (1999b) *Retomar la ciudad*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- (2002 [1984]) *El transeúnte y el espacio urbano. Ensayo sobre la dispersión del espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- JULIANO, D. (2002) *La prostitución: el espejo oscuro*. Barcelona: Icaria.
- (2004) *Excluidas y marginales: una aproximación antropológica*. Madrid: Cátedra.
- (2005) *Les altres dones. La construcció de l'exclusió social: els discursos que ens uneixen i ens separen*. Barcelona: Institut Català de les Dones.
- KARSZ, S. (comp.) (2004 [2000]) *La exclusión: bordeando sus fronteras*. Barcelona: Gedisa.
- KNUTSSON, K. E. (1976 [1969]) "Dicotomización e integración. Aspectos de las relaciones interétnicas en el sur de Etiopía", en BARTH, F. (ed.) *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México DF: FCE.
- LABOV, W. (1978) *Le parler ordinaire*. París: Minuit, citado en JOSEPH, I. (1999 [1998]) *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- LEFEBVRE, H. (1991) *The Production of Space*. Blackwell Publishers.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1985 [1962]) *El pensament salvatge*. Barcelona: Edicions 62-Diputació de Barcelona.
- (2000 [1971]) *El hombre desnudo*. Madrid: Siglo XXI.
- LINCOLN RYAVE, A./SCHENKEIN, J.N. (1974) "Notes on the Art of Walking", en TURNER, R. (ed.) *Ethnomethodology*. Middlesex: Penguin.
- LLARCH, J. (1968) *Barrio chino: pasado, presente y futuro del famoso barrio barcelonés*. Barcelona: Dima.
- LOFLAND, L. (1985) *A World of Strangers. Order and action in urban public space*. Illinois: Waveland Press.
- MAFFESOLI, M. (1990 [1988]) *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Icaria.
- MAGRINYÀ TORNER F./MAZA GUTIÉRREZ, G. (2001) "Inmigración y huecos en el centro his-

- tórico de Barcelona (1986-2000)", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, nº 94 (62). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- MALINOWSKI, B. (1977 [1935]) *El cultivo de la tierra y los ritos agrícolas en las islas Trobriand*. Barcelona: Labor.
- (1982 [1926]) *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Barcelona: Ariel.
- (1986 [1922]) *Els argonautes del Pacífic Occidental*. Barcelona: Ed. 62-Diputació de Barcelona.
- (1989 [1967]) *Diario de campo en Melanesia*. Madrid-Xixon: Júcar.
- MARTÍNEZ, M.T./PAGÉS, P. (coords.) (2000) *Diccionari biogràfic del moviment obrer als Països Catalans*. Barcelona: Universitat de Barcelona-Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
- MARX K./ENGELS F. (1976 [1847]) *Manifest del Partit Comunista*. Barcelona: Ketres.
- MAUSS, M. (2006 [1926-1939]) *Manual de etnografía*. México DF: FCE.
- (1991 [1936]) "Técnicas y movimientos corporales", en *Sociología y Antropología*. Madrid: Editorial Tecnos.
- MAZA GUTIÉRREZ, G. (2005) "Participación urbana/representación cultural. Cascos históricos: El Raval (Barcelona)", intervención del antropólogo Gaspar Maza Gutiérrez durante el programa *Idensitat CLF/BCN 01-02*.
- MAZA, G./MCDONOGH, G./PUJADAS, J. (2002) "Barcelona, ciutat oberta. Transformacions urbanes, participació ciutadana i cultures de control al Raval", en *Revista d'Etnologia de Catalunya*, nº 21. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- MCDONOGH, G.W. (1989) *Las Buenas familias de Barcelona: historia social de poder en la era industrial*. Barcelona: Omega.
- (1999) "Discourses of the City. Policy and Response in Post-Transitional Barcelona", en LOW, S. M. (ed.) *Theorizing the City*. Piscataway: Rutgers University Press.
- MONNET, N. (2002) *La formación del espacio público. Una mirada etnológica sobre el Casc Antic de Barcelona*. Barcelona: La Catarata/Institut Català d'Antropologia.
- MORERAS, J. (2001) *Les activitats comercials dels estrangers a Ciutat Vella*. Barcelona: CIDOB.
- NEGRE I RIGOL, P. (1988) *La prostitución popular: relatos de vida*. Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.
- NIETZSCHE, F. (2004 [1888]) *L'Anticrist: maledicció sobre el cristianisme*. Barcelona: Llibres de l'Índex.
- ORTIZ I GUITART, A. (2004) "Ús i apropiació de la Via Júlia i la Rambla del Raval de Barcelona des d'una perspectiva de gènere", en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, nº 44, pp. 89-108. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- OSBORNE, R. (1991) *Las prostitutas. Una voz propia*. Barcelona: Icaria.

- OSTROWETSKY, S. (1996) "La ville en langue. Introduction", en OSTROWETSKY, S. (ed.) *Sociologues en ville*. París: Éditions L'Harmattan.
- PAULA, R. de (1996) "Aquí te pillo, aquí te mato": la construcción cultural de las relaciones sexuales en el mundo de la prostitución en Barcelona. Tesis doctoral: Tarragona, Univ. Rovira i Virgili.
- (2000) *Fantasías y realidad en la prostitución: SIDA, prácticas sexuales y uso de preservativos*. Barcelona: Virus.
- PETONNET, C. (1982) "L'observation flottante. L'exemple d'un cimetière parisiens", *L'Homme*, nº 22 (4), pp. 34-47. París.
- PEREC, G. (1999) *Especies de espacios*. Barcelona: Literatura y Ciencia.
- PINÇON, M./PINÇON-CHARLOT, M. (1996) "L'espace urbain comme l'expression symbolique de l'espace social", en OSTROWETSKY, S. (ed.) *Sociologues en ville*. París: Éditions L'Harmattan.
- PISANO, I. (2001) *Yo puta: hablan las prostitutas*. Barcelona: Plaza & Janés.
- POLANYI, K. (1989 [1944]) *La gran transformación*. Madrid: La Piqueta.
- (1994 [1977]) *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori.
- PRADELLE, M. de la (1996) "Comme décrire un marché?", en OSTROWETSKY, S. (ed.) *Sociologues en ville*. París: Éditions L'Harmattan.
- QUÉRÉ L./BREZGER, D. (1993) "L'étrangeté mutuelle des passants", en *Les Annales de la Recherche Urbaine*, nº 57-58. París.
- RAMOS, M.J. (2005) "Nota prévia", en FRÉTIGNÉ, H./RAMOS, M.J. (coord.) *Uma praça adiada. Estudo de fluxos pedonais na praça do Duque de Saldanha*. Lisboa: Associação de Cidadãos Auto-Mobilizados.
- RIBAS, N. (1999). *Las presencias de la inmigración femenina: un recorrido por Filipinas, Gambia y Marruecos en Cataluña*. Barcelona: Icaria.
- ROCA, F. (1993) (dir.) *Cebrià Montoliu (1873-1923)*. Barcelona: Regidoria d'Edicions i Publicacions de l'Ajuntament de Barcelona.
- ROCA, J. [et al.] (2005) "Districte Vè: Un retrat de Barcelona", en *L'Avenç*, nº 306, pp. 21-42. Barcelona.
- RODRI, J./CATALAN, M. (2004) *El Raval de Barcelona: immigració, històries d'anada i tornada*. Barcelona: Grup d'Estudis Pedagògics.
- ROMANÍ, O. (2002 [1998]) "Presentación", en PAULA, R. de, *Hablan las putas*. Barcelona: Virus.
- ROURA, A. (1998) *Mujeres para después de una guerra: informes sobre moralidad y prostitución en la posguerra española*. Barcelona: Flor del viento.

- RUMBAU, M. (1993) *La Barcelona de principis del segle XIX*. Barcelona: Tibidabo.
- SABATÉ, I. (2009) "Conversando con Andrej Holm", en *(con)textos*, nº 3, Barcelona.
- SALVADOR, T. (1976) *Yo, Barcelona*. Barcelona: Marte.
- SÁNCHEZ I FERRÉ, P. (1990) *La maçoneria a Catalunya (1868-1936)*. Barcelona: Ed. 62-Ajuntament de Barcelona.
- (1993) *La maçoneria en la societat catalana del segle XX*, Barcelona: Ed. 62.
- SARGATAL, M.A. (2003) "La vivienda en el centro histórico de Barcelona. El caso de la Rambla del Raval", en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, vol. VII, nº 146 (069). Barcelona: Universitat de Barcelona.
- SEGURA SORIANO, I. (2005) *Dones de Ciutat Vella*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona-Districte de Ciutat Vella-Arxiu Municipal.
- SEMPRONIO (1985) *L'Accent de Barcelona, 1938: malgrat els bombardeigs*. Barcelona: Edicions 62.
- SIMMEL, G. (1988 [1908]) *Sociología I*. Madrid: Alianza.
- (2001 [1903]) *El individuo y la libertad*, Barcelona: Península.
- SIRVENT, E./CARRERAS, J. (2006-2008) *Mujeres de la calle. Inmigración, cambio urbanístico y prostitución en Barcelona*. Investigación para el Inventari del Patrimoni Etnològic de Catalunya de la Generalitat de Catalunya dirigida por el Dr. Alberto López Bargados, de la Universitat de Barcelona.
- SOLDEVILA, C. (1964) *Barcelona*. Barcelona: Destino.
- SOLER, S./MATEU, S./ALCOCER, M. (1992) *Ramblejar*. Barcelona: Tibidabo.
- SUBIRATS, J./RIUS, J. (2005) *Del Xino al Raval. Cultura i transformació social a la Barcelona central*. Barcelona: Centre de Cultura Contemporània de Barcelona.
- TALEGO VÁZQUEZ, F. (2008) "El poder y la mediación", pp. 95-115, en B. ROCA (coord.) *Anarquismo y Antropología*. Madrid: La Malatesta.
- TATJER, M. (1998) "Soluciones a la crisis de l'habitatge popular a Barcelona: Les primeres experiències a Sant Andreu (1909-1937)", en CHECA, M. (coord.) *Sant Andreu, de poble a ciutat (1875-1936)*, Barcelona: Centre d'Estudis Ignasi Iglèsies [reproducido por *Scripta Nova*].
- (2000) "Las intervenciones urbanísticas en el centro histórico de Barcelona: de la Via Laietana a los nuevos programas de revitalización", en *III Jornadas de Geografía Urbana. Burgos, 18-21 de mayo de 1998*. Burgos: Universidad de Burgos.
- TATJER, M./GARCIA E./VILANOVA J.M. [1988] *Activitats econòmiques a la Ciutat Vella*. Barcelona.
- TELLO, R. (1993) "Barcelona post-olímpica: de ciudad industrial a escenario de consumo", *Estudios Geográficos*, tomo LIV, nº 212. Barcelona.

- TERMES, J. (1999) *Les arrels populars del catalanisme*. Barcelona: Empúries.
- (1999 [1987]) *De la Revolució de Setembre a la fi de la Guerra Civil (1869-1939)*. Barcelona: Edicions 62.
- (2000 [1965]) *Anarquismo y sindicalismo en España*. Barcelona: Crítica.
- (2000) *Històries de la Catalunya treballadora*. Barcelona: Empúries.
- TERROLLE, D. (1993) “Entre-Deux”, en PÉTONNET, C./DELAPORTE, Y. (eds.), *Ferveurs contemporaines*. París: L’Harmattan.
- TSUNETOMO, Y. (1991) *Hagakure. El libro de los samurais*. Buenos Aires: Dédalo.
- TURNER, V. (1988 [1972]) “Pasos, márgenes y pobreza”, en BOHANNAN, P./GLAZER, M. (eds.) *Antropología*. Madrid: McGraw Hill.
- UDINA I MARTORELL, F./GARRUT, J.M. (1968). *Barcelona: vint segles d’història*. Barcelona: Aymà.
- UNIÓ TEMPORAL D’ESCRIBES (2004) *Barcelona marca registrada, un model a desarmar*. Barcelona: Virus.
- VALLESCA, A. (1945) *Las Calles de Barcelona, desaparecidas: relación histórica desde la época romana hasta el siglo XX*. Barcelona: Millà.
- (1946) *Efemérides barcelonesas del siglo XIX: memorandum de acontecimientos históricos, políticos, artísticos, literarios*. Barcelona: Millà.
- VALLMITJANA, J. (2003 [1910]) *La Xava*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2004 [1908]) *Sota Montjuïc. Criminalitat típica local*. Barcelona: Edicions de 1984-Arola.
- (2005 [1917]) *De la raça que es perd*. Barcelona: Edicions de 1984.
- VALIVÉ, M. (1929) *Barcelona*. Barcelona: Edita.
- VAN GENNEP, A. (1986 [1909]) *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus.
- VELÁZQUEZ BARÓN, A. (2001) *De los delitos de exhibicionismo obsceno, provocación sexual y prostitución*. Barcelona: Bosch.
- VENDRELL, E. (1953) *El Mestre Millet i jo: memòries*. Barcelona: Aymà.
- VIDAL, M./AISA-PAMPOLS, F. (2004) *Camins utòpics*. Barcelona: Edicions de 1984.
- VILARRÚBIA I ESTRANY, J.M. (1996) *Ciutat Vella: itinerari per una Barcelona desconeguda*. Barcelona: Columna.
- VILARRÚBIA I ESTRANY, J.M./JOVÉ I PERMANYER, J. (1990) *Els Carrers de la Ciutat Vella*. Barcelona: Fundació La Caixa.
- VILLAR, M.C./COLLAZOS, O./PERUCHO, J. (1989) *Les Rambles*. Barcelona: Lunwerg.
- VILLAR, P. (1996) *Historia y leyenda del Barrio Chino: 1900-1992: crónica y documentos de los bajos fondos de Barcelona*. Barcelona: La Campana.
- VINYES, R. (1989) *La presència ignorada. La cultura comunista a Catalunya (1840-1931)*. Barcelona: Edicions 62.

- VV.AA. (2003) *La Barcelona rebelde: guía de una ciudad silenciada*. Barcelona: Octaedro.
- VV.AA. (2006) *El cielo está enladrillado: entre el mobbing y la violencia inmobiliaria y urbanística*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- WACQUANT, L. (2006 [1996]) *Castigar els pobres. El nou govern de la inseguretat social*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2003 [1999]) *Les presons de la misèria*. Barcelona: Edicions de 1984.
- (2007 [2005]) *Pàries urbans. Guetos, banlieues, Estat*. Barcelona: Edicions de 1984.
- WEBER, M. (1997 [1919]) “La ciencia como vocación”, pp. 180-231, en *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- (1993 [1922]) *Economía y sociedad*. México DF: FCE.
- WOLF, E. (1987 [1982]) *Europa y la gente sin historia*. México DF: FCE.
- (2001 [1998]) *Figurar el poder. Ideologías de dominación y crisis*. México DF: CIESAS.
- ZAGAGLIA, L./PARICIO, N. (2003) *El Chino del Quinto: La Rivalta: navegando*. Barcelona: s.e.